
DOS CALLES
MÁS ABAJO
MAR P. ZABALA
EB

A mi padre que desde el cielo me inspira y me ayuda.

A mi madre que en la tierra me apoya y acompaña en la vida.

A todos aquellos que confiaron en mi locura de la literatura, creyeron en mí por ser quien soy, y sin más compraron mi primer cuento, solo porque me quieren y aprecian.

A todos ellos gracias.

1. LA GRAN DECISIÓN

Andrea estaba feliz, por fin lo había conseguido. Había estado

estudiando inglés durante años y siempre había soñado con visitar un país de habla inglesa. Terminó su carrera y se encontró sin trabajo. Recordaba que al empezar sus estudios en la universidad todo el mundo le auguraba un brillante futuro. “No hay físicos en paro”. “La tecnología está avanzando rápidamente y dentro de unos años harán falta científicos.” Le repetían una y otra vez.

Pero después de finalizar la carrera y pasar dos años enviando currículos, haciendo cursos de inglés, informática y de cualquier cosa que le permitiera conocer gente, se había cansado. Porque al menos mientras estudiaba, iba y venía de la facultad, hablaba con gente aunque solo fuera para preguntar que había querido decir al final el profesor, porque se había distraído copiando las ecuaciones de la pizarra.

Cuando terminó no se dio cuenta de la realidad, pensaba que ya era libre, encontraría un trabajo, se iría de casa y todo sería nuevo. Luego no fue así, descubrió que la vida era un tren en marcha y por mucho que corriera no lo alcanzaría. Solo podía esperar a que alguien se bajará en una parada, se distrajera un momento y entonces aprovecharía para quitarle su plaza.

Andrea se sentía mal, su padre había muerto de un repentino ataque de corazón un año antes y ella por primera vez se daba cuenta de que ya no era esa joven que de lunes a viernes iba a clase y estudiaba, y los fines de semana salía a tomar el aire. De golpe era una adulta sin querer serlo ni estar preparada para ello.

Estaba aburrida de la vida de su pequeña ciudad, muy sencilla y muy tranquila. Demasiado tranquila. Entonces un domingo en un suplemento dominical encontró una convocatoria de becas en una universidad de Nueva York cuyo nombre debía deberse a algún ilustre senador o congresista del estado. Era una beca para estudiar el clima de la ciudad, como cambiaba con los años y como variaba según la zona de la ciudad.

Decidió mandar la solicitud. Cuando dos semanas después recibió la llamada del profesor que dirigía la investigación no se lo podía creer. No lo pensó ni cinco minutos, dijo que sí en el acto. No se lo había

dicho a nadie así que cuando se lo comunicó a sus amigas y su familia, la sorpresa fue mayúscula.

Su madre literalmente puso el grito en el cielo. Pero ella estaba decidida, sabía que era una locura, no conocía muy bien el idioma y tendría que permanecer dos años en un país del que solo conocía algo por las películas y algunos amigos americanos. Pero cuando murió su padre comprendió que tenía que agarrarse al vagón de cola o el tren no volvería a pasar en mucho tiempo.

Hizo las maletas, arreglo los papeles y a los cinco días de recibir la llamada estaba en Barajas esperando su avión. Tenía que estar en Nueva York para empezar a trabajar el día diez y ella recibió la llamada el día uno. El profesor le había encontrado una habitación en una residencia pero ella quería estar unos días antes en la ciudad para habituarse al cambio de horario. Esperaba que su estancia en la residencia fuera temporal, quería encontrar a alguien con quien compartir un apartamento.

De forma que allí estaba ella, de pie en el aeropuerto de Barajas, esperando para registrar su equipaje. No era mucho, tenía límite de peso y además ella sola no podía con muchos bultos, así que llevaba un poco de todo y un mucho de nada. Confiaba en que más adelante podría comprar algo de ropa y su madre podía enviarle algo de lo que dejaba atrás.

2. SANTA ANA

Cuando subió al avión se dispuso a soportar de la mejor manera posible el largo viaje que le aguardaba. Primero paraba en Londres para cambiar de avión y después nueve largas horas. Definitivamente instalada se preparó para ver la película que ponían. Era Maveric. Podía elegir entre escucharla en inglés o en español y pensó que prefería el español. No quería agobiarse el viaje siendo incapaz de entender la película y deseando no haber dado el gran paso.

Al llegar a su destino sentía a la vez hambre y ganas de vomitar, calor y frio, sueño y cansancio. Nadie había ido a recogerla. Después de pasar una hora recuperando su equipaje y en la aduana, tomo un taxi. Por suerte el taxista era colombiano y no le costó demasiado hacerse entender.

La residencia estaba en el campus, era gigantesca e imponente. Todo le recordaba a las películas de estudiantes universitarios que solía ver en su casa después de comer. Grandes extensiones verdes y ancianos árboles que contrastaban con los recientemente pavimentados caminos que iban de un edificio a otro. Y por supuesto, todo ello rebosante de estudiantes con carpetas que la miraban de reojo.

Desde luego su aspecto no podía ser más cómico. La ropa arrugada del viaje y el pelo entre liso y rizado: fosco, despeinado y alborotado. Con maletas y paquetes medio abiertos rodeándola, golpeados y sucios. Se sentía en un mar infestado de tiburones, rezaba porque un valiente capitán viniera en su blanco velero a rescatarla.

Pero no fue un valiente capitán sino un hombrecillo con gafas y algo calvo que le recordaba a Aníbal Lecter pues a través de los cristales brillaban uno ojillos brillantes y sagaces por encima de una dentadura perfecta de anuncio de dentífrico.

Era el decano. Se presentó diciendo:

—Mi querida “señorita”, soy el decano Done. No la esperábamos hasta mañana pero su alojamiento está listo. Acompáñeme y se lo mostrare.

Andrea se limitó a sonreír y asentir con la cabeza, el cansancio no le

permitía articular una frase completa ni en español ni en inglés.

La residencia Santa Ana donde se alojaría resulto ser una gran mole gris que desentonaba con el resto del campus. De estructura modernista y de no más de veinte años, en su interior alojaba a cien “señoritas”, ochenta de las cuales eran alumnas y el resto becarias como ella, y a alguna que otra profesora.

Su habitación estaba en el tercer piso y daba a un aparcamiento de coches en la trasera del campus. La compartiría con una becaria de Bélgica que estaba estudiando la influencia de la contaminación ambiental y acústica en la psique humana. Ella no estaba allí, había ido a un congreso a Boston y no volvería hasta dentro de dos días.

Andrea consiguió deshacer su equipaje, al menos parcialmente, las blusas y demás prendas arrugadas estaban en sus perchas, el resto junto con sus libros podía esperar.

Eran las siete de la noche, la hora de la cena ya había pasado pero ya no tenía hambre. Al día siguiente tenía que estar a las ocho en el despacho de su tutor y después tendría un par de días para visitar la ciudad. Decidió acostarse y dormir hasta las seis y media de la mañana. Solo sabía que el baño estaba al fondo del pasillo. Ya descubriría el resto.

3. NUEVA YORK

Apenas pudo dormir más de dos horas seguidas. Estaba demasiado cansada para relajarse. Cuando sonó el despertador creía que no podría ponerse de pie y mucho menos ir a hablar con su tutor: el profesor Alexander. Una cosa era hablar por teléfono y limitarse a responder preguntas educadamente y otra muy distinta enfrentarse cara a cara con la persona con la que debía trabajar dos años.

Hizo acopio de valor y en cincuenta minutos se encontraba en la cafetería de la residencia ante una sorprendida camarera que no comprendía que a las siete de la mañana no le apetecieran un par de huevos revueltos con mucha salsa de tomate. Finalmente tomo una taza de café, o al menos ese era el nombre de un líquido parduzco que no olía mucho mejor que un insecticida, y un bizcocho.

A las ocho en punto llamaba a la puerta del despacho del profesor Alexander. Este resulto ser un hombre afable que había pasado una larga temporada aprendiendo español en Salamanca. Del español no recordaba mucho pero si de la cultura española, lo que fue suficiente para que Andrea se sintiera cómoda ante su interlocutor. Un hombre alto, desgarbado, de nariz aguileña y con las gafas en permanente peligro de caer al suelo. Se alegraba de que Andrea hubiera conocido al decano. No tendría que ir a presentárselo.

—Es un hombre agradable –comentó el profesor-. Suele concedernos las subvenciones que necesitamos y no se mete en nuestro trabajo.

Andrea sonriendo asintió con la cabeza.

—Hasta el jueves no tienes que empezar a trabajar –continuo el profesor-. Tienes dos días para ver la ciudad. Siento no poder acompañarte.

—No se preocupe –contestó Andrea aliviada. Aunque le había parecido agradable, quería visitar ella sola la ciudad-. Me las arreglaré.

—Entonces, hasta el jueves.

—De acuerdo, adiós.

Y diciendo esto Andrea se levantó apresuradamente y se dispuso a conocer la ciudad con la que tanto había soñado. Tomo un taxi que la llevo directamente al Empire State. El enorme edifico de 381 metros y 102 pisos se alzaba ante sus asombrados ojos. En ese instante se dio perfecta cuenta del inmenso lugar donde se encontraba y de su gran decisión.

A continuación se dirigió a Central Park para visitar el Museo de Arte Metropolitano y el Museo Americano de Historia Natural. El Central Park se extendía delante de ella como si fuera un enorme bosque donde le gustaría perderse por unos minutos. Aunque entonces lamento no haber visitado antes de salir a su alergólogo.

Para comer decidió probar un perrito caliente. No sabía mal pero al día siguiente prometió no repetir jamás la experiencia. Un perrito caliente callejero necesita diez minutos para ser comido y un día en cama para ser digerido.

Por la tarde visito Broadway. Las luces y las carteleras brillaban atrayentes a su alrededor pero aún tenía mucho que ver. No quería pasar su primera tarde en Nueva York dentro de un teatro.

Recorrió Wall Street y observo detenidamente la fachada de la Bolsa de Nueva York y el desfile sin fin de bancos y casas de cambio.

Camino por la Quinta Avenida y estuvo visitando la Catedral de San Patricio cuya tranquilidad contrastaba con los millares de automóviles y de peatones que circulaban por el exterior.

Pero lo que le llamo la atención fue una casa deteriorada por el paso del tiempo, que muchos años antes debió de ser un palacete. Estaba situada dos calles más abajo de San Patricio, perdida en una estrecha callejuela. Entre los altos edificios, mucho más modernos, pasaba desapercibida puesto que a primer golpe de vista estos la ocultaban.

Observándola más detenidamente se podía ver la hermosura que debió de tener en otros tiempos. Sus grandes ventanales, con algunos restos de rotos cortinajes, reflejaban la seguramente vida acomodada que sus dueños debieron disfrutar. Ahora sus habitantes eran ocasionales mendigos o alguna rata como la que en el preciso instante en que Andrea hizo intención de acercarse a la casa, salía tranquilamente,

sintiéndose dueña absoluta del palacete.

Esto la hizo decidirse a regresar a Santa Ana. Hoy no quería perder la cena. Le permitiría conocer a las personas con las que conviviría en la residencia.

Necesito diez minutos para conseguir un taxi. Todavía no había conseguido aprender a silbar con la destreza necesaria. Los americanos resultaban unos expertos en esas lides.

Llego a las cinco a la residencia. La mesa ya estaba dispuesta esperando a los comensales.

4. CARRIE

Su segundo día en Nueva York lo paso en la cama. El cansancio del viaje y el perrito caliente en su estómago resintiéndose a ser digerido, pudieron con ella.

Daniela la encargada del tercer piso de la residencia cuido de ella llevándole infusiones y comidas ligeras. Puesto que no conocía a nadie, nadie la perturbó y pudo pasar todo el día durmiendo.

Cuando despertó vio a una joven rubia, de ojos azules sonriéndola desde el borde la cama.

—Hola, soy Carrie, tu compañera de cuarto. ¿Cómo te encuentras?

—Estoy, que ya es decir mucho. Me llamo Andrea.

—Sí, ya lo sé. Lamento no haber estado aquí el primer día y no haberte podido mostrar la residencia y la ciudad.

Después sonriendo añadió:

—También lo que no se debe comer.

—No te preocupes. Creo que he aprendido la lección. ¿Qué hora es? A las ocho tengo que estar en el despacho del profesor Alexander.

—Son las siete. Si te das prisa podemos desayunar juntas.

Y así lo hicieron. Rápidamente conectaron. Al fin y al cabo su situación era idéntica. Dos becarias de otro país, invitadas por el gigante americano a compartir sus conocimientos. Decidieron que cenarían juntas y después Carrie le explicaría los lugares de interés para dos jóvenes estudiantes, tiendas de ropa, cafés, cines y teatros.

No había prisa, estarían un año compartiendo alojamiento, después Carrie regresaría a su país y Andrea permanecería un año más en Nueva York siempre y cuando todo saliera bien.

Aunque empezaba a dudar que fuera buena idea vivir en un apartamento, en la residencia no tenía que preocuparse de hacer la compra, ni de cocinar, ni de lavar la ropa. Había un servicio de lavandería a disposición de las residentes previo pago de un suplemento que ella pensaba pagar muy gustosamente. Nunca se le habían dado bien las tareas domésticas y realmente no tenía muchas ganas de que la situación cambiara.

Tenía en mente dar alguna clase de español a estudiantes que necesitaran ayuda con sus estudios de la lengua. Así obtendría algún dinero que le permitiría costearse sus pequeños caprichos puesto que

la beca, como de costumbre, era muy pequeña.

5. LOS PRIMEROS DÍAS

El profesor Alexander le explico en qué consistiría su primera tarea. Debería registrar los datos de temperatura y radiación del último año, día a día, utilizando los diferentes bancos de datos de los Servicios de Meteorología de la zona, disponibles en Internet. De esta manera podrían relacionar la radiación solar en Nueva York con la temperatura del aire en ese año. Para ello dispondría de un pequeño despacho en el "Ala Norte".

El Ala Norte era la zona de esparcimiento, en medio había un pequeño edificio destinado a los despachos de los becarios. Aunque llamar despacho a un cuartucho de tres metros cuadrados era un eufemismo. Ella tenía suerte, el suyo medía algo más, cuatro metros cuadrados, y tenía una ventana que aunque no se podía abrir dejaba pasar la luz. El despacho de Carrie estaba al final del pasillo, podrían visitarse en los ratos de descanso. Pero ese primer día Carrie no estaba allí, se

encontraba comentado con su tutor las conferencias de Boston.

A las cuatro terminó su trabajo por ese día. En su habitación se encontró con Carrie y decidieron ir a cenar a un pequeño restaurante italiano cerca de su residencia.

Planearon pasar juntas el fin de semana. El sábado irían de compras durante el día. Por la noche Andrea conocería a los amigos de Carrie puesto que se iban a reunir a cenar en casa de uno de ellos. El domingo irían al teatro si aún tenían dinero.

Los amigos de Carrie eran un grupo agradable. Había una pareja americana, Luis y Joanna, que planeaban casarse antes del verano. Ambos eran abogados, ella quería trabajar con el Fiscal del Distrito y él se dedicaba a la abogacía privada, especializándose en divorcios.

Otro amigo de Carrie era de origen japonés, Arthur, y por lo que vio Andrea parecía que entre él y Carrie había algo más que buena amistad. Él era agente de bolsa.

Por último conoció a Melissa y a Grant. Ambos eran canadienses y trabajaban para el Gobierno como asistentes sociales. No eran pareja. Melissa estaba enamorada de un joven abogado que les ayudaba en el centro donde trabajaban.

Andrea no tardó mucho en entablar una buena relación con todos y a las dos semanas se sentía una más del grupo. Planeaban aprovechar el próximo fin de semana para enseñarle el deporte rey del país: Béisbol. Andrea no estaba muy convencida pero quería ver un partido antes de decidir si le gustaba o no.

Los días transcurrían tranquilamente para Andrea. Pasaba la mayor parte del tiempo tomando datos. Con un par de días más tendría todos y podría empezar a aplicar los diferentes modelos y construir gráficos.

No conocía la ciudad y al principio le fue difícil discernir que datos eran de una zona y cuáles de otra. Los nombres de las estaciones meteorológicas y de las calles no tenían significado aún para ella.

Había tenido problemas con los datos de la zona de San Patricio. Repitió la toma de datos varias veces, eran excesivamente altos pero pensó que sería debido al tráfico de la zona. Después los estudiaría

con precisión e intentaría establecer una explicación a las anomalías. Al fin y al cabo el objetivo de su trabajo, el motivo por el que le habían dado la beca, era establecer las variaciones climáticas en los diferentes periodos del año y en las diferentes zonas de la ciudad.

Cuando tuviera más adelantada esta primera fase del trabajo quería comentar los resultados con Carrie. Ella estudiaba la influencia de la contaminación en el hombre, así que sus estudios tendrían puntos comunes.

6. CONTINÚAN LAS ANOMALÍAS

Después de un mes de trabajo recopilando datos, encerrada en su "despacho", escuchando los gritos de los que se divertían jugando al baloncesto o simplemente charlando en el área de esparcimiento, oliendo a ordenador chamuscado todo el día, había terminado. Andrea le presento los datos obtenidos al profesor Alexander. Ahora había que introducirlos en un maravilloso programa instalado en el despacho del profesor, que desde luego hacia unas gráficas impresionantes pero no sabía coger los datos solo, había que introducirlos de uno en uno.

Para ello necesitaron cuatro días, haciendo frecuentes descansos, turnándose con el profesor y con sus dos ayudantes. Después de media hora de copiar números, las cifras bailaban ante sus ojos.

Y llego el gran momento. Solo se necesitaban cuatro sencillas órdenes y obtendrían el grafico en diez segundos.

—Y… ¡ENTER! –exclamaron todos a la vez.

—¡Umm! Todo está muy bien, pero… ¿qué es ese pico?, ¿tomaste mal los datos Andrea? –inquirió el profesor.

—No, no, los datos son correctos pero en esa zona próxima a la Quinta Avenida son exageradamente elevados –contesto Andrea.

Uno de los ayudantes explicó:

—Siempre ocurre igual al tomar cualquier medida, ya sea la temperatura, la presión o la humedad, en esa zona hay problemas. Deben estar estropeados los instrumentos de la estación meteorológica. Seguramente el tráfico denso que hay en la avenida todos los días los ha estropeado.

—Bien –contesto el profesor Alexander-, si es así coged vuestras cosas e id allí para ver cuál es el problema.

—Podríamos filtrar la secuencia, eliminar el pico –sugirió el otro ayudante que hasta entonces había permanecido callado.

—¡No, de ninguna manera! –exclamo Andrea airadamente-. Es una zona importante de la ciudad y no se puede suprimir.

—Eso es cierto –corroboró el profesor-. Vamos, ¿a qué estáis esperando? Id a ver qué ocurre.

La idea de ir a la estación meteorológica no satisfacía mucho a Andrea. Si bien no había tratado mucho a los dos ayudantes, rápidamente observo que eran muy diferentes. Mientras que David era alegre y gastaba bromas sin perder la seriedad en el trabajo, Peter nunca le había dicho una frase agradable desde su llegada, la miraba con desdén por encima del hombro, y parecía estar esperando el momento en que Andrea fallará en algo para recalcarlo ante el profesor.

La beca debería haber sido para él, pero Peter ya tenía su plaza de profesor ayudante. En el departamento necesitaban gente y mediante la beca la habían reclutado sin necesidad de pagarle un sueldo. No se trataba de hacer de menos a nadie, simplemente era una cuestión de dinero. Peter no lo comprendía y además había algo peor: Andrea era una mujer.

David conducía, Andrea iba a su lado de copiloto y Peter detrás, mirando por la ventanilla sin decir una palabra. David conducía muy bien, con la práctica adquirida al haber vivido en Nueva York toda su vida. Con su cerrado acento fue explicando a Andrea que eran los edificios por los que pasaban. Andrea sonreía, con Carrie ya había hecho el itinerario completo pero David mostraba tanta emoción hablando de su ciudad que le dejo continuar sin interrumpirlo.

Andrea se preguntaba dónde estaría la estación meteorológica. Había ido varias veces a ver la Catedral de San Patricio, desde que llego a la ciudad se había sentido atraída por el lugar, aunque eso era lo que se decía a sí misma. Realmente lo que le hacía volver una y otra vez allí, era el palacete. No sabía la razón, pero lo gustaba ir y observarlo.

Ya estaban llegando. La estación meteorológica estaba en la azotea de un edifico de once pisos en la trasera de San Patricio. Era pequeño considerando la altura de los rascacielos que invadían la ciudad. Tuvieron que subir por la escalera, el ascensor no funcionaba aunque mereció la pena solo por ver la cara de fastidio de Peter. David y Andrea intercambiaban miradas de complicidad y risas ahogadas.

Cuando llegaron arriba, Andrea pudo por primera vez desde su llegada respirar un aire un poco más limpio. A ras de suelo solo se respiraban gases, pero arriba el aire era algo más puro pero aun así pudo comprobar después que dentro de su nariz, por la cara y la ropa había el mismo polvillo negruzco de siempre. Desde luego ese año con la contaminación y la llegada de la primavera no lo iba a pasar muy bien.

Ya estaban junto a la garita. En ese momento Andrea tenía que poner la cara de póker que había practicado frente al espejo de la residencia. No conocía el funcionamiento de los instrumentos, sabía lo que median pero no estaba muy segura de reconocer cual era cual. No se sentía capaz de poder decir que estaba mal ni que bien. David noto su titubeo y guiñándole un ojo le hizo un gesto haciéndole entender que no debía preocuparse. Mientras tanto Peter miraba detenidamente uno de ellos.

—Las placas de hierro están sucias –dijo Peter con prepotencia.

—Sí, el piranómetro SIAP da ese problema –continuo David señalando con los ojos a Andrea una esfera de vidrio que cubría el receptor.

Andrea capto la idea y dijo con seguridad:

—La esfera está rallada. La calibración será errónea.

Peter la miro con cara de asombro y dijo:

—Sí, no conseguirá eliminar toda la radiación de longitud de onda por encima de los 2000nm.

Andrea decidió quemar su último cartucho:

—Cuando utilicemos el análisis numérico de Fourier para medir la radicación solar no obtendremos un buen resultado si los datos están mal. Hay que limpiar el equipo.

David la miro enrojecido por la risa hasta las orejas. Peter asintió satisfecho, tal vez la beca no estuviera tan mal otorgada. Andrea sonrió, después de todo cinco años de teoría en la universidad con escasa práctica servían para impresionar al listillo de turno.

Estuvieron dos horas limpiando todo cuidadosamente. Andrea se dedicó a los termómetros convencionales utilizados para medir la temperatura del aire. Los había visto antes y no creía que pudiera tocar o hacer algo que no debiera.

Cuando terminaron, regresaron a la universidad. Le dijeron al profesor Alexander todo lo que habían hecho y este satisfecho les dijo que podían marcharse a casa. Al día siguiente empezarían de nuevo y verían el factor de error que había que considerar en sus mediadas.

7. BÉISBOL

Y allí estaba ella. Sentada en el Yankee Stadium, entre Arthur y Carrie, dispuesta a animar a los Yankees. Se sentía como una intrusa entre las 80000 personas que llenaban el estadio. Le habían explicado por el camino levemente el reglamento del juego y le había parecido aburrido, pero no se atrevía a decirlo. Estaba decidida a gritar y animar cuando hiciera falta sin hacer preguntas pero no creía que fuera a repetir la experiencia.

Además había otro asunto que le hacía sentir incomoda. Estaba sentada entre Arthur y Carrie. Sospechaba que entre ellos había algo y no le gustaba estar situada en medio de furtivos cruces de miradas. Todo el mucho conocía la situación menos ellos dos. En ese momento se le ocurrió una idea. Necesitaría la ayuda del resto del grupo. No era muy original pero funcionaria, estaba segura.

El partido continuaba, los Yankees estaban "machacando" al otro equipo. Ya estaba acostumbrándose a la rutina de dar un grito de animación cada tres o cuatro minutos sin saber a qué venía a cuento, solo para que sus amigos supieran que seguía en el mundo de los vivos.

Entonces ocurrió, una mano emergió por el lado izquierdo de su cabeza llevando algo de forma sinuosa cubierto por una sustancia roja que parecía sangre. Era el protagonista de sus pesadillas desde que llego a Nueva York. Un grito se ahogó en su garganta y recuerdos amargos afloraron a su mente.

Era… ¡un perrito caliente! No pudo resistir más y dejo escapar un alarido. Todo el mundo la miro. Estaba rodeada de forofos de los

Yankees y ella había gritado. Decidió no volver nunca más a un partido de béisbol.

En el camino de vuelta a casa, Carrie en la parte trasera del coche intentaba darle ánimos. Era compresible, había estado muy enferma cuando llego por culpa de un perrito y no lo había superado. Con el tiempo lo conseguiría y podría enfrentarse a ello abiertamente.

Pasaban en ese momento por la Quinta Avenida. Andrea recordó sus problemas con la estación meteorológica.

—En ese edificio está la estación. En la azotea –dijo Andrea-. Continuamente hay errores en los datos, vamos a pedir dinero al decano Done para un equipo nuevo.

—No creo que os lo dé –le contesto Carrie-. Lo más seguro es que el tráfico de la zona y la contaminación modifiquen vuestras medidas.

—¿Hay mucha contaminación aquí? –preguntó Andrea.

—¡Oh sí! No recuerdo los datos exactos, los tengo en la residencia para el trabajo. Cuando lleguemos te lo diré.

—¡Dejad de hablar de trabajo! –exclamo Luis-. Si continuáis hablando de ello os contaré mi último caso. Estoy preparado las alegaciones finales y deseo ensayarme con alguien.

—No, por favor –grito un coro de voces.

—Ahí está el restaurante –indico con la mano Joanna.

Iban a probar un restaurante de comida cubana propiedad de una familia de emigrantes que Melissa y Grant habían conocido tiempo atrás en el centro donde trabajaban.

Andrea estaba algo recelosa. Después de su experiencia del primer día no se sentía capaz de probar un plato nuevo si alguien no lo hacía antes. Y solo después de que hubieran pasado un par de días y el catador no tuviera ningún problema de estómago se aventuraba.

A pesar de todo Andrea fue capaz de disfrutar de la exquisita cena con el feliz pensamiento de que al día siguiente era domingo y no tenía

que madrugar.

Cuando llegaron a la residencia era muy tarde para buscar datos de contaminación. Ya tendrían tiempo para hacerlo.

8. COMPARANDO DATOS

Después de desayunar subieron a su habitación. La tenían dividida en dos partes claramente diferenciadas. Andrea no era muy ordenada pero el contraste entre su parte y al de Carrie era evidente.

Necesitaron dos horas para llegar a la conclusión de que entre las carpetas "perfectamente ordenadas" de Carrie no estaba lo que buscaban. Andrea se preguntaba cuál era el método seguido por Carrie para ordenar las cosas. Desde luego no era por antigüedad, ni por orden alfabético. Más bien respondía a la norma de "Aquí hay sitio, aquí lo pongo".

Fueron caminando hacia el Ala Norte. Como era la zona de esparcimiento esa tarde de domingo estaba invadida por cientos de estudiantes jugando al baloncesto, corriendo o intercambiando impresiones con su pareja.

No había nadie en los despachos. Los becarios no podían trabajar allí los fines de semana. Si querían hacerlo tenían que ir a la biblioteca. Pero ese detalle no era problema para Carrie. Poseía una copia de la llave maestra que había sido obtenida, no se sabía cómo, del único original que estaba en poder del decano Done.

—¿De dónde ha salido esa llave, Carrie?

—No te preocupes. Me la encontré por ahí.

—¿Por ahí? Si alguien descubre que la tienes, vas a tener problemas.

—Y si alguien descubre que estamos aquí, los problemas los tendremos las dos. No enciendas ninguna luz. Con los dispositivos de emergencia llegaremos a mi despacho. Nunca bajo la persiana, así que una vez que estemos dentro veremos sin problemas y como la ventana da al patio nadie nos vera.

Quince minutos más tarde abrían la puerta del despacho de Carrie. Nadie había revisado las luces de emergencia en mucho tiempo y algunas no funcionaban. Pero cuando sus ojos se acostumbraron a la falta de luz, avanzaron sin titubear.

El despacho de Carrie no estaba mucho más ordenado que la habitación de la residencia. En todas las carpetas había el mismo título: Datos, pero Carrie se movía entre ellas con soltura aunque para Andrea todas eran iguales. Por fin encontraron lo que querían.

—Aquí están los primeros datos que recopilamos –explicó Carrie-. Como puedes ver los niveles de contaminación son muy altos.

—¿Y estos otros?

—Oh, esos están mal. Repetimos las mediciones y obtuvimos que no había contaminación. Seguramente la persona que tomo los datos no sabía utilizar el equipo o tal vez fue un desajuste momentáneo.

—A nosotros nos ha pasado lo mismo. Teníamos valores muy elevados y hemos revisado los instrumentos. Esta semana tomaremos las medidas otra vez para intentar calibrar el error.

—Entonces ya me dirás que pasa. De todas formas puedo hacerte una copia de esto por si la necesitas.

—Sí por favor, estaría bien. Tal vez los necesite para demostrar que hay motivo justificado para que falle el equipo: la contaminación. Pero ahora vámonos de aquí. Tendríamos que haber esperado a mañana y no haber entrado furtivamente.

—¿Y el espíritu aventurero?

—Lo dejo para las películas de Indiana Jones. Vámonos.

9. NO HAY MEDIDAS

Era una mañana fría y soleada. Andrea caminaba rápidamente hacia el despacho del profesor Alexander. No sabía que ocurría. Había encontrado una nota en su casillero citándola a las nueve en el despacho. Ella empleo ese tiempo en estudiar las otras zonas de la ciudad pensando en que modelo sería el más apropiado para tratar los datos. Al fin y al cabo la zona de San Patricio era una más y si un modelo funcionaba en todo el área de Nueva York también lo haría allí.

Al entrar en el despacho del profesor no le gusto lo que vio. David evitaba mirarla mientras que Peter y el profesor tenían sus ojos fijos en los de Andrea.

—¿Qué hiciste el otro día? –le espetó a modo de saludo Peter-. Si no conocías el equipo no haber tocado nada.

—No entiendo de que me estás hablando. ¿Qué ocurre? –pregunto Andrea asustada.

Más tranquilo, el profesor Alexander le explico el motivo del enfado.

—No hay datos. Durante toda la semana no hemos recibido ninguna señal de los instrumentos. El lunes pensamos que era un fallo temporal y decidimos esperar algunos días.

—Quizás –empezó a decir David cautelosamente-, tocaste algún cable o dejaste floja alguna conexión. No conocías el equipo y tal vez…

—Yo no hice nada. Tuve cuidado. Vosotros vigilasteis todos mis pasos –dijo Andrea mirando de uno a otro con la cara enrojecida con una mezcla de ira y de vergüenza.

No conocía el equipo, eso era cierto pero Peter estuvo todo el rato encima de ella como un buitre esperando a que su víctima muera para atacarla. Estaba segura de no haber hecho nada mal.

—Está bien. Tú y David volveréis allí ahora mismo. Revisareis todo de

nuevo y esta vez ten cuidado Andrea. No digo que hayas sido tú pero tal vez tu inexperiencia te haya jugado una mala pasada. Mientras tanto Peter y yo revisaremos las conexiones entre el equipo y nuestros ordenadores de aquí.

Andrea asintió con la cabeza. En cinco minutos la habían llamado inexperta y manazas. Además debía estar volviéndose loca. No recordaba haberse aproximado a ningún cable de conexión, de ellos se había encargado Peter.

Durante el camino David la miraba compasivamente. No sabía que decirle para animarla. No creía que ella hubiera tenido la culpa pero tampoco podía asegurar lo contrario.

—No te preocupes. Hoy no estará Peter. Te explicaré el funcionamiento de todos los instrumentos del equipo. No tendrás ningún problema.

—El otro día tampoco tuve problemas –replico Andrea con obstinación.

En ese instante recordó lo que Carrie le había dicho el día anterior. La primera vez que repitieron las medidas no obtuvieron datos y después se arregló el problema. Fue un desajuste momentáneo.

—Mi compañera de habitación se llama Carrie. Estudia la influencia de la contaminación en el hombre. Al medir la contaminación en San Patricio también han tenido problemas. A veces obtienen datos elevados y otras veces no hay medidas. Igual que nosotros.

—Mira, conozco a Carrie, todo el campus la conoce. Tiene unas ideas un tanto diferentes. En su propio departamento no le hacen mucho caso.

—Pero creé que fue algún desajuste momentáneo.

—Tal vez, pero yo en tu lugar no creería todo lo que dice.

Una vez más comprobaron todos los instrumentos del equipo. Como le había prometido, David fue explicándole todo el funcionamiento.

Aparentemente todo estaba en orden. No se habían aflojado las conexiones y los aparatos realizaban sus medidas correctamente.

Pero lo que llamo la atención de Andrea fue un medidor de radioactividad. No se había fijado en él la primera vez que subió a la estación meteorológica. David le explico que formaba parte del equipo pero no tenía utilidad en esa estación. En otras zonas cerca de fábricas u hospitales, estos medidores eran muy útiles.

Andrea no podía imaginar las fugas de radiación que se registraban en los hospitales.

Entonces ocurrió. De repente todos los indicadores de los instrumentos empezaron a oscilar. Un segundo marcaban lo más alto de las escalas y otro caían hasta el mínimo.

—¿Qué ocurre? –pregunto Andrea asustada.

—No lo sé. Alguna perturbación está afectando al equipo pero no sé qué puede ser.

—Casi no hay tráfico, ese no pude ser el motivo.

Eso era cierto. Había obras en la zona y la mayor parte del tráfico estaba siendo desviado. Solo podían circular por San Patricio los vehículos de urgencias y los vecinos de la zona. Incluso David y Andrea habían tenido complicaciones para llegar.

—Andrea, observa el indicador de radioactividad. ¡Se ha vuelto loco! –dijo David llamando la atención de Andrea.

Esta volvió el cabeza al medidor y una idea paso rápidamente por su cabeza. Cogió el medidor y siguiendo los movimientos de la aguja indicadora empezó a buscar el origen de la radiación.

Según bajaba corriendo las escaleras del edificio los niveles de radioactividad aumentaban. Los vecinos del inmueble se apartaban al

verla acercarse.

Andrea corría con el indicador en la mano saltando obstáculos sin que David fuera capaz de alcanzarla.

El tercero, el segundo, el primero…Ya estaba en la calle. Torció hacia la izquierda, en dirección al puesto de periódicos pero el nivel de radiación empezó a descender, entonces retrocedió y se dirigió a San Patricio cruzándose con David que la miraba atónito.

Iba bien, el nivel empezó a subir. En la fachada de San Patricio dudo si seguir al frente, o a la derecha o la izquierda. En ese momento tuvo una corazonada. El palacete.

—Andrea, Andrea, detente. ¿Qué ocurre?

—Mira. El nivel está aumentando. Sígueme.

Según se aproximaban al palacete el nivel se disparó llegando al máximo. No era posible un valor tan elevado, de ser cierto deberían estar todos muertos, pero al llegar a la puerta del palacete el indicador descendió rápidamente. Andrea empezó a caminar de un sitio a otro esperando que el nivel volviera a subir.

—Es inútil Andrea. Es lo que tú habías dicho. Un desajuste momentáneo.

—Pero tú lo viste. Al acercarnos empezó a subir.

—Quizás hayas sido tu misma al correr la que hayas movido el medidor aflojando algún componente.

—Ya está bien. Cuando algo no funciona es culpa mía porque he aflojado algo. Yo no estaba tocando nada en la azotea cuando todo empezó a moverse.

—Bueno, lo que tú quieras. No vamos a discutir. Sea lo que sea lo que haya ocurrido ya termino. Volvamos a la estación para asegurarnos de que todo va bien y después regresaremos al despacho.

Andrea estuvo de acuerdo con el plan de David pero no con su explicación. Algo no funcionaba y no era debido a ninguna conexión aflojada.

En el despacho pudieron comprobar que ya se recibían mediadas. Tomarían datos una semana y después podrían calibrar el error. David no comento nada del incidente en la azotea y Andrea tampoco estaba dispuesta a hacerlo. Para todos el problema había quedado resuelto con el ajuste del equipo.

Ninguno dijo nada pero todos la miraban considerándola culpable, era una novata, todos lo habían sido y en esa época no te gusta que te remarquen tus errores por falta de experiencia.

Andrea los miraba disimulando sus propios pensamientos. La creían culpable. Bien. Les daría una lección. Algo ocurría en la estación meteorológica y en el palacete. Ella lo averiguaría. Tendrían que disculparse por sus reproches.

10. INVESTIGANDO

—¿Qué tal te ha ido? –pregunto Carrie sonriendo cuando Andrea llego a la habitación de la residencia.

—Horrible. Peter la tiene tomada conmigo –contestó Andrea.

Y empezó a relatarle la discusión en el despacho y los acontecimientos ocurridos en la estación.

—¡Es increíble! De modo que cuando llegaste al palacete todo volvió a

la normalidad.

—Sí. Yo hubiera dado una vuelta en torno al palacete para ver si podíamos entrar de alguna manera pero David no me dejo.

—Podemos ir a cenar fuera de la residencia y después echar un vistazo al palacete.

—De acuerdo. Voy a cambiarme de ropa y nos vamos.

El espíritu aventurero de Carrie se había puesto en marcha. Andrea no se sentía muy aventurera pero la curiosidad era más fuerte que su voluntad.

Una hora más tarde estaban sentadas en una cafetería situada en frente del palacete. Desde allí podían controlar si alguien entraba o salía del mismo, aunque su estado ruinoso hacía pensar lo contrario.

Eran las ocho. Ya había anochecido hacía tiempo y como al día siguiente se trabajaba no había mucha gente por las calles.

Se aproximaron al palacete. No se oía ningún ruido. Temían que hubiera algún vagabundo o algún drogadicto en su interior pero a juzgar por los ruidos solo debía de haber gatos.

Dieron la vuelta al edificio y encontraron una puerta de servicio con un candado nuevo. Sin duda fuera quien fuera el dueño del palacete quería asegurarse de que no entrará nadie. En la puerta delantera dos gruesas barras de acero soldadas al marco de la puerta desalentaban a cualquiera que quisiera entrar.

Pero en el segundo piso se veía una ventana algo abierta. Si lograban alcanzarla, con levantar un poco la hoja de cristal podrían entrar.

—Trae ese cubo de basura dado la vuelta, parece sólido. Con la ayuda del canalón y los huecos entre las piedras alcanzaremos el alféizar –explico Carrie.

—Carrie, ¿crees que soy alpinista?

—No tengas miedo. Si nos caemos solo nos romperemos una pierna o un brazo, nada importante.

Una vez más Andrea pensó que realmente Carrie tenía ideas “un tanto diferentes” como había dicho David. Pero las ganas de averiguar que había dentro la impulsaron a seguir a Carrie que ya casi alcanza el alféizar.

Subió al cubo de basura. Gracias a Dios alguien le había dado la vuelta, seguramente algún chiquillo, evitándoles el trabajo de apartar bolsas de basura. Parecía más sólido de lo que Andrea había imaginado y eso le hizo coger confianza.

El canalón estaba algo oxidado pero habían tomado la precaución de llevar guantes y ropa vieja. Se movía un poco. Las sujeciones con el paso del tiempo habían empezado a aflojarse.

—Ánimo –grito Carrie asomada a la ventana-. Es fácil y dentro no parece que haya nadie. Un poco de esfuerzo.

—No puedo –dijo Andrea con desesperación.

Los dedos de Andrea rozaban el alfeizar, ella era más baja que Carrie y aunque se estiraba todo lo que podía no lograba asirse. Carrie agarró su mano y con un impulso final quedo colgada de la ventana. Carrie tiro de los brazos de Andrea y consiguió que entrara en el palacete.

Al cabo de unos minutos recuperaron el aliento y empezaron la excursión. En la residencia les habían prestado unas linternas y gracias a ellas podían ver por donde pisaban.

—Esto me recuerda a Expediente X, nos falta Mulder –dijo Andrea riéndose al recordar su serie favorita.

—No estaría mal pero te tendrás que conformar conmigo –contesto Carrie divertida por la ocurrencia de Andrea.

—Esta puerta está cerrada, ¿qué habrá dentro? –pregunto Andrea refiriéndose al cuarto contiguo a la habitación por la que habían entrado.

Carrie se quitó una horquilla del pelo, la estiro y al más puro estilo

detectivesco empezó a manipular la cerradura ante el asombro de Andrea. En pocos segundos el cerrojo cedió, el paso del tiempo y las fuertes corrientes que atravesaban la casa habían conseguido que cogiera holgura.

Tampoco había luz en la habitación pero la claridad de la luna se filtraba por las rendijas de la persiana y los haces de luz de sus linternas les permitieron ver el interior. Ante ellas se erguía una cama con dosel de fina madera tallada, que todavía conservaba algunos jirones de las cortinas que en otro tiempo habían lucido limpias y vaporosas.

En la pared opuesta a la cama había un tocador con el espejo roto y con los cajones abombados por la humedad. Al lado de la ventana había un armario cuyas puertas parecían haber sido rotas a patadas.

Un par de sillas completaban la decoración. El dormitorio contrastaba con la vasta habitación por la que habían entrado. En ella solo habían encontrado cajas de cartón.

Continuaron visitando la segunda planta. Todas las habitaciones eran dormitorios, cinco en total, excepto un cuarto de baño y una habitación que sin duda debió de pertenecer a un bebe. En sus paredes todavía se veían dibujos de elefantes, tortugas, leones y otros animales que parecían danzar en torno a la cunita que había en el centro de la habitación. Esta, junto con una pequeña estantería constituían todos los enseres del cuarto.

—Bajemos a la otra planta. Allí deben estar el despacho y el comedor –sugirió Andrea.

—Y también la cocina. ¿Cómo estará la escalera?

Pronto la duda de Carrie se disiparía. La mitad de los escalones estaban rotos y la otra mitad amenazaba con romperse de un momento a otro. Decidieron descender con cuidado, procurando no apoyar demasiado tiempo el peso del cuerpo en el mismo escalón. Además intentaban ir lo suficientemente separadas para que en caso

de que un escalón fallará no caer las dos y poder así ayudarse mutuamente.

La escalera terminaba a escasos metros de la puerta principal. Según se entraba, a la izquierda de la escalera, se veían dos puertas. Una de ellas estaba abierta y decidieron entrar por ella.

Era el despacho, conservaba una inmensa mesa de escritorio situada en frente de una chimenea que invitaba a ser encendida en frías noches de invierno como aquella. Una puerta comunicaba el despacho con un cuarto de estar donde, igual que arriba, solo había cajas y cajas de cartón. También había otra puerta por la que se salía a la escalera.

A la derecha de la escalera había dos puertas más que daban a la misma habitación, un gigantesco comedor. Aunque esto lo imaginaron por las señales de sillas arrastradas que se podían ver en el suelo, y por la lámpara que colgaba del techo. Estaba totalmente vacía. En las otras habían encontrado algún resto del mobiliario o cajas de cartón. Pero allí no quedaba nada.

—Por esa puerta se debe de poder entrar a la cocina –dijo Carrie con alegría.

—No me lo puedo creer. Es imposible que en estos instantes estés pensando en comer. Y aunque hubiera algo para ello, estaría en mal estado –replico Andrea según entraban en la cocina.

—¡Calla! ¿No has oído algo?

—Yo no. Habrá sido tu estómago que te está jugando una mala pasada.

—No, escucha, parece un gato.

Andrea escucho atentamente y entonces su oído capto unos débiles sonidos que parecían sollozos de bebe. Serian gatos, cuando estaban en celo sus maullidos lastimeros recordaban a bebes. Sonaban lejos pero de pronto uno sonó más cerca. Provenía de una puerta situada al fondo de la cocina que seguramente comunicaba con el sótano. Se les

pusieron los pelos de punta y salieron corriendo de la cocina.

—¿Hacia dónde vamos? –pregunto Andrea mientras corrían asustadas.

—Solo podemos salir por el mismo sitio por el que hemos entrado. ¡Por la ventana de la habitación de arriba!

Esta vez no tomaron distancia de precaución. Estaban demasiado aterrorizadas para pensar con claridad. Andrea iba delante. Justo cuando estaba situada en frente del dormitorio con la cama con dosel, vio algo que le heló la sangre. Una figura transparente vestida de tul blanco estaba mirándola.

Parecía flotar en el aire. Sus facciones se asemejaban a las de una mujer y sus labios se movían pareciendo querer decirles algo. En ese momento extendió la mano intentando coger el brazo de Andrea y esta asustada dejo escapar un grito. Dio la vuelta y en su huida choco con Carrie, que estaba detrás de ella igualmente paralizada.

Intentaron huir por la habitación por donde habían entrado a la casa pero otra figura blanca franqueaba la puerta del cuarto. Esta vez parecía un hombre. También flotaba como suspendido en el aire y se podían ver a través de él. Pero lo que la hacía más horrible era un agujero negro situado en lo que debía ser la frente del espectro.

Carrie grito. Andrea estaba demasiado conmocionada para articular palabra. Se precipitaron escaleras abajo con tan mala fortuna que Andrea piso un escalón roto. Sintió que el suelo cedía bajo sus pies. Eso fue lo último que notó antes darse un fuerte golpe en la nuca.

11. JULIAN

Cuando Andrea despertó estaba tendida en una cama de hospital. Un foco apuntaba hacia sus ojos. Un apuesto medico se encontraba junto a ella. Era alto, rubio y con ojos azules. No debía ser real. Volvió a bajar sus parpados pensando que era parte del sueño.

—Andrea, despierte –la llamo el doctor.

—¿Qué ha pasado? ¿Dónde está Carrie? –pregunto Andrea preocupada por su amiga.

—Se encuentra bien. Ella la trajo al hospital. Debe de tener más cuidado al cruzar la calle. Se ha dado un buen golpe.

—Ah, ¿sí? –Andrea se preguntaba de qué estaba hablando el doctor. Ella se había caído por unas escaleras-. ¿Recuerda su nombre?

Después de cinco minutos contestando estúpidas preguntas, el doctor quedo convencido de que el golpe no la había afectado demasiado.

—Llamaré a su amiga. No se mueva. Si se levanta ahora puede marearse.

El doctor salió y le dijo a Carrie que podía entrar. Andrea se encontraba mejor pero durante tres o cuatro días debería tomarse las cosas con calma.

—Andrea, ¿qué tal estás? Me has dado un buen susto.

—No entiendo nada. ¿Qué le has dicho al médico? A mí no me atropello ningún coche.

—Ya lo sé, pero no podía decirle que te habías caído por la escalera de una casa que habíamos allanado, después de ver dos fantasmas. Nadie me hubiera creído.

—Los vimos, ¿verdad? No me lo he imaginado. Eran un hombre y una mujer.

—Sí, sí los vimos, pero no le digas nada a nadie. Mañana cuando terminemos de trabajar podemos ir a la biblioteca y consultar los periódicos en la hemeroteca.

—Siempre desee hacer algo así. Con una de esas máquinas que permiten ver en una pantalla una especie de diapositivas con las páginas de los periódicos. ¡Cómo en las películas! –exclamo Andrea visiblemente emocionada.

—Deja de soñar. Habrá una explicación razonable. Alguien nos vería entrar y quiso gastarnos una broma. Nada más.

—¿Y el medico que me ha atendido también es una broma?

—No, él es real. Me gustaría haber sido yo la enferma.

No pudieron seguir hablando porque el tema de su conversación estaba entrando por la puerta con el alta para Andrea. Podía irse a casa, pero si notaba algún mareo o la vista se le nublaba debería regresar al hospital inmediatamente.

Llegaron a la residencia a las tres de la mañana, todo el mundo dormía excepto Daniela, la encargada del piso, que esa noche hacia guardia. Nadie era capaz de decirle una mentira. Cuando te miraba a los ojos y te hacía una pregunta, te sentías como un niño pequeño.

Le explicaron que al salir del restaurante, según cruzaban la calle, un coche vino a gran velocidad y sin que ellas pudieran evitarlo golpeo a Andrea. Después se dio a la fuga. No pudieron ver la matrícula, ni eran capaces de recordar el color ni el modelo, por lo que era inútil

denunciarlo a la policía.

Daniela hizo que se lo creía pero por la expresión de su cara se podía ver que no estaba muy convencida. Les mando acostarse, debían descansar. Ella enviaría al día siguiente una nota a sus tutores explicándoles lo sucedido.

12. CITA A CIEGAS

Por supuesto al día siguiente no fueron a ninguna biblioteca. Carrie paso toda la mañana durmiendo y por la tarde tuvo que recuperar el trabajo atrasado. Andrea necesito dos días en cama antes de poder salir a la calle. Cuando se despertó todo el cuerpo le dolía, descubrió músculos y huesos que no conocía.

David fue a verla con un ramo de flores y un osito de peluche. Todo funcionaba bien en el despacho. La estación meteorológica ya no daba problemas y Peter que estaba recopilando los datos, le mandaba saludos.

El profesor Alexander le enviaba a su vez una nota “tranquilizadora”. Podía tomarse el tiempo que quisiera para descansar, ellos recopilarían los datos para que después ella los pudiera estudiar. No había problema, ya recuperaría el tiempo perdido. Como favor personal el profesor estaba dispuesto a dejarle una copia de la llave de su propio despacho para que trabajara el fin de semana si lo necesitaba.

Después de leer la nota decidió que en cuanto estuviese mejor iría al despacho del Ala Norte. Aunque pasase el tiempo sentada en su silla mirando por la ventana, el profesor se daría por satisfecho.

Estaba orgulloso de su departamento, todo el mundo trabajaba las horas establecidas (o al menos parecía hacerlo) rindiendo al 100%. Incluido él, que continuamente debía de asistir a agotadoras conferencias y seminarios en diversas ciudades del país presentando el trabajo que realizaba con la ayuda de sus investigadores.

***

Cuatro días después de su caída se reunió con Melissa para tomar café y hablar sobre su idea. Melissa también lo había pensado, pero para una persona era difícil de realizar. La recuperación de Andrea era una buena disculpa para prepararlo todo. Carrie había dicho a todos sus amigos lo mismo que al médico del hospital: Andrea había sido atropellada por un coche. De forma que se disponía a salir a cenar ahora que ella estaba mejor.

Pero eso era lo que Carrie y Arthur debían creer. Realmente la idea era reunirlos con la disculpa de la celebración y dejarlos después solos. Sería una encerrona y aunque al día siguiente estarían enfadados con los organizadores, si todo iba bien no les duraría mucho el enfado.

Melissa y Andrea planearon todo con cuidado. Irían al restaurante italiano preferido de Carrie. Grant y Melissa llevarían a Arthur y con la disculpa de aparcar el coche e ir al servicio le dejarían solo en la mesa.

Andrea acompañaría a Carrie hasta el restaurante y después se reuniría con los otros pretextando una llamada telefónica. La cena la pagarían los cinco. El dueño del restaurante era cliente de Luis y se había ofrecido a colaborar para que todo resultara "romántico". De esto último Andrea no estaba convencida. Conocía a Carrie, sabia como era su carácter y no estaba segura de que una cena para dos a la luz de las velas ablandara su corazón. Arthur por el contrario aunque era igual de "diferente" que Carrie era más clásico para las veladas románticas y se dejaría llevar.

El resto del grupo se reuniría en la casa de Luis para cenar y comentar las caras de asombro que seguramente podrían Carrie y Arthur. El dueño del restaurante les llamaría si había algún contratiempo.

Al día siguiente a las cinco y media Carrie se daba los últimos retoques ante el espejo mientras Andrea impaciente esperaba junto a la puerta. Habían quedado a las seis en el restaurante. Andrea todavía no se acostumbraba a cenar tan temprano. En España no cenaba nunca antes de las nueve.

Necesitarían media hora para llegar y considerando los atascos que

siempre había en Nueva York tardarían algo más. Tomaron el autobús y después un taxi consiguiendo llegar solo con quince minutos de retraso. Grant daba vueltas con el coche para que pareciera que buscaba sitio para aparcar. Dentro del restaurante Melissa daba conversación a un inocente Arthur.

Cuando Melissa vio que Andrea y Carrie entraban en el restaurante se disculpó con Arthur y se fue a los servicios. Después de saludar a Arthur, Andrea a su vez se fue a llamar por teléfono a la residencia pretextando no recordar haber cerrado el grifo del lavabo.

Entonces al girar y disponerse a salir del restaurante lo vio sentado solo en una mesa. Al entrar no se había percatado de su presencia pero él si lo había hecho a juzgar por la sonrisa que asomaba en sus labios.

—Ya veo que se encuentra mejor –dijo el doctor Julián Passfield extendiendo su mano hacia una sorprendida Andrea.

—Sí. Al día siguiente no podía moverme pero ahora me encuentro mucho mejor –contesto Andrea mientras respondía al saludo del apuesto médico.

—¿Va a cenar con sus amigos? –pregunto el doctor señalando la mesa donde Arthur enrojecido hasta las orejas hablaba con Carrie.

—No. Es una cena para dos. Ya me marchaba.

—¿Quiere cenar conmigo?

Andrea trago saliva, no sabía que responder. Tenía que reconocer que durante los últimos cinco días había pensado en el doctor Julián, sobre todo los dos primeros días que había pasado en la cama sin poder moverse. La imagen del médico cuando abrió sus ojos en la cama del hospital continuaba impresa en su retina y se mezclaba con las imágenes de los sucesos acaecidos en el palacete. Sus sueños durante dos días fueron mitad pesadillas y mitad dulces visiones.

Ahora tenía ante sí a Julián Passfield. Por una parte deseaba aceptar la

invitación pero por otra tenía que reconocer que no sabía nada acerca de él. Además si se quedaba a cenar tendría que aguantar las bromas de sus amigos y estropearía la velada que con tanto cuidado habían preparado para Carrie y Arthur.

—No, muchas gracias, pero creo que no va a poder ser –contesto Andrea finalmente.

—Quizás en otra ocasión –respondió el doctor.

Casi no tuvieron tiempo de despedirse. Melissa pasó junto a ellos tirando del brazo de Andrea y se limitaron a decirse un vacío “Hasta pronto”.

Desde detrás de los grandes ventanales del restaurante, los cinco amigos observaron como dos camareros retiraban las sillas y la mesa sobrantes ante las atónitas caras de Carrie y Arthur que empezaron a comprender que aquello era una trampa. Habiendo comprobado que la pareja comenzaba a entenderse se marcharon al apartamento de Luis.

Joanna no había querido irse a vivir con Luis hasta que encontraran una casa más grande y pudieran casarse. Querían hacerlo en el verano y ya solo faltaban seis meses. Las fiestas navideñas estaban a la vuelta de la esquina y después el tiempo se les echaría encima.

Nada más llegar al apartamento el dueño del restaurante llamo a Luis. Con un fuerte acento italiano le explico que todo iba bien. A la joven pareja no parecía haberle importado que todos se marcharan y les dejaran solos. Hablaban sin parar y daban buena cuenta de los exquisitos platos que los camareros les servían.

Andrea regreso a la residencia a las doce de la noche. Carrie no llego hasta las cuatro de la madrugada. Aunque Andrea quiso esperarla despierta finalmente Morfeo la había acogido en sus brazos.

13. CARRIE ENAMORADA

Al día siguiente, sábado por la mañana, Carrie no parecía muy dispuesta a contar nada de la velada anterior. Pero aunque en un principio se mostró enfadada con una mezcla de orgullo y dignidad ofendida, al final cedió a los ruegos y suplicas de Andrea y a sus propias ansias de compartir sus emociones con alguien.

—Cuando entre en el restaurante y vi que Melissa se levantaba de la mesa, sospeche todo –empezó diciendo Carrie.

—Sí, eso dices ahora pero cuando viste a Arthur en la mesa con el traje y corbata no fuiste capaz de articular palabra y mucho menos de pensar en nada –replico Andrea.

—Bueno, tal vez en un principio eso fuera cierto pero enseguida reaccione y mantuve con Arthur una conversación inteligente.

—Yo no lo recuerdo así. Mientras los camareros retiraban las sillas y la otra mesa, os limitasteis a miraros a los ojos con cara de besugo.

—Eso lo dices porque nunca has estado enamorada. Cuando lo estés, me comprenderás.

—Hablo la voz de la experiencia. Pues que yo sepa tú lo estás desde anoche porque hasta ayer por la tarde asegurabas que el amor era un sentimiento de personas desocupadas que no tenían otra cosa en que pensar.

—Como sigas replicándome no te cuento nada más. Por cierto, ¿cómo sabes que cara teníamos si tú no estabas allí?

—Estaba con el resto del grupo observando desde la ventana vuestra conversación inteligente.

Aunque el enfado de Carrie aumento al oír aquello, no duro mucho.

Las ganas de contar a alguien los sucesos de la noche anterior eran más fuerte que su fingida indignación. Además, si lo pensaba un momento su mejor amiga en Nueva York era Andrea. Con Joanna y Melissa se llevaba bien pero era diferente, el compartir habitación les había hecho ganar mutua confianza.

Consumieron maquinalmente todos los platos que los camareros ponían ante ellos, pero al contárselo a Andrea no fue capaz de recordar lo que habían comido. Tampoco recordaba haber pedido nada pero suponía que Arthur lo había hecho por los dos.

Andrea se cuidó mucho de decirle que realmente habían sido ella y Melissa las que le dijeron al dueño del restaurante la cena que debía servirse esa noche. Era una pena estropear la romántica imagen que Carrie se estaba empezando a formar de Arthur.

Después de cenar Arthur caballerosamente se dispuso a pagar la cuenta pero el dueño del restaurante les informo que ya había sido abonada por Luis y los demás. Carrie consideraba que esto no hubiera sido necesario. En su fuero interno debía admitir que estaba encantada con la cita que les habían preparado, aunque nunca reconocería ante nadie que no fuera Andrea, pero hubiera preferido que Arthur pagara la cuenta.

—No te preocupes. Si todo va bien, Arthur tendrá oportunidad de invitare muchas veces. Sigue contándome –dijo Andrea apremiando a Carrie a continuar con la narración.

—Después de cenar fuimos a pasear a la luz de la luna.

—Supongo que tampoco recuerdas por donde paseasteis.

—Bueno, yo… realmente… No, no lo recuerdo pero había unos bancos muy cómodos y unos jardines limpios y cuidados.

—¿Cómodos?, ¿limpios?, ¿cuidados? –pregunto Andrea entre risas-. ¿Qué bebiste durante la cena?

—Me voy, ya no te cuento más.

—Lo siento, no diré nada hasta que no termines. Te lo prometo.

—Tampoco hay mucho que contar. Sus abuelos vinieron de Japón en los cincuenta y se establecieron en Chicago donde Arthur nació. Tiene una hermana mayor casada con dos niños que vive en California.

—No quiero que me cuentes su biografía. ¿De qué más hablasteis?

—De todo un poco. A las tres y media estábamos en la puerta de la residencia y durante media hora estuvimos despidiéndonos, nada más –finalizo Carrie entre suspiros.

—¿No te declaro su amor? –preguntó Andrea conteniéndose las ganas de reír.

—No –dijo Carrie con pena-. Pero creo que está enamorado de mí. Yo estoy loca por él. Hemos quedado esta tarde para ir al cine y después tomaremos algo en alguna cafetería.

Andrea sonrió, llamaría a Melissa para decirle que todo había ido bien. Tal vez Arthur hubiera hablado con Luis y podrían enterarse de algo más.

No le había dicho nada a nadie de Julián Passfield. Ni siquiera a Carrie. Esperaba verle otra vez pero realmente no sabía nada sobre él, ni los sitios que frecuentaba ni de sus amistades.

Sabía que trabajaba en el hospital pero desconocía cuál era su función allí. Quizás solo fuera un suplente y nunca más volvería a verlo. Si tenía un puesto fijo todo sería más fácil. Siempre podía regresara al hospital alegando un fuerte dolor de espalda que después milagrosamente desaparecería.

Pero de lo que no sabía nada era de lo que más le preocupaba: ¿estaría casado?, ¿tendría novia?, ¿estaría comprometido?

No estaba segura de cómo hacerlo, pero hallaría respuesta a todas sus preguntas.

14. RATAS DE BIBLIOTECA

Ya había transcurrido una semana pero el enamoramiento de Carrie les había hecho olvidar momentáneamente el palacete y sus habitantes. Era jueves por la tarde, estaban aburridas, habían terminado su trabajo en los despachos y solo eran las cuatro. Fuera llovía. Durante todo el día unos nubarrones grises habían estado amenazando con derramar su contenido pero no lo habían hecho hasta pocos minutos antes de las tres. Desde entonces no había parado de llover.

Con ese tiempo no tenían ganas de mojarse corriendo detrás de un taxi

para ir al centro. La lluvia hace imposible viajar en autobús o en metro, había demasiada gente.

—Vamos a la biblioteca del campus, podemos consultar en la hemeroteca periódicos atrasados –sugirió Carrie.

—Sí, eso está muy bien pero allí no vamos a encontrar nada del palacete. Si queremos saber algo de su historia y los edificios de alrededor será mejor que vayamos a la Biblioteca Pública –comento Andrea pesarosa.

—De acuerdo, hoy podemos investigar aquí y mañana si no llueve vamos al centro y pasamos por la Biblioteca.

—Me parece bien.

En la primera planta de la biblioteca del campus no encontraron sitio pero como buscaban algo muy concreto sobre la historia de la ciudad no lo lamentaron. En esa planta solo había libros de historia general y una amplia sección de historia americana. Pero nada especifico de la ciudad.

En la segunda planta estaban los libros de ciencia. Para Andrea fue extraño estar en la biblioteca y no entrar allí. Realmente del campus solo conocía su habitación, los despachos de Carrie, del profesor Alexander, el suyo propio, y la segunda planta de la biblioteca donde pasaba la mayor parte de su tiempo por las tardes.

En la tercera planta estaba la hemeroteca. No había mucha gente y podrían trabajar con tranquilidad. No sabían por dónde empezar. El palacete era muy antiguo y por mucho que observaban la fachada no podrían saber que sucesos habían ocurrido allí que pudieran haber sido publicados en el Nueva York Times o en cualquier otro periódico.

Sospechaban que debió de ocurrir alguna tragedia relacionada con algún asunto amoroso. Los espectros eran de un hombre y una mujer lo que inducía a pensar que el dinero no fue el motivo de ningún drama, aunque no podían estar seguras.

Los espectros parecían llevar ropas blancas. Ella una especie de túnica y él una camisa y unos pantalones pero todo había sido tan rápido y

tan sorprendente que casi no habían tenido tiempo de observarlos con detenimiento. Ninguna de las dos había visto nunca nada igual así que todo eran especulaciones.

Los pocos muebles de la casa no les daban muchas pistas. La cama con dosel parecía muy antigua, tal vez fuera de hacía dos siglos, pero la habitación del niño tenía muebles del siglo pasado. Seguramente de los cincuenta o sesenta.

En la hemeroteca solo había archivos del siglo XX y del siglo XXI. Si querían averiguar algo anterior a 1900 tendrían que ir también a la Biblioteca Pública que tenía archivos datados con anterioridad al presente siglo. Decidieron que Andrea buscaría en los periódicos de la década de los cincuenta y Carrie en los de la de los sesenta. Si no encontraban nada ampliarían el margen de tiempo.

Después de dos horas solo habían llegado al 1953 y 1963 respectivamente. Si en dos horas solo habían revisado cuatro años cada una, les quedaba mucho trabajo por hacer. Pero ya estaban picadas por la curiosidad. Bajarían a comer algo y continuarían hasta terminar las décadas. En caso de no tener éxito en su búsqueda volverían al día siguiente.

Comieron un bocadillo en la cafetería de la biblioteca. Se encontraron a David que estaba buscando documentación para las clases del día siguiente pero no le dijeron nada de lo que estaban buscando. Andrea conocía lo que David pensaba de Carrie y no quería que llegase a pensar lo mismo de ella. Aunque sabía que lo que estaban haciendo no era muy normal no quería perder la cabeza.

A las siete estaban otra vez trabajando y esta vez tuvieron más suerte. Carrie empezaba a revisar los periódicos de marzo de 1964 cuando en el del día 10 encontró lo que buscaba.

—Andrea, ven aquí, lo he encontrado:

“ASESINATO EN LA QUINTA AVENIDA”

“Anoche un terrible doble asesinato conmociono a la sociedad neoyorquina. Thomas Rutherford asesino brutalmente a su esposa Claudia

y al amante de esta, Albert Corman."

Así empezaba el artículo que apareció la mañana del 10 de marzo de 1964 en el New York Times. Claudia y Albert mantenían una clandestina relación desde hacía tres años que se había iniciado antes del nacimiento del hijo de los Rutherford: Joseph. El terrible crimen tuvo lugar dos días después de que el pequeño cumpliera un año de vida.

Thomas Rutherford solía acudir después de cenar a una tertulia en un café cercano al palacete, donde se reunía con empresarios como él. Normalmente regresaba a casa a las nueve, pero esa noche lo hizo una hora antes. Tenía trabajo pendiente que necesitaba tener listo para el día siguiente.

Al entrar en la casa escucho risas y voces provenientes del piso de arriba. En la casa solo debían estar su esposa Claudia y el pequeño Joseph pero las risas que oía eran de un hombre. Subía las escaleras con cuidado cuando uno de los escalones crujió bajo su peso. Entonces las risas cesaron.

Traspasando el umbral del dormitorio que compartía con Claudia, la encontró sentada ante el espejo del tocador cepillándose su larga cabellera.

—¿Dónde está? –grito Thomas visiblemente alterado.

—Aquí no hay nadie –contesto Claudia con voz asustada.

—No me mientas. Oí voces cuando entre en la casa y una era de hombre. ¿Dónde está escondido tu amante? –pregunto Thomas mientras miraba por la ventana del cuarto asegurándose de que nadie hubiera escapado por allí.

—Te repito que estas equivocado. Aquí…

Claudia no pudo terminar la frase. Según hablaba se pudo oír un ruido proveniente del armario. Thomas cogió el arma que guardaba en la mesilla de noche por miedo a los ladrones se dirigió al armario.

—¡Dame la llave! –exigió Thomas a Claudia.

Ella estaba demasiado asustada para moverse pero a Thomas no le importó. Empezó a dar patadas golpeando las puertas del armario. Cuando estas cedieron, ante los ojos de Thomas apareció Albert Corman, temblando de pies a cabeza al ver la pistola en la mano de Rutherford.

—No es lo que piensas. Puedo explicarlo –dijo Albert intentando calmar a Thomas.

Pero Rutherford no estaba para explicaciones. Totalmente fuera de sí apunto con el arma hacia la frente de Corman y sin pensarlo dos veces apretó el gatillo. La bala sin ningún impedimento entro en la frente de Albert matándole al instante.

Claudia dejo escapar un grito. No debiera haberlo hecho. Thomas se había olvidado de su presencia apero al oírla gritar se volvió con la pistola apuntando todavía hacia delante. Y nuevamente disparo. Esta vez la bala no acertó en su blanco sino que rompió el espejo del tocador en mil pedazos.

Pero aunque la bala no la mató, el susto fue lo suficientemente grande como para acabar con ella de un infarto en pocos minutos. Rutherford permaneció inmóvil en la misma posición mirando sin ver la dramática escena que había creado.

Mientras, en una habitación cercana, se empezó a oír el llanto de un niño. En la calle la gente se agolpaba a la puerta del palacete atraída por los disparos.

A los pocos minutos llego la policía. Como siempre ocurre en estos casos nadie fue capaz de recordar quien la había llamado. Entre la pareja de policías y un par de hombres de anchas espaldas consiguieron echar la puerta abajo y entrar en la casa. Los curiosos

seguían sin atreverse a entrar en el palacete.

Los policías subieron rápidamente las escaleras. Se dirigieron a la única habitación donde había luz. De fondo, un niño seguía llorando. Cuando los hombres uniformados vieron el rojizo espectáculo que se presentaba ante sus ojos sintieron ganas de vomitar. No les fue difícil hacerse con el arma de Thomas que hasta ese momento había permanecido estático y sin decir una palabra. Nunca más volvería a hacerlo, desde esa noche hasta el día de su muerte mantuvo la mirada perdida y ningún sonido volvió a salir de su boca.

Llegaron más policías y entre ellos el detective que se encargaría de la investigación. Uno de los recién llegados encontró a un bebe de un año llorando en su cuna, medio asfixiado por el llanto. Fue difícil calmarlo, parecía que intuía que a su alrededor estaba ocurriendo una terrible tragedia.

Para el detective el caso estaba claro. Albert Corman y Claudia Rutherford se conocieron en una fiesta de la embajada canadiense en las navidades de 1961. Iniciaron una buena amistad que fue la comidilla de Nueva York. Incluso se especulaba con la paternidad del pequeño Joseph. Después de seis años de matrimonio Claudia se había quedado embarazada cuando ya nadie lo esperaba. Thomas no daba crédito a las habladurías, confiaba en Claudia y Albert había llegado a ser un buen amigo de ambos.

En los últimos meses los rumores se habían acentuado. Albert había sido visto entrando en la casa de los Rutherford cuando Thomas y el servicio estaban ausentes. La gente murmuraba. Era una vergüenza semejante adulterio ante los ojos de un inocente niño.

De forma que la noche del nueve de marzo de 1964 cuando Thomas entro en su casa y escucho las risas, sintió como todos los rumores acudían de nuevo a sus oídos. En ese momento dejo de tener conciencia de sus actos para convertirse en un animal.

Había sido un crimen pasional. El abogado contratado por la familia Rutherford alego enajenación mental y por tanto aunque fue encontrado culpable, debido a su estado, fue recluido en un psiquiátrico, muriendo dos años después al caer por unas escaleras.

Ningún familiar reclamo el cuerpo de Albert Corman. Todo él era un misterio, tanto su llegada a Nueva York como su pasado. Vivía en una casa en la calle 42 sin más compañía que sus libros. Solo se sabía que había llegado a finales de los años cincuenta procedente de Nueva Orleans. Se creía que todo su dinero provenía de la venta de una naviera. Después de un tiempo se procedió al sepelio. Una vez saldadas todas sus deudas el dinero fue donado a un asilo de huérfanos según su propio deseo expresado en su testamento.

El dinero de la familia Rutherford fue heredado en su totalidad por Joseph Rutherford siendo sus abuelos paternos los encargados de administrarlo hasta su mayoría de edad.

Todas las empresas y todas las propiedades del imperio Rutherford fueron vendidas excepto el palacete. Debido a los acontecimientos de aquella noche nadie se atrevió a vivir allí nunca más.

Andrea y Carrie buscaron sin éxito alguna referencia que las pudiera llevar a Joseph Rutherford pero su pista se perdía después del juicio. Una breve reseña a la muerte de Thomas dos años después, es lo último que encontraron de la familia Rutherford y del palacete.

Ya eran las once de la noche. Estaban cansadas y necesitaban asimilar en la tranquilidad de su habitación todo lo que habían averiguado. Después de hacer una copia de los artículos que les interesaban abandonaron la biblioteca.

Cuando Andrea cerraba los ojos unas campanas daban las doce. Sonaban lejanas, tal vez fueran las de San Patricio, pero no lo creía, su residencia estaba muy lejos de la catedral y del misteriosos palacete que se ocultaba dos calles más abajo.

15. LA FAMILIA RUTHERFORD

Pasaron el día trabajando mecánicamente porque sus mentes estaban en otra parte. Carrie repasaba lo que habían descubierto el día anterior. ¿Influiría ya entonces la contaminación en la mente humana? En los años sesenta la contaminación era mucho menor pero tal vez…

Andrea también reflexionaba sobre los hechos. No entendía como un asesinato del pasado podía influir sobre los instrumentos con los que tomaban las medidas en la estación meteorológica. Quizás las apariciones espectrales producían una alteración en los campos eléctricos y magnéticos y estos a su vez daban lugar a fluctuaciones den las medidas de la radiación.

Desde luego no era una teoría que pudiera exponer ante el profesor Alexander para explicar las alteraciones de las medias. Tendría que contentarse con alegar “desajuste momentáneo” o que “las conexiones se habían aflojado”.

Ya era viernes. Unas pocas horas más de trabajo y tendrían tiempo de averiguar algo más en la biblioteca. Aunque lo que realmente les apetecía era volver al palacete, ninguna se atrevía a sugerirlo.

Esa tarde brillaba un sol luminoso que invitaba a caminar por eso al bajar del autobús no tomaron el taxi que solía llevarlas al centro, lo dejarían para otra ocasión. No creían que encontraran mucho en la Biblioteca Pública pero no querían dejar ningún cabo suelto.

Todo indicaba que los espectros o lo que fuera que habían visto, eran Claudia Rutherford y Albert Corman. Pero en el pasado podía haber ocurrido algo más. Descubrieron que el palacete había sido construido a finales de 1790 por un terrateniente del sur que decidió emigrar con su familia al norte para ampliar su ya floreciente fortuna.

El primogénito de la familia era Robert Rutherford. De él surgiría el extenso linaje que terminaba en Thomas y Joseph Rutherford. La Guerra de Secesión no fue especialmente dura para los Rutherford. Con su fortuna pagaron a altos cargos para que los miembros de la familia estuvieran suficientemente alejados de los frentes de batalla.

Los años transcurrieron con tranquilidad amparados por su dinero. Todo era paz y armonía. Según la tradición el primogénito de la familia viviría en el palacete con los suyos hasta que el mayor de sus hijos a su vez fundara familia propia. Siempre había habido un primogénito varón para continuar la tradición. Solo una vez fue necesario pasar al segundo de los hijos por ser el mayor una mujer. Por supuesto su hermano cuidaría de ella hasta que se casara pero nadie que no llevara el apellido Rutherford podía presidir la mesa del palacete.

Él era el padre de Thomas. Ella la tía Gladys que no se casaría nunca. Murió de unas fiebres antes de nacer Thomas. Su vida fue triste y aburrida. Relegada de la familia por ser la mayor y mujer, nunca obtuvo lo que le correspondía por ser la primogénita.

Pero la noche del 9 de marzo de 1964 termina bruscamente la historia de la familia Rutherford. Thomas murió dos años después en un psiquiátrico. La pista de Joseph igual que la del resto de la familia se pierde en el tiempo.

Carrie y Andrea llegaron a la conclusión de que ya no podía averiguar mucho más. Está claro que el único suceso lo suficientemente trágico como para impedir el descanso de las almas de dos espíritus, había

sido el asesinato de Claudia y Albert. Ninguna de ellas había creído nunca en espectros pero después de lo que habían visto en el palacete estaban dispuestas a cambiar de opinión.

Sin embargo, no entendían una cosa. Su muerte fue vengada. El culpable fue condenado y murió sin recuperar ni la razón ni la libertad. Entonces, ¿por qué continuaban vagando sus espectros? Había que regresar al palacete e intentar comprender que querían.

—Podemos ir al Registro Civil –apunto Andrea-, y buscar actas de nacimiento, matrimonio o defunción. Nadie desaparece sin dejar rastro.

—Tienes razón. Así sabremos si Joseph sigue vivo y si hay más familia Rutherford en alguna parte –dijo Carrie.

—No creó. En los periódicos no hablan de más hermanos de Thomas. Si el niño fue a vivir con sus abuelos paternos seguramente no había nadie más. Por otra parte está el asunto del dinero de los Rutherford, fue heredado en su totalidad por Joseph. Si hubiera habido algún pariente habría querido su parte de la fortuna.

—Además tenemos que ir también al Registro de la Propiedad y averiguar de quién es el palacete.

Mientras hacían estas reflexiones, recogían sus cosas y salían de la Biblioteca Pública. Carrie había quedado con Arthur para ir a cenar al restaurante de su primera cita. Irían juntas a la residencia para que Carrie se cambiara y así Andrea no tendría que regresar sola.

Pero sus planes no salieron como esperaban.

16. RESPUESTAS

Al salir de la Biblioteca se dispusieron a coger un taxi. Según bajaban las escalinatas de la entrada habían visto como uno se paraba al otro lado de la calle. Cruzaron todo lo rápido que la prudencia y sus piernas les permitieron. Coger un taxi en Nueva York no era cosa fácil.

Estaban junto al taxi esperando que su ocupante saliera para entrar en el coche, cuando cual fue su sorpresa al ver que el ocupante era el apuesto doctor Julián Passfield.

Andrea no era capaz de articular palabra. No sabía el motivo, pero tanto en el restaurante como ahora se comportaba como una tonta. El doctor debía de pensar que todavía no se había recuperado del golpe en la cabeza. Carrie miraba sonriendo una y otra cara apostando contra sí misma quien sería el primero en hablar.

—Nuevamente nos encontramos. ¿Cómo está? –pregunto el doctor rompiendo el hielo.

—Bien, gracias. ¿Recuerda a mi amiga Carrie? Ella me llevo al hospital –acertó a decir Andrea señalando a Carrie.

—Sí, claro. Me alegro de verla –respondió el doctor tendiendo su mano a Carrie.

—Yo también le recuerdo –dijo Carrie a su vez.

—¿Qué hacen por aquí? –pregunto el doctor.

—Hemos venido a consultar unos libros a la Biblioteca Pública…-empezó a decir Andrea cuando Carrie la interrumpió.

—…pero ya hemos terminado y regresábamos a la residencia.

—¿Quieren cenar conmigo? –dijo el doctor invitando a las dos pero mirando solo a Andrea.

—No sé qué decir, estoy algo cansada –titubeo Andrea.

—No seas tonta Andrea. Yo no puedo cenar contigo y te vas a aburrir sola en la residencia, debes aceptar la amable invitación del doctor.

—Si lo que dice su amiga es cierto, yo no puedo permitir que cene sola. Aquí cerca hay un tranquilo restaurante. Cene conmigo

Cinco minutos después estaban en una mesa cerca de la ventana en un acogedor restaurante francés. Andrea no sabía que pensar. Todo había sido demasiado rápido. En un instante Carrie había entrado en el taxi dejándola desconcertada en compañía del doctor.

—Para empezar dejémonos de formalismos y tratémonos de tú. No me llames doctor todo el tiempo, Andrea.

—Como quieras Julián. ¿Qué hacías tú por aquí?

—Suelo salir del hospital a las seis y tomo un taxi hasta casa. Vivo en esa casa –contesto Julián señalando un elegante edificio situado enfrente del restaurante-. ¿Vosotras vivís juntas?

—Sí, en la residencia Santa Ana. Es más cómodo que vivir en un apartamento pero hay menos independencia.

El camarero llego con el menú y mientras cenaban, Andrea fue averiguando cosas del doctor. Sus padres murieron en un accidente de coche cuando él era muy pequeño, ya no recordaba sus caras. Su vida había transcurrido de internado en internado con cortos períodos de tiempo en casa de su tutor.

De pequeño prefería vivir en el internado. Aunque cuando visitaba a su tutor lo hijos de esté eran amables con él, no dejaba de sentirse como un intruso en la familia. Al empezar la universidad se independizó totalmente.

Mensualmente recibía una asignación de su tutor (albacea del

testamento de sus padres) pero al alcanzar la mayoría de edad pudo disponer de su fortuna. Ya en el primer año en la universidad empezó a compaginar el trabajo con los estudios. Durante su doctorado entro a trabajar en el hospital en que había conocido a Andrea: El Virgen María.

Cuando el dueño del hospital murió, sus herederos decidieron venderlo y él considero que sería una buena forma de invertir su dinero. De forma que paso de ser un simple doctor especializado en traumatología, a convertirse en el director de uno de los más prestigiosos hospitales de Nueva York. Antes era solo una clínica privada pero él la había hecho accesible a todo el mundo, consiguiendo no perder a sus ricos pacientes en el intento. De eso hacía ya tres años.

La noche que se conocieron, él estaba de guardia y por eso la había atendido. No tenía una mujer y unos hijos esperándole en casa, lo que le permitían pasar más tiempo en El Virgen María. Andrea no pudo evitar sonreír al oír eso. Estaba soltero, era un dato a tener en cuenta.

Después de cenar fueron al cine. El insistió en tomar un café antes de regresar a casa pero ya habían dado las doce y como la cenicienta del cuento, Andrea deseaba volver a la residencia. Tomaron un taxi, habían bebido vino durante la cena y Julián no se sentía con ánimos para sacar el coche del garaje y conducir hasta la residencia.

Además era viernes. La gente iba en sus coches de fiesta en fiesta y no siempre con la cabeza despejada. Cogiendo un taxi no evitarían tener un accidente pero sí que fuera su coche le que quedara para el desguace. Eso mismo le había ocurrido a Julián la semana anterior y no quería que se repitiera.

Andrea le había explicado a Julián su trabajo pero no le había contado nada de San Patricio y el palacete. En ese momento pasaban delante del edificio donde tomaban las medidas.

—Mira, allí tenemos una estación de medidas que siempre nos da problemas –dijo Andrea señalando la azotea del edificio.

—No me lo hubiera imaginado. No suelo pasar mucho por aquí, hay demasiado tráfico durante el día y tardaría mucho en llegar al

hospital. ¿Qué te ocurre Andrea? ¿Tienes frio?

Estaban pasando por el viejo palacete. Un escalofrió recorrió su espían dorsal. Andrea siempre sentía una sensación extraña en su estómago al acercarse al palacete pero esta vez había algo más. Presentía algo. Estaba asustada, quería llegar a la residencia cuando antes.

—Me he debido de quedar fría paseando. No pasa nada –dijo Andrea respondiendo a las preguntas de Julián.

Andrea no pudo evitar seguir asustada. No fue capaz de continuar conversando, y hasta llegar a la residencia permaneció callada apretando su espalda contra el respaldo del asiento, ante la confusa mirada de Julián que no entendía nada.

—Ya hemos llegado –dijo Julián mientras se bajaba del coche para abrir la puerta de Andrea-. Podríamos vernos otro día cuando te encuentres mejor.

—Sí, claro, llámame –contesto Andrea intentando sonreír mientras seguía tiritando.

—Te llamare, pero ahora entra y toma algo caliente.

—Lo haré. Adiós y gracias por la cena.

—Hasta pronto Andrea.

Desde luego la velada no había terminado como a ella le hubiera gustado. No sabía porque habían pasado por el palacete. Había muchos caminos por los que ir a la residencia y el taxista había elegido justo ese.

Daniela le llevo un vaso de leche caliente a la habitación. Un día tendría que preguntarle el motivo por el cual siempre tenía guardia la noche que ella salía. Eso era una bendición, cualquier otra encargada

de piso la hubiera acribillado a preguntas como: ¿dónde has estado?, ¿qué has cenado?, ¿no llevabas abrigo?

Daniela por el contrario se limitaba a sonreír y a cuidarla lo mejor posible. Como lo haría su propia madre. Debía de tener casi 65 años. Seguramente sería su último año en Santa Ana. Todo el mundo la conocía y la quería. No se podía pensar en Santa Ana sin pensar en Daniela.

Esa noche una vez más Daniela cumplió su cometido. En apenas quince minutos Andrea había reaccionado y se metía en su cama. Carrie no había regresado todavía. Ella y Arthur acostumbraban a perder la noción del tiempo cuando estaban juntos y esa noche no era una excepción.

Andrea se alegraba por ellos. Parecía que su relación iba viento en popa. Ojalá lo suyo con Julián terminara igual. Poco a poco se fue quedando dormida recordando la velada.

17. LUNA LLENA

Iba en el coche por la calle de la urbanización, su madre conducía. Se encontraban con gente a la que se paraban a saludar. Llegaron a su chalet. Está lleno de familiares de Andrea, pero había algo extraño, ella reconocía a las personas pero sus rostros eran diferentes.

Después de intercambiar saludos alguien dijo: “Ese es su coche”

señalando un gran coche verde aparcado a la puerta del jardín. Otra voz dijo: “Mira, está allí. Ve a saludarlo.”.

Camino hacia él. Para llegar donde él estaba tenía que saltar un macizo de flores, parecían petunias. Temía caer al suelo, pero no fue así, él la sujetó mientras bajaba. Igual que su familia, su rostro era diferente, llevaba perilla pero aun así lo reconoció. Era Julián.

La beso en las mejillas y un rubor coloreo la cara de Andrea. Primero se sentaron en unas sillas del porche. Eso era igual. Sillas blancas de madera con colchonetas naranjas. Hablaron como si fuera la primera vez que se veían: “¿Qué tal estas?”, “Encantado de conocerte”… Continuaron su charla hasta que su familia se empezó a aproximar a la mesa. Hasta entonces se había mantenido en un discreto segundo plano.

Fueron a pasear por el jardín y entre los manzanos se pararon a contemplar la luna. Estaba llena, inmensa, brillante.

Era una noche limpia y clara. Podían observar en la luna todos sus montículos y valles. Entonces ocurrió algo extraño.

La morfología de la luna empezó a cambiar. Andrea pronto reconoció las nuevas formas. Eran rostros. Primero el de una mujer que poco a poco se iba desdibujando hasta convertirse en el hombre del palacete. Eran los mismos rostros que los espectros del palacete.

Mientras tanto, de fondo, continuaba escuchando la voz de Julián que sonaba suave y melodiosa cerca de su oído. Al poco rato la morfología de la luna volvió a cambiar. Ya no era el rostro de un hombre con una mancha negra en la frente. Ahora parecían dos troncos, dos leños de madera.

Giraban y giraban hasta salir de la superficie de la luna que había recuperado su forma habitual. Los leños se desplazaban hacia la izquierda de la casa y aunque Andrea quiso seguirlos no pudo alcanzarlos, iban más rápidos que ella. Al ir dando la vuelta a la casa empezó a oír un gato maullando.

Lo busco con la mirada y lo encontró debajo de un macizo de flores. Era grande y negro, tenía fijos en ella unos brillantes ojos verdes. Un

ruido lo asustó y salió huyendo. Andrea quiso correr tras el gato pero entonces un abismo negro se abrió a sus pies y ella empezó a caer. Mientras giraba miles de objetos desconocidos daban vueltas a su alrededor.

—Andrea, Andrea, despierta –gritó Carrie intentando despertar a Andrea.

—Carrie –acertó a decir Andrea respirando con dificultad.

—¿Qué ha ocurrido? ¿Has tenido una pesadilla?

—Sí, creo que sí. Cene mucho y tengo el estómago algo pesado. ¿Qué hora es?

—Son las cuatro.

—¿Ha ido todo bien con Arthur?

—Sí, todo ha sido perfecto, como siempre, pero ahora vuelve a dormir o mañana no podrás levantarte de la cama.

Andrea se volvió a dormir, realmente mientras hablaba con Carrie no había llegado a despertarse del todo. Esta vez durmió plácidamente sin soñar con espectros y familiares de rostros cambiantes que turbaran su descanso, pero si con un bello príncipe azul en forma de doctor.

18. EL COMPROMISO

Andrea y Carrie estaban despertándose. Era sábado y como de costumbre lo dedicarían a ir de compras. Durante la mañana compraban todo lo que necesitaban pero después de comer se perdían entre las mil y una tiendas de Nueva York, comprando lo que no necesitaban una hora antes pero una vez visto se hacía indispensable.

Si les quedaba tiempo iban al cine o a visitar algún museo. Por supuesto a la hora de la cena se separaban. Carrie salía con Arthur todos los sábados. Como los dos trabajaba, las noches del viernes y el

sábado eran las únicas en que podían verse. El resto de los días tenían que conformarse con llamadas telefónicas (cada vez que hablaban, subían las acciones de la compañía de teléfonos) o con breves encuentros en el café de la esquina.

Algunos sábados Arthur venía con alguno de sus amigos para buscarle compañía a Andrea y salir los cuatro juntos. Aunque para Arthur y Carrie todos ellos eran chicos estupendos, para Andrea todos tenían algún defecto.

Unos buscaban una segunda madre y otros una cocinera que preparara exquisitas cenas rápidas para tomar mientras veían un partido de beisbol en la televisión. Aunque algunos lo que buscaban, era la perfecta madre de sus futuros hijos, que si bien tenía que ser inteligente debía de tener claro que después de la boda el papel de una buena esposa estaba en casa planchado.

Pero Andrea no encontraba fallos solo en su manera de pensar, también los encontraba en su físico. Uno estaba calvo, otro no se duchaba y a aquel le olían los pies. Ese no conocía la maquinilla de afeitar y ese otro parecía una radiografía.

Carrie empezaba a desesperase. ¡Ya no conocía a más hombres para presentárselos a Andrea! Pero el problema no eran los amigos de Arthur sino la obsesión de Andrea por cierto doctor. Esta era tal, que le impedía fijarse en cualquier otro futuro pretendiente.

Ese sábado sus planes sufrieron un repentino cambio. Todavía estaban desperezándose cuando unos golpes en la puerta de su habitación, amenazando con echarla abajo, las sobresaltó. Tenían una llamada telefónica. En las habitaciones no había teléfono. Y sus móviles estaban apagados.

Andrea consiguió levantarse primero. Envuelta en la bata de Carrie, con las prisas no pudo encontrar la suya, bajo a la recepción. Esperaba que en el vestíbulo de la entrada no estuviese ninguna visita para alguna de las chicas. Siempre ocurría lo mismo, cuando estaba peor vestida o no había podido arreglarse el pelo, se encontraba con alguien que deseaba ver pero no en ese momento.

Pero esa vez no fue así, no había nadie a la vista. Se dirigió al teléfono

de recepción. Era Joanna, quería invitarlas a Carrie y a ella a tomar café a las cuatro en su casa. Tenía algo que contarles y quería hacerlo en persona para ver la expresión de su cara. También había invitado a Melissa.

Andrea subió rápidamente a la habitación para contarle a Carrie la llamada.

—Carrie tengo una sorpresa para ti.

—Te equivocas, la que tiene una sorpresa soy yo –replicó Carrie sonriendo mientras extendía su mano hacia un inmenso ramo de rosas.

Eran rosa pálido. Al menos había dos docenas. Andrea no pudo evitar quedarse con la boca abierta. Se aproximó a ellas y cogió la tarjeta blanca que asomaba por un extremo.

—¿Qué pone? –pregunto Carrie con ansiedad.

—“Andrea, espero que te encuentres mejor”. Julián Passfield –respondió Andrea azorada.

—¡Qué detalle!

—Es del doctor. Anoche llegue algo destemplada y él como médico se quedó preocupado –continuo Andrea intentando explicarse.

—No me digas más, ha debido de ser eso –contesto Carrie con ironía.

Queriendo cambiar de tema le contó la llamada de Joanna y la invitación a su casa. Solo tuvieron tiempo para comer y comprar algunos cuadernos y bolígrafos que necesitaban. El abrigo nuevo de Andrea tendría que esperar una semana más. Faltaban quince minutos para las cuatro cuando subían al autobús que las llevaría a casa de Joanna.

El apartamento de Joanna aunque no era muy grande, era el adecuado para una joven que vivía sola y que tenía pocos ingresos. En el fondo de su corazón Carrie y Andrea esperaban con ansiedad que Joanna se

casara con Luis. Ella dejaría el apartamento y pensaban hacerle una oferta por él.

La renta no era muy alta, estaba en el centro y había una parada de autobús y una boca de metro cerca del portal. Tenía dos dormitorios, un baño y una cocina de estilo americano que comunicaba con un espacioso cuarto de estar. Era lo que necesitaban. Querían dejar la residencia e irse a vivir juntas pero nunca encontraban el apartamento de sus sueños.

Cuando llegaron todavía tuvieron que esperar veinte minutos a que Melissa llegará. Una vez que estuvieron todas reunidas ante las humeantes tazas de café, Joanna empezó a hablar.

—Tengo algo que mostraros, mirad –dijo extendiendo su mano para que pudieran ver un fascinante anillo de compromiso.

Entre ¡Ooohs! Y ¡Aaahs! de admiración Joanna les explico que la noche anterior ella y Luis habían ido a cenar a un elegante restaurante italiano. La velada había sido perfecta. Unos violines sonando de fondo y un suave olor a flores entre las tenues luces de las llamas de las velas. Entonces Luis se había puesto de rodillas a los pies de Joanna y delante de todas las personas que estaban cenando en el restaurante le había pedido que se casara con él.

Luis había conseguido entrar en un bufete que llevaba los divorcios de las personas más influyentes de Nueva York. Ocupaba un buen puesto y tenía un magnifico suelo. Era el momento de casarse. Joanna pronto conseguiría entrar a trabajar como ayudante del fiscal y con los dos sueldos podrían vivir cómodamente.

Joanna no necesito tiempo para pensarlo y sin dudarlo acepto la propuesta, ante el alborozo de los presentes. Habían hablado de casarse en verano pero todavía no había nada en firme. Ni siquiera había habido anillo de compromiso, los escasos ingresos no lo habían permitido.

—¿Cuándo será la boda? –preguntó Carrie.

—Luis quería casarse antes de Navidades pero yo le he dicho que es mejor esperar hasta finales de enero. Estamos a 15 de noviembre y entre Acción de Gracias, las Navidades, y el nuevo trabajo de Luis no hay tiempo suficiente para organizar la boda.

—¿No sería mejor que esperarais hasta el verano como habíais pensado en un principio? –sugirió Melissa.

—No, Luis está impaciente. Si por él fuera nos casábamos mañana mismo. No quiere esperar más, y yo tampoco.

—No te preocupes, ahora tendremos muchos días libres y podremos ayudarte a preparar todo –dijo Andrea animadamente, era la primera de sus amigas que se casaba y le hacía mucha ilusión.

—Gracias chicas, sabía que podía contar con vosotras para organizar todo –contesto Joanna rebosante de felicidad-. Además quiero que seáis mis damas de honor.

Carrie, tan eufórica como siempre, se mostró encantada con la idea. Melissa algo más sosegada se limitó a asentir con la cabeza. Andrea sonrió pero no las tenía todas consigo, había visto ceremonias nupciales americanas en películas y revistas y la visión de las damas de honor la aterrorizaba. Todas parecían muñecas repollo o mesas camillas.

Desde luego aunque las tres tendrían que ir iguales no permitiría que Carrie eligiera el vestido. Conocía sus gustos, era capaz de vestirlas de rojo con tules rosas y un gran lazo azul y verde en el pelo.

19. OTRA VEZ DENTRO

Era el día de Acción de Gracias. En la residencia Santa Ana solo quedaban las estudiantes extranjeras. Carrie y Andrea pensaban en cómo iban a pasar el día. Su grupo de amigos se había dispersado para reunirse con sus familias y los canadienses, Melissa y Grant, pasarían el día sirviendo comida en el centro de asistencia donde trabajaban.

Arthur había invitado a Carrie a pasar el día con su familia en Chicago, pero ella rehusó. Era demasiado pronto para conocer a la familia, no quería ir tan rápido.

—Podríamos ir otra vez al palacete –sugirió Carrie-. Hoy todo el mundo está en sus casas con la familia. Nadie nos vera entrar.

—No sé qué decirte, no guardo buen recuerdo de la última excursión –contesto Andrea llevándose la mano a la cabeza.

—Pues yo creo que no te fue tan mal, conociste a Julián.

—Si eso estuvo bien pero, ¿y lo demás?

—Así averiguaremos si realmente vimos los fantasmas de Albert y Claudia o todo fue un truco.

Aunque Andrea no estaba muy convencida, terminó por aceptar.

Volvieron a pedir prestadas las linternas y se pusieron ropa fuerte que ayudará a amortiguar posibles golpes. También cogieron unos guantes que protegieran sus manos al escalar el canalón para alcanzar la ventana.

Les fue difícil encontrar un taxi que las llevará a la Quita Avenida. La ciudad parecía desierta. Muchas cafeterías y cines estaban cerradas y seguramente hasta bien entrada la tarde la ciudad no recuperaría su aspecto habitual.

Como la vez anterior solo se oían gatos maullando en el interior del palacete. El cubo de basura seguía dado la vuelta, no parecía que nadie se hubiera acercado por allí en mucho tiempo. Aunque el canalón se había aflojado más desde su última visita, no tuvieron problemas para ayudarse de él en su ascenso.

—Hay una cosa que no entiendo –dijo Andrea una vez dentro del palacete-. ¿Cómo pudiste bajarme por aquí cuando me di el golpe?

—Encontré una cuerda vieja, te la ate a la cintura y después me ate yo. Te puse sobre mi hombro y te baje. Si te hubieras escurrido la cuerda habría impedido que llegarás al suelo –respondió Carrie orgullosa de su hazaña.

Andrea sintió un escalofrió por su espalada. Una cuerda vieja no le parecía una sujeción muy segura. Hoy tendría cuidado, no quería tentar a la suerte por segunda vez.

—Veamos que encontramos –dijo Carrie poniéndose de pie de un salto. ¿Quién va delante?

—Tú. La idea de venir ha sido tuya.

Aunque todavía estaban cansadas del esfuerzo que había realizado para entrar, empezaron a recorrer la segunda planta sin encontrar nada. Ni los fantasmas, ni las cajas de cartón que habían visto en su primera visita.

—El dueño de la casa habrá venido a recogerlas –sugirió Andrea.

—¡Qué pena! Me hubiera gustado ver que había dentro.

—No pierdas la esperanza, abajo también había cajas. Quizás sigan allí.

Bajaron con cuidado evitando el enorme agujero que Andrea al caer había hecho en la escalera. A través de él se podía ver el lastimoso estado de la madera, deteriorada por el paso del tiempo y el abandono.

La curiosidad de Carrie pronto se vio satisfecha. En lo que debió de ser cuarto de estar tiempo atrás, seguía habiendo cajas. Encontraron una que no estaba precintada y miraron en su interior. Había ropa de niño. Por el tamaño de las prendas parecían de bebe.

—Bajemos al sótano –dijo Carrie dirigiéndose hacia la cocina-. Esto es muy extraño.

—Tal vez el propietario tenga niños pequeños o una tienda de artículos infantiles y utiliza el palacete como almacén –dijo Andrea intentando dar una explicación a lo que habían encontrado.

Al llegar al umbral del sótano se pararon. A la luz de sus linternas vieron una escalera de piedra que se perdía en la oscuridad. No se oía ningún ruido. Prestaron atención pero no oyeron nada, no parecía que hubiera gatos ni ningún otro ser. Finalmente Carrie se decidió a bajar apuntando al frente con su linterna. Andrea la seguía sujetando la otra linterna con su mano temblorosa.

—Ilumina la pared, tiene que haber un interruptor de luz en alguna parte –sugirió Andrea.

—¡Aaah! –grito Carrie.

—¿Qué te ocurre?

—Algo me ha rozado la cara, serán telas de araña.

Andrea busco con su linterna en la oscuridad y encontró un cordón sujeto a una bombilla que colgaba del techo. Tiro del mismo y la luz se encendió. El sótano era bastante grande. En los laterales y al fondo se veían más puertas. Seguramente debían de estar en una planta subterránea que recorría todo el palacete.

Carrie intento abrir alguna de las puertas pero todas estaban bien cerradas. Las cerraduras eran bastantes nuevas. Aunque intento abrir alguna de ellas con una horquilla esta vez no pudo hacerlo. Andrea mientras tanto miraba a su alrededor.

Había estanterías que contenían herramientas de carpintería, diferentes tipos de pintura, brochas, linternas y viejos objetos. Algunos tenían sobre si una espesa capa de polvo que delataba su antigüedad pero la mayor parte parecían bastante nuevos.

Por más que miraron por las cerraduras no consiguieron ver nada. Dentro de las habitaciones, o lo que hubiera detrás de las puertas solo había oscuridad. En las paredes, por encima de sus cabezas había dos pequeñas ventanas con barrotes que permitía ver el exterior. Estaba empezando a llover. El sótano ya era bastante húmedo y eso unido a la lluvia, las hizo tiritar.

—Hoy ya hemos curioseado suficiente por aquí. Vámonos. No quiero que se vaya la luz y que empecemos a ver cosas raras como la otra vez –sugirió Andrea.

—Estoy de acuerdo. Regresemos a la residencia.

Bajar desde la ventana hasta el suelo por el canalón no fue difícil para Carrie pero para Andrea era la primera vez y tuvo sus dificultades.

—No hemos visto ningún espectro –dijo Carrie según se alejaban del palacete.

—Ni falta que hacía.

Pero ellos si las habían visto. Unas cortinas se agitaron en una buhardilla encima del dormitorio con la cama con dosel. Una luz blanca se aproximó a la ventana, desde lejos parecía un reflejo producido por el sol. Pero no había sol, estaba lloviendo y la tarde era gris.

20. PREPARATIVOS DE UNA BODA

El tiempo pasaba rápido para el grupo de amigas. Durante el día cada una se dedicaba a su trabajo pero a las cinco y media todas se reunían

en la casa de Joanna pera decidir el plan de ataque. Se habían repartido las tareas de manera que todos los preparativos iban a buen paso. Hasta que no se pusieron a organizar la boda, no vieron todo lo que se les venía encima.

Las invitaciones ya estaban encargadas, y la iglesia y el restaurante reservados. El vestido de la novia estaba casi listo y los vestidos de las damas de honor a falta de la última prueba. Eran de seda rosa pálido. Andrea intento oponerse pero Carrie y Joanna argumentaron que era el color adecuado para la decoración que tenían planeada, y no hubo forma de hacerlas cambiar de idea.

No debían saber que “el rosa hace fea a la más hermosa”. Los dichos castellanos todavía no habían sido descubiertos por los americanos. Andrea no pensaba dejarse fotografiar salvo cuando fuese estrictamente necesario. Al menos Julián no estaría allí. Habían cenado un par de veces pero la relación no era tan estrecha como para invitarlo a la boda. Ella misma se sentía algo intrusa, al fin y al cabo era una recién llegada.

Melissa ayudaba con los preparativos, y aunque bromeaba y sonreía todo el tiempo, parecía algo distante. Era como si estuviese celosa de Joanna, Andrea pensaba que era debido a que estaba enamorada del joven abogado que trabajaba con ella y Grant en el centro de asistencia. Él no parecía muy interesado en Melissa y tal vez envidiaba la alegría de Joanna ante la boda.

Ya estaban a 20 de diciembre. Los últimos días habían trabajado muy duro. Todos iban a visitar por Navidad a sus familias y hasta el 3 de enero no volverían a reunirse. Entonces la boda sería inminente. Iba a ser el 26 de enero, un sábado por la tarde para que nadie tuviera problemas para desplazarse y trasnochar.

Incluso Carrie viajaría a Bélgica en vacaciones. Había estado ahorrando todo el año para el viaje. Llevaba mucho tiempo sin volver a su país y añoraba a su familia. Sabía que echaría de menos a Arthur pero solo serían unos pocos días.

Andrea no iba a regresar a España. El viaje era demasiado caro y no podía permitírselo. Se había gastado sus últimos ahorros en el regalo

de Joanna y Luis. El panorama no era muy agradable, lejos de su familia y sus amigos, estaría sola en la residencia con otras tres chicas que tampoco iban a regresar a sus países.

Pero esa noche no quería pensar en ello. Había quedado con Julián para cenar, tenía el tiempo justo para cambiarse. Seguramente sería su última cena con él antes de Navidad. Tal vez debería de haberle comprado un regalo. ¿Le habría el comprado algo?

Allí estaba el doctor, en la puerta de la residencia Santa Ana con su precioso coche verde, brillando bajo la luz de las farolas. El primer día que vio el coche no pudo evitar que su corazón diera un brinco. Era el mismo coche que había visto en sus sueños.

—Buenas noches, estas preciosa –dijo Julián saludándola con una sonrisa de anuncio en sus labios.

—Gracias –respondió Andrea entrando en el coche-. ¿A dónde vamos?

—He reservado mesa en ese restaurante italiano donde te vi con tus amigos.

—Sí, ya recuerdo. El dueño es encantador.

Andrea le conto la cita que ella y sus amigos habían preparado para Carrie y Arthur. Siempre habían estado enamorados, solo necesitaban un empujón y ellos se lo habían dado.

Mientras cenaban empezaron a hablar de sus planes para Navidad.

—¿Vas a regresar a España a ver tu familia? –preguntó Julián.

—Me gustaría pero el viaje es demasiado caro. Tendrá que quedarme en Nueva York. ¿Tú que vas a hacer?

—No tengo familia y con los hijos de mi tutor hace tiempo que perdí el contacto. Estos días en El Virgen María hay mucho trabajo y pocos médicos, de forma que estoy demasiado ocupado para añorar una familia.

Andrea sonrió para sí misma cuando escucho esto. Tal vez las Navidades no fueran tan tristes como había temido. Si Julián estaba en la ciudad, podrían verse.

—¿Por qué más trabajo en el hospital?

—Aumentan los suicidios. La gente se siente sola y deprimida. Ya sabes, una gran ciudad pero todo el mucho está solo.

—No creo que sea algo exclusivo de las grandes ciudades. Todo el mundo que ha perdido a un ser querido se siente desamparado en Navidad y no por eso se suicida –dijo Andrea expresando con palabras lo que sentía su encogido corazón.

Una lagrima rodo por el rostro de Andrea al recordar a su padre. Ella era hija única y siempre había sido su ojito derecho. Ahora no podía dejar de sentir tristeza y envidia al ver como un niño jugaba con sus padres. Ese y mil pequeños detalles le hacían recordar un mundo que ya no existía.

Julián no dijo nada. La miro sintiendo en su interior el mismo dolor. El no recordaba a sus padres pero sentía añoranza y un vacío en su corazón. Cogió entre sus manos la mano de Andrea que reposaba junto al plato y la apretó fuertemente. A veces no hacían falta palabras, un simple gesto de cariño valía más que un discurso improvisado.

—No te preocupes. En Nueva York hay muchas cosas que ver y muchos sitios para ir. No dejaré que te sientas sola.

Andrea sonrió. Continuaron hablando de temas intranscendentes y entre plato y plato, y sonrisa y sonrisa fue transcurriendo la velada. Después de tomar una gran copa de helado decidieron que lo mejor era ir a tomar un café al J-2000, un local de moda que tenía un ambiente relajado y confortable.

La decoración era modernista, con tubos y placas de metal a diestro y

siniestro. Había pequeños espacios con una mesa y tres o cuatro sillas donde las parejas y los pequeños grupos de amigos podían sentarse a charlar.

Eligieron una mesa que aunque no era la más apartada, por su situación permanecía prácticamente invisible para las demás mesas. Sin embargo, desde ella podía observarse todo el local. Llevaban apenas unos minutos cuando Andrea reconoció a Melissa. Estaba sentada en una esquina.

Desde su situación Andrea no podía ver a su acompañante, supuso que sería el abogado por el que Melissa estaba interesada.

—Cámbiame de silla. He visto a una amiga y me gustaría saber con quién está sentada –le dijo Andrea a Julián con apremio.

—Curiosa, acércate y salúdala –respondió Julián divertido mientras cambiaban de sitio.

—No es curiosidad. Es una amiga que está algo deprimida y quiero ver si su acompañante ha mejorado su estado de ánimo.

—¡Qué buena samaritana! –exclamo Julián riéndose.

—No te burles. Ya lo veo. ¡Oh, Dios mío!

21. UN DILEMA

Andrea se quedó lívida. Por la expresión del rostro de Melissa había adivinado que era alguien de su agrado. Aunque parecía discutir con su pareja, una sonrisa de satisfacción brillaba en su cara. Al cambiar de sitio con Julián pudo ver quién era él. Era Luis.

Todavía estaba intentando reaccionar cuando Melissa se abalanzo sobre Luis besándolo. En un principio él intento rechazarla pero luego cedió a los deseos de Melissa.

—¿Qué ocurre? ¿A quién has visto? –pregunto Julián alarmado por la expresión de asombro de Andrea.

—Son…unos amigos de Carrie. Él es el chico que se va a casar pero ella no es la novia.

Andrea le explico todo a Julián. La confusión se apoderaba de ella. Por una parte estaba su lealtad a Joanna, pero por otra también Luis y Melissa eran sus amigos. Ahora comprendía el extraño comportamiento de Melissa durante los últimos días. Sin duda Luis había querido adelantar la fecha de la boda para forzar la separación entre él y Melissa.

Todo eran suposiciones ya que desde su mesa no podía ver la cara de Luis, pero sus gestos le decían que Melissa lo tenía atrapado y no estaba dispuesta a liberarlo.

—No sé qué hacer. Puedo olvidar haberlos visto, pero Joanna…-se lamentaba Andrea contemplando la escena.

—Deja pasar unos días, habla con Carrie, tal vez estés haciendo una montaña de un grano de arena –dijo Julián intentando tranquilizarla.

Mientras, Luis y Melissa ajenos a lo que les rodeaba continuaban hablando.

—No puedes casarte con Joanna, tú me quieres a mí –aseguraba Melissa.

—Intenta comprender. Solo fue un momento de debilidad. Había discutido con Joanna, estaba deprimido y tú estabas allí. Ahora todo va bien entre los dos otra vez –respondió Luis.

—Andrea nos ha visto. Está sentada en una mesa con ese doctor.

—¡Se lo dirá a Joanna!

Luis se levantó apresuradamente queriendo alcanzar a Andrea que se iba del J-2000 con Julián.

—¡Andrea! Espera.

—Luis, no me expliques nada. No soy yo con quien tienes que hablar.

—No le digas a Joanna que nos has visto, por favor –suplico Luis agarrando a Andrea por el brazo.

—No lo hare, pero ella te quiere y no merece que la engañes –respondió Andrea intentando desasirse de la mano de Luis que continuaba aprisionándola fuera de sí.

—Suéltala –le ordeno Julián situándose entre los dos.

Luis la dejo ir regresando a su mesa junto a Melissa, que desde su sitio había seguido con curiosidad la escena. Julián y Andrea se subieron al coche del doctor y pusieron rumbo a la residencia.

—Siento que hayas tenido que presenciar esto –dijo Andrea queriendo disculparse ante Julián.

—No importa, pero habla con Carrie.

Andrea hizo caso de la sugerencia de Julián y le conto toda la escena a Carrie, que atónita escucho la narración. Ninguna de las dos había sospechado nada. Si bien Melissa había estado extraña desde que Joanna anunció el compromiso, Luis había permanecido inmutable.

No sabían que hacer. No querían ser unas chivatas pero tampoco querían que Joanna ignorará algo que podría hacer fracasar su matrimonio en el futuro. Decidieron que dejarían pasar la Navidad. Tal vez después de lo ocurrido, Luis hablaría con Joanna y entonces ya no sería su problema.

22. LA FUNDACIÓN

El tiempo pasó y todo siguió igual.

—Carrie, te iré a buscar al despacho a la hora de comer –dijo Andrea por segunda vez mientras se dirigían al Ala Norte.

—De acuerdo. Pero se puntual. Solo tenemos dos horas y para ir y volver del Registro necesitaremos una hora por lo menos.

—Bien. Ese es David. ¿Qué querrá?

Carrie subió a su despacho y Andrea se quedó hablando con David. Habían empezado a obtener resultados y tenían unas graficas asombrosas. Con el nuevo programa que había creado Peter se alcanzaba una gran precisión. El profesor Alexander quería que Andrea fuera a verlas.

Después de los problemas con las medidas, Andrea había procurado mantenerse alejada de Peter lo más posible. Conocía sus costumbres, así que solo iba al despacho de su tutor cuando estaba segura de que Peter no estaría allí, pero si el profesor había enviado a David a buscarla sería por algo importante.

Una hora más tarde ya estaba de vuelta en su despacho una vez finalizada la visita turística. Realmente no se le podía dar otro nombre a lo que habían hecho allí. Se había limitado a ver las gráficas como si estuviera en una exposición. Cuando entro, Peter estaba sentada ante el ordenador, la había mirando fijamente y pareció decirle con los

ojos: “Se mira, pero no se toca”.

Trabajo deprisa y a las doce fue a buscar a Carrie. Compraron unos bocadillos y cogieron el autobús hasta llegar lo más cerca posible del Registro de la Propiedad. Aun así todavía necesitaron caminar un poco. Tras la enorme puerta de acero estaba una secretaria sentada debajo de un cartel donde se podía leer “Información”. Le pidieron lo que querían y se sentaron a esperar terminando sus bocadillos.

—Aquí lo tienen –dijo la secretaria haciéndoles una seña.

—Joseph Rutherford –leyó Carrie—. Si sigue figurando como propietario es que está vivo.

—Eso, o sus herederos no se han preocupado de cambiar el nombre –sugirió Andrea.

—Hola, ¿qué hacéis aquí? –pregunto una voz a sus espaldas.

—Grant, nos has asustado –dijo Carrie volviéndose de un brinco.

—El palacete Rutherford. ¿Por qué os interesa?

—Bueno…nosotras…—balbuceo Carrie.

—En mi departamento nos gustaría instalar una estación meteorológica en su tejado. Queremos saber quién es el dueño –consiguió responder Andrea.

—¡Qué raro! La Fundación está tramitando su adquisición.

—¿La Fundación? –preguntaron al unísono Carrie y Andrea.

—Es la sociedad que gestiona el centro de asistencia donde trabajo con Melissa –empezó a explicar Grant—. Quieren construir un centro para mujeres maltratadas y están interesados en El palacete Rutherford.

Grant les contó que la Fundación quería reconstruir el palacete. Era muy grande, con mucho espacio y muchas habitaciones. Tenían problemas para adquirirlo. Por una parte el dueño se oponía a venderlo y por otra parte el Ayuntamiento consideraba que un edificio tan antiguo no podía ser derribado y mucho menos ser destruida su estructura interna.

Realmente nadie conocía al dueño. La Fundación solo había tratado con sus abogados. Aunque creían que podrían llegar a un acuerdo económico con el propietario, el equipo del Ayuntamiento que cuidaba del patrimonio de la ciudad era un hueso duro de roer.

—Los terrenos no valen nada, ¿verdad? –pregunto Andrea.

—En efecto. Si el palacete no estuviera allí no habría problemas –respondió Grant—. Pero parece de acero. Hace años hubo un incendio cerca y el palacete quedo intacto, ni siquiera se quemó el jardín que lo rodea.

—¿No sabrás si La Fundación ha llevado algo al palacete? –quiso saber Carrie.

—Algo de ropa de niño y demás enseres infantiles –continúo Andrea.

—No creo, La Fundación aun no es la dueña. ¿Qué ocurre? ¿Por qué tenéis tanto interés en el palacete? –inquirió Grant algo mosqueado.

—Supongo que es el momento de que se lo contemos a alguien –dijo Carrie mirando a su amiga.

Andrea asintió con la cabeza. Le contaron todo lo que sabían sobre el palacete. Sus dos visitas y sus averiguaciones en las bibliotecas. Cuando Grant oyó lo de los espectros no pudo evitar pensar que le estaban tomando el pelo. Si solo hubiera sido cosa de Carrie no hubiera creído nada de lo que le contaban pero Andrea no solía bromear.

—Espectros, cajas de cartón, asesinatos. ¿Pensáis que es un capítulo de Expediente X? ¿En qué lio os habéis metido?

—¿Qué sabes de La Fundación? –pregunto Andrea.

—Son un grupo de empresas que han creado una asociación sin ánimo de lucro, para ayudar a los necesitados. No sé exactamente quienes son todos sus miembros. A mí me contrato el Gobierno que es uno de sus socios mayoritarios.

—¿Y qué haces tú aquí? –quiso saber Carrie.

—No tiene nada que ver con La Fundación. Tengo problemas con mi casera y quiero saber realmente a nombre de quien está mi apartamento –respondió Grant—. Parecéis del FBI, me dais miedo.

Todos rieron la ocurrencia de Grant pero no era un chiste. Ya había suficientes misterios entorno al palacete como para que ahora el Gobierno estuviera implicado, aunque solo fuera indirectamente. Decidieron que al día siguiente volverían los tres al palacete.

Ahora que lo sabía, Grant no estaba dispuesto a dejar que volvieran solas. No le había gustado nada lo de las cajas de cartón con ropa de niño. Aunque esas prendas serían necesarias en el futuro centro de acogida de mujeres maltratadas, muchas de ellas tendrían hijos, no era posible que La Fundación hubiera llevado allí esas cajas sin ser todavía la propietaria del edificio.

Carrie y Andrea le advirtieron que podría ser peligroso. Si alguien los descubría dentro, tendrían problemas. Él trabajaba para el Gobierno y podría perder su empleo. Pero Grant replico que al fin y al cabo todos eran extranjeros y el Gobierno podría hacerlos regresar a sus países si empezaban a resultar molestos.

23. SECRETOS

Quedaron en encontrase con Grant en la puerta de San Patricio. Él tuvo que cambiar su turno con otro de los cuidadores ya que esa semana tenía turno de tarde. Los turnos iban rotando, una semana por la mañana, otra por la tarde y finalmente una semana con turno de noche. Este último era el más difícil, con frecuencia llegaban drogadictos con el mono en busca de alguna droga que pudiera calmar su ansiedad momentáneamente.

Grant trajo del centro una potente linterna y un manojo de llaves. El centro de asistencia estaba situado en un viejo edificio que el Ayuntamiento había donado a La Fundación. Les habían dado un montón de llaves que correspondían a las cerraduras de las diferentes habitaciones. A pesar de todo, solo se utilizaba la llave de la puerta principal, el resto correspondían a cerraduras demasiado oxidadas para funcionar.

Pensó que alguna de las llaves podría adaptarse a las cerraduras de las puertas del palacete. Se puso ropa fuerte, las chicas le habían asustado con sus observaciones. Canalones oxidados y madera podrida, desde luego el palacete Rutherford no era un hotel de cinco estrellas.

Durante todo el día había estado lloviendo pero ahora lucía un sol espléndido. Al menos no tendría que cargar con paraguas, ni temer resbalar con las suelas mojadas de sus zapatos. Una vez reunidos, los tres se encaminaron hacia el palacete.

—¿Por dónde vamos a entrar? –pregunto Grant mirando las gruesas barras de acero soldadas a la puerta principal.

—Por detrás –contesto Andrea mientras daban la vuelta al edificio—. Hay una ventana entreabierta.

—¿Y cómo vamos a subir hasta ella?

—Por ahí –dijo Carrie señalando el cubo de basura y el canalón.

Carrie subió como una ardilla ante el asombro de Grant. Andrea tampoco lo hizo mal, aunque no tenía una técnica tan depurada como Carrie. Grant las siguió agarrándose al canalón como un niño se agarraría a su madre. Al final consiguió subir animado por gritos del tipo “no mires abajo” o “dame la mano”.

—¿Hacéis esto muy a menudo? –pregunto Grant entre resoplidos.

—Un par de veces al mes –dijo Andrea riéndose.

—¿Ha sido emocionante, verdad? –continuo Carrie—. Pues la bajada es aún mejor, no te la puedes imaginar.

—Sí que me la imagino, ¡y la veo negra! –exclamo Grant—. ¿Tu amigo el doctor te hace precio especial por llevarle clientes, Andrea?

Una vez recuperadas las fuerzas, se prepararon para empezar la excursión. Le mostraron la segunda planta: el dormitorio donde había ocurrido la tragedia y los lugares donde habían visto a los fantasmas. Aunque antes de entrar en el palacete era algo escéptico, ahora que estaba dentro, le parecía mucho más creíble. Todo era tétrico y siniestro. Si en algún lugar del mundo podía haber fantasmas, ese era el sitio indicado. El dormitorio con la enorme cama de dosel le hacía estremecerse.

Con la potente linterna que había traído Grant pudieron ver todo mejor. Tampoco había cajas de cartón en las habitaciones. En las paredes se observaban las marcas de los lugares donde tiempo atrás debieron de colgar los retratos de sus ilustres moradores.

Esa planta no tenía secretos para ellos. Todas las puertas estaban abiertas y pudieron curiosear todo lo que quisieron. Pero si hubieran observado con atención el techo encima de la recia cama, habrían visto una trampilla que llevaba a un piso superior.

—¿Habéis oído ese ruido? –pregunto Andrea asustada.

—Yo no he oído nada –respondió Grant prestando atención.

—Yo tampoco –añadió Carrie.

—Pues yo diría que he oído algo, era como si movieran un mueble.

Se pararon junto la escalera para escuchar, pero después de unos segundos llegaron a la conclusión de que si realmente Andrea había oído algo, el sonido debía de haber venido de fuera. Bajaron con cuidado por la carcomida escalera. Ellas pesaban poco pero bajo los imponentes dos metros de Grant la madera crujía sin cesar.

En el cuarto de estar estaban las mismas cajas que habían encontrado la última vez, también había alguna en las otras habitaciones. Abrieron un par de ellas y volvieron a encontrar objetos infantiles. Incluso había comida para bebes, que por la fecha de fabricación pudieron comprobar que era bastante reciente. Apilados contra una pared del despacho hallaron varios paquetes de pañales.

Decidieron bajar al sótano. Grant iba delante llevando la linterna, seguía las indicaciones que le daban Carrie y Andrea que se parapetaban a su espalda. Encontraron sin dificultad el cordón de la luz. Aunque no había muchas bombillas, con ellas el sótano resultaba menos tenebroso que con las linternas. Las puertas seguían en apariencia cerradas.

Intentaron abrirlas pero todo fue en vano. Carrie volvió a probar suerte con una horquilla sin conseguir mover ni siquiera unos milímetros alguno de los pestillos.

—No hay manera –se lamentó Carrie.

—Dejadme a mí –dijo Grant con seguridad.

Carrie y Andrea intercambiaron cínicas sonrisas al ver como Grant sacaba una tarjeta de crédito y se disponía a abrir la puerta más cercana. Si Carrie no lo había logrado es que era imposible. Pero tuvieron que retractarse cuando Grant consiguió su propósito.

Nuevamente se abría la oscuridad ante ellos. Entraron los tres y apuntaron en diferentes direcciones con sus linternas. Estaban en lo que parecía otro pastillo. Si bien a la derecha de la puerta por la que

habían entrado había una pared, a la izquierda no se veía el final. Empezaron a caminar pero solo anduvieron unos pasos cuando unos escalones aparecieron a sus pies.

Apenas eran cuatro o cinco escalones de piedra, después, otra puerta. Carrie y Andrea se separaron respetuosa, dejando pasar a Grant con su tarjeta.

—No tiene crédito –explico Grant mientras manipulaba la cerradura —. Si se me rompe no pasa nada. ¡Ya está!

Los tres se precipitaron en el interior del nuevo receptáculo que había aparecido tras la puerta. Junto al marco encontraron un interruptor con el que pudieron encender la luz. Estaban en una espaciosa habitación cuadrada. En las paredes había estanterías con carpetas y papeles. En el centro, estaba situada una mesa de madera con un ordenador con su correspondiente impresora.

Andrea lo encendió y en la pantalla apareció la consabida frase:

"Introduzca código de acceso"

—¡Genial! –exclamo disgustada.

—Apágalo y veamos que hay en las carpetas –sugirió Grant.

Hallaron papeles en diferentes idiomas, pero eso no era óbice para ellos. Cada uno era de un país de forma que entre los tres poseían conocimientos en bastantes lenguas. Cada carpeta se refería a una persona en concreto y contenía varias páginas con diversa información: datos personales, situación económica, posición social. En algunas había incluso una foto del titular de la carpeta.

Lo que había en las estanterías debía de ser solo una parte, en el ordenador estarían almacenadas bases de datos y mucha más información. No sabían que podía ser todo aquello, había carpetas de

banqueros, políticos, empresarios. Gente de todo tipo.

Mientras tanto una llave estaba siendo introducida en el candado que cerraba la puerta de servicio en la parte trasera del palacete. Eran dos hombres que proyectaban su oscura sombra en la pared del edificio. Andrea y sus amigos no podían oír nada desde el sótano.

—No gira la llave –dijo uno de los hombres.

—Déjame a mí, manazas –respondió el segundo de los hombres.

Carrie se había sentado ante el ordenador intentando acceder a sus secretos, pero siempre obtenía la misma respuesta:

“Acceso denegado”

—Podríamos llevarnos alguna carpeta —sugirió Grant—. Hay muchas y no lo notarían.

—Si tuviéramos una máquina de fotos –se lamentaba Andrea—, podríamos tomar alguna foto y no tendríamos que llevarnos nada.

—Con los móviles –sugirió Carrie.

En el exterior los dos hombres seguían forcejeando con la cerradura.

—¡Abierta! Entremos –ordeno el segundo hombre—. Cierra bien, no debe notarse desde la calle que hay alguien dentro.

En ese momento sin que nadie tocara nada, dos carpetas que había junto al ordenador se abrieron, esparciendo su contenido antes la atónita mirada de los jóvenes, Carrie y Andrea cruzaron sus miradas visiblemente asustadas.

—¡Hay alguien arriba! –exclamo Grant que había escuchado como el primer hombre cerraba la puerta.

Al oír esto Carrie, apago el ordenador, mientras Andrea y Grant

colocaban las carpetas en las estanterías. Cogieron sus linternas y salieron de la habitación cerrando la puerta a sus espaldas. Las voces sonaban en la cocina que era la habitación a la que se accedía al entrar por la puerta de servicio.

Subieron los cuatro escalones que les separaban del pasillo y entraron en el sótano. Los hombres empezaron a bajar las escaleras que llevaban de la cocina al sótano. Andrea había tenido la precaución de apagar la luz antes de entrar en el pasillo, así que desde la escalera no podían verles. A tientas, tuvieron que apagar las linternas para no ser descubiertos, se escondieron detrás de una estantería que contenía botes de pintura.

El primer hombre encendió la luz del sótano y los chicos desde su escondite pudieron ver sus rostros. Uno era moreno, llevaba el pelo recogido en una coleta y parecía hispano. El otro también era moreno y hablaba con un fuerte acento francés.

—La puerta está abierta –dijo el segundo hombre volviéndose hacia su compañero.

—Mark debió olvidar cerrarla –gruño el primer hombre sacando una pistola igual a la que tenía ya en la mano el otro hombre.

Entraron en el pasillo y descendieron los cuatro escalones. Gracias a Dios habían cerrado la puerta que daba paso a la habitación inferior. Los hombres no parecieron notar nada extraño en ella porque nada dijeron. Carrie salió del escondrijo y se aproximó al umbral del pasillo intentando oír lo que decían, Andrea y Grant la siguieron con sigilo. Las voces se podían escuchar con claridad.

—La entrega será esta noche.

—¿Y la salida?

—Mañana, en la zona 236.

Los jóvenes apretaron sus cuerpos a la pared, escuchando en silencio

la conversación.

—Vámonos, nos van a descubrir –susurro Grant.

—¡Calla! –dijo Andrea enérgicamente.

Pero todas sus precauciones no fueron suficientes. Carrie, en su afán por enterarse de lo que hablaban los dos hombres, se asomó demasiado al hueco de la pequeña escalera de piedra, perdió pie y una piedra se desprendió del deteriorado escalón, cayendo escaleras abajo con gran estruendo.

—¿Qué ha sido eso? –preguntó en voz alta el primer hombre.

—No lo sé, pero voy a averiguarlo –respondió el segundo hombre saliendo rápidamente de la habitación.

Cuando ellos llegaron a la cocina, Carrie, seguida por Grant y Andrea, terminaba de subir la escalera de madera que llevaba a la segunda planta. Los hombres se pusieron a buscar el causante del ruido en la planta baja, dando tiempo a los jóvenes para salir por la ventana.

Carrie bajo sin dificultad. Grant más que descender por el canalón se descolgó desde la ventana, con su altura alcanzo el cubo de basura con agilidad. Andrea empezó a bajar agarrándose al canalón, pero la mala fortuna quiso que en ese momento las argollas que lo sujetaban se rompieran. Apenas tuvo tiempo de asirse al alfeizar de la ventana.

24. NIÑOS

—Déjate caer –le apremio Grant—, yo te cogeré.

Andrea hizo lo que Grant le pedía, aunque no por voluntad propia, sino porque sus dedos ya no la sostenían más. Grant dio un paso atrás para poder cogerla mejor, pero su pie derecho resbalo con las húmedas hojas del jardín, haciéndole perder el equilibrio. Entonces, como obedeciendo una fuerza oculta, una rama del gigantesco roble que había sido fiel compañero del palacete todos estos años, se dobló, interponiéndose entre Andrea y el suelo.

Ya desde la rama descendió fácilmente ayudada por Grant y Carrie. Solo se había lastimado el brazo izquierdo y se había hecho unos cuantos rasguños. Sin pensarlo un momento, se pusieron a correr calle abajo hacia el coche de Grant que estaba aparcado en la esquina. Mientras tanto, los dos hombres volvían al sótano, pensando que el causante del ruido habría sido un ratón.

Más tranquilos, en el apartamento de Grant, recordaban lo sucedido.

—Al menos no hemos visto fantasmas –comento Grant intentando bromear.

—¿Cómo qué no? Y las carpetas que se abrieron cuando entraron aquellos hombres en el palacete –argumento Carrie.

—Nos avisaron de que estábamos en peligro –continuo Andrea.

—Pura coincidencia, habrá sido una corriente de aire –replico Grant.

—Y la rama del árbol que se dobló. Pude haberme matado. Ya me caí una vez y mi cabeza no aguantara más golpes –dijo Andrea excitada.

—Sería también el aire –intento explicar Grant sin estar totalmente convencido de ello.

—¡Ja! –exclamaron a un tiempo Carrie y Andrea enfadadas por la actitud de su amigo.

Andrea estaba molesta, le dolía todo su cuerpo, el cual parecía recordar los golpes de su otra caída. Antes de regresar a la residencia pasaría por El Virgen María, Julián estaba de guardia y sus lesiones serian una buena disculpa para visitarlo.

—¿Qué tienes ahí? –pregunto Grant a Carrie viendo como esta sacaba una carpeta de debajo de su abrigo.

—Pensé que podía sernos útil –contesto la aludida sonriendo como lo haría un niño al ser descubierto haciendo una trastada.

Los tres se quedaron en silencio contemplando la carpeta. ¿Qué podría ser todo aquello?, ¿tendrían algo que ver las carpetas del sótano con las cajas de cartón? No se podía dudar que detrás de todo ello había algo escondido que no debía ser muy legal.

—¡Ya lo tengo! –exclamo Andrea—. Puede ser una red de tráfico de niños, para adopciones o para trasplantes de órganos.

—Eso es –continuo Carrie—. En el palacete esconden a los niños hasta enviarlos a su destino. Por eso necesitan los pañales, la comida, la ropa…

—Y las carpetas del sótano corresponden a las personas que esperan

los órganos o los niños para adoptar –finalizo Andrea triunfante.

—Me parece que habéis visto muchas películas –dijo Grant sacudiendo la cabeza—. Seguro que todo es mucho más sencillo. Esos hombres puede que solo fueran guardias de seguridad contratados por el dueño del edificio.

Continuaron discutiendo durante dos horas. Grant pensaba que el propietario del palacete podía ser un distribuidor de productos infantiles y las carpetas corresponderían a sus clientes. Las chicas no compartían su idea. Por lo que habían visto, las cajas no eran muchas, en ningún caso podrían ser consideradas como existencias de almacén.

Además si las carpetas correspondieran a clientes, aparecerían nombres de tiendas o centros comerciales, no los nombres de políticos, empresarios y actores. Por otra parte los dos hombres que habían visto no eran guardias de seguridad, más bien parecían matones.

—¿Qué dijeron? –pregunto Andrea—. La entrega será esta noche y la salida mañana en la zona 236.

—La entrega de un niño –razono Carrie—, y mañana lo llevaran junto con sus nuevos padres o algo peor.

—No sé si estáis escuchando lo que estáis diciendo –empezó a decir Grant intentando hacerlas razonar.

—Zona 236 ¿A qué se referirá? –se preguntó Andrea.

—Nosotros en el departamento de la universidad, estudiamos la ciudad divida en zonas –recordó Carrie.

—Igual que nosotros. ¿Cómo hicisteis la división?

—En todo el campus se utiliza la misma para poder comparar los trabajos de los distintos departamentos.

—¿Pero quién la diseño? –insistió Andrea.

—Creo que fue tu compañero en el departamento.

—¿David?

—No, Peter.

Andrea se quedó asombrada con lo que le había dicho Carrie, aunque eso no quería decir nada, alguien podía haber copiado la división de la ciudad utilizada en la universidad y después usarla para sus fines. A pesar de todo, no dejaba de ser interesante que el creador de la misma hubiera sido Peter.

Aún faltaba saber si su división y la de los tipos del palacete coincidían. Decidieron averiguarlo. Para ello pensaban pasar la noche vigilando el palacete escondidos en el coche de Grant, el cual durante todas las deducciones de las chicas había preferido guardar silencio. Si veían a los hombres con un niño o algo sospechoso, al día siguiente irían a la zona 236 y verían que ocurría.

25. OCULTOS EN LA NOCHE

Grant pasaría a buscarlas en su coche a la residencia Santa Ana. Al salir de la casa de su amigo Carrie y Andrea fueron directamente al hospital para que Julián echará un vistazo al brazo izquierdo de Andrea. No le dolía mucho pero faltaban un par de semanas para la boda de Joanna y Luis, y no quería tener el brazo lastimado ese día. Sería el toque perfecto para acompañar a su "elegante" vestido de dama de honor.

No sabían si Luis había hablado con Joanna sobre Melissa, pero por la confianza que la ilusionada novia demostraba en su amantísimo novio, no lo creían posible. Lo que peor soportaban era el cinismo que Melissa tenía con Joanna. Continuamente la felicitaba por su boda y por la suerte que tenía al tener a un hombre tan maravilloso como futuro esposo. Un par de veces había estado Andrea a punto de contarle todo lo que sabía, pero Carrie se lo había impedido.

El taxi paro en la puerta de emergencias de "El Virgen María". Cuando Julián la vio aparecer con la ropa sucia y rasgada, le dio un vuelco el corazón. Con rapidez la hizo sentarse en una silla de ruedas, y la llevo hasta una de las habitaciones separadas por frágiles paredes, que formaban la unidad de emergencias del hospital. Carrie se quedó esperando en una salita habilitada al efecto en la entrada.

—¿Qué te ha ocurrido esta vez? –le pregunto con cariño Julián—. ¿Otro coche?

—No –contesto Andrea urdiendo una mentira—. Había un gato en un árbol maullando, quise ayudarle a bajar y me caí.

—Sabes, creó que deberías quedarte en observación, tal vez te golpeaste la cabeza al caer y con tu lesión anterior puede haber complicaciones.

—Estoy bien, de verdad –se apresuró a decir Andrea, por nada del mundo quería perderse la excursión nocturna.

—Entonces, no me mientas y dime que te ha ocurrido. Ni ahora me creo lo del gato, ni antes me creí lo del coche –repuso Julián fingiendo

un enfado que estaba lejos de sentir.

Andrea titubeo pero pensó que era mejor contarle todo, o casi todo, porque no le quería hablar sobre el sótano, las carpetas y los matones. Si Julián lo supiese, seguramente la dejaría toda la noche en el hospital.

Cuando Andrea empezó a hablar de espectros, Julián pensó que el golpe había afectado más de la cuenta su cerebro. Además, nunca habría imaginado que ella fuera capaz de entrar en una casa por una ventana sin permiso de su dueño.

—Tú y Carrie estáis locas. No solo podéis haceros daño sino que podéis tener problemas con la justicia.

—No te enfades –respondió Andrea mimosa—. ¿No se lo contaras a nadie verdad?

—No, pero no vuelvas allí –dijo Julián, esta vez realmente enfadado —. El edificio es muy viejo y puede ser peligroso.

—No lo hare –aseguro Andrea conciliadora dándole a Julián un beso en la mejilla y cruzando los dedos a su espalda.

Con un vendaje en la muñeca, abandono el hospital en compañía de Carrie dejando a Julián bastante perplejo. Tomaron una cena frugal y volvieron del revés la residencia buscando unos prismáticos, que al final no consiguieron encontrar. Al día siguiente comprarían unos, teniendo en cuenta los acontecimientos que se avecinaban les serían muy útiles. Miraron en sus notas y apuntaron la localización de la zona 236, tal vez mas tarde les fuera necesaria.

Grant fue tan puntual como siempre. Por ser al día siguiente laboral y ya entrada la noche, no tardaron mucho en llegar al palacete, ya que el tráfico era escaso y no había muchos paseantes que pudieran sospechar de ellos. Decidieron hacer turnos de dos horas para vigilar el edificio, así los otros dos podrían dormir algo si la excitación se lo permitía.

Carrie hizo el primer turno pero al cabo del mismo estaba desilusionada, no había ocurrido nada. Despertó a Grant que hizo el segundo turno sin observar ningún hecho notable, vencido por el sueño le cedió la vez a Andrea.

Solo llevaba media hora de vigilancia cuando una furgoneta negra estaciono ante la puerta del palacete. Se bajaron los dos hombres que habían visto esa misma tarde en el sótano. Ya los tres despiertos, continuaron acechando en la oscuridad. Parecía que los hombres ya habían entrado en el palacete, cuando uno de ellos regreso junto al coche, y sigilosamente hizo descender a una mujer que llevaba en los brazos un bulto que se movía.

Los jóvenes continuaron vigilando media hora más, pero no ocurrió nada.

—Vámonos a dormir –dijo Andrea, expresando en alto lo que sentían los tres—. Mañana iremos a la zona 236 y veremos qué pasa.

Carrie y Grant asintieron con la cabeza, eran demasiadas emociones para un día. No podían regresar tan tarde a la residencia, de modo que aceptaron la invitación de Grant de pasar la noche en su casa. Al día siguiente llamarían a sus tutores, a fin de pedir permiso para ausentarse por la mañana. Alegarían que uno de sus amigos había tenido un accidente y necesitaba sus cuidados.

26. ZONA 236

Estaban demasiado nerviosos para dormir, se limitaron a descansar sus cuerpos que no sus mentes que bullían en frenética actividad. Carrie y Andrea no tuvieron la menor dificultad para convencer a sus tutores de que necesitaban la mañana libre, siempre y cuando recuperaran otro día el tiempo perdido. Grant tampoco la tuvo ya que su turno era de tarde aunque ese día tendría que hacer también el turno de noche, puesto que el día anterior había tenido que cambiar el suyo para poder hacer la excursión al palacete.

La zona 236 resulto ser una hilera de casas abandonadas. No debían de tener más de 60 o 70 años pero parecían tan antiguas como el mismo palacete. La mayoría de ellas eran almacenes y desde el exterior no había nada que hiciera destacar una sobre las otras, de forma que se escondieron detrás de unos contenedores de basura.

Desde su posición controlaban toda la calle principal y los pequeños callejones y estrechas callejuelas que se abrían a los lados. No tuvieron que esperar mucho para ver la furgoneta negra apareciendo por un extremo de la calle central. Los ocupantes de la misma no podían verles y además habían tomado la precaución de dejar el coche de Grant fuera de la zona 236, aunque eso les había supuesto caminar un poco.

Como ya ocurrió en el palacete primero se bajaron los dos hombres. Entraron en un, en apariencia, inocente almacén de alimentos y después de comprobar que todo estaba en orden, hicieron una señal a la mujer que esperaba en el coche. No había lugar dudas, era un bebe. Desde su escondrijo los tres amigos pudieron ver una redonda cabecita asomando entre los blancos pliegues de la colcha que tapaba el tembloroso cuerpo. El llanto del niño aunque suave, era audible para ellos.

Cuando los dos hombres y la mujer desaparecieron en el interior del inmueble, Carrie se incorporó y se acercó despacio a la puerta del almacén. Además de las voces masculinas que conocían ya de antes y de una voz de mujer, se oían otras dos voces más.

—¿Sera un niño sano? –pregunto una de las voces desconocidas.

—Sí, no se preocupe –contesto la segunda voz desconocida—. Es el hijo de una joven que cometió un error.

—¿No será el crio de una drogadicta o de una prostituta? No quiero tener un hijo que pueda desarrollar el SIDA el día de mañana.

—No le puedo decir el nombre de la joven, pero es hija de una de las más importantes familias de la ciudad.

—Está bien, aquí tiene el dinero convenido. Deme el niño.

Para entonces ya estaban los tres jóvenes escuchando, apoyados contra la pared. Aquello se estaba empezando a convertir en una costumbre, pero no había otra forma de averiguar lo que ocurría.

—Regresemos a los contenedores –sugirió Grant—, seguro que ahora salen.

Grant acertó en su razonamiento. Primero salió un elegante hombre trajeado, llevando el niño en brazos. Carrie lo reconoció enseguida, era el senador Belius. Era famoso por su ferviente lucha contra el aborto. Estaba casado con una compañera de la universidad y tenía dos niñas de cinco y tres años.

Se subió a un coche negro aparcado junto a la puerta del almacén. Después salió la mujer que hasta el momento había cuidado del niño contando un montón de billetes que llevaba en las manos. Se marchó caminado por una de las pequeñas calles que surgían en los laterales de la principal.

Los últimos en salir fueron los dos hombres del sótano y un hombre de unos cuarenta años, pelo rubio y con el típico aspecto americano preocupado por su físico. Sin duda, si tuviera algún encontronazo, los matones que le acompañaban no le serían necesarios, él solo podría defenderse a juzgar por sus músculos, de seguro torneados en un gimnasio.

Los tres se subieron a la furgoneta negra y se marcharon por el mismo camino por el que habían venido, después de haberse asegurado de

que el almacén quedaba bien cerrado.

—Vayamos a la policía –dijo Carrie con firmeza.

—No podemos ir –replico Grant—, no tenemos pruebas.

—Le diremos lo que hemos escuchado en el almacén y lo que encontramos en el sótano –afirmo Andrea.

—Sería su palabra contra la nuestra –razono Grant—. Por otra parte, un buen abogado puede urdir una excusa legal para los archivos del sótano e incluso decir que lo que oímos en el almacén, era una película en la televisión.

—¡Pero, eran sus voces! –exclamo Carrie enfadada.

—No los vimos mover los labios, ni siquiera hemos visto como intercambiaban el niño y el dinero, solo lo hemos oído –argumento Grant.

Desilusionados caminaron cabizbajos hasta el coche. Ahora sabían lo que ocurría en el palacete pero no podían demostrarlo. Tendrían que regresar y buscar pruebas, aunque sería mejor esperar unos días. El día anterior casi habían sido descubiertos y no valía la pena tentar a la suerte por segunda vez.

Pero en el pensamiento de Andrea había algo más. Ya tenían explicación para las cajas de cartón y las carpetas del sótano, pero quedaba por encontrar una explicación a los espectros. ¿Por qué las habían elegido para comunicarse? ¿Por qué ahora?

27. EL ANONIMO

Era el 26 de enero, todo estaba listo para la ceremonia que tendría lugar en una pequeña iglesia próxima a la casa de Joanna. El altar presentaba su mejor aspecto decorado con flores rosas y blancas traídas unas horas antes desde el más soleado estado de California.

El acto religioso estaba previsto para las cinco, se suponía que sufriría un retraso de media hora, de todos era sabido que no había novia que se preciara que no se retrasase el día de su boda. A las siete tendría lugar la deliciosa cena en uno de los más exquisitos salones de Nueva York.

Carrie y Andrea se habían desplazado a primeras horas de la mañana a la casa de Joanna, allí estaban también su propios vestidos. Habían contratado a un peluquero y sus ayudantes para que las peinaran y maquillaran. Melissa se había disculpado alegando que en el centro de asistencia había mucho trabajo, ella iría directamente a la iglesia por sus propios medios.

Esto último había alegrado a las otras damas de honor, si por ellas fuera, Melissa podía quedarse trabajando toda la noche. Joanna, sin embargo, estaba algo decepcionada, no quería que una de sus mejores amigas faltara a su boda.

Mientras el peluquero daba los últimos toques al peinado de la novia, los ayudantes maquillaban a las damas de honor. Ya eran las cinco, Joanna quería esperar un poco más para vestirse, aunque los nervios la estaban devorando en su interior.

—Llaman a la puerta –anunció uno de los ayudantes.

—Será algún regalo –repuso Carrie—. Yo abriré.

Era una gigantesca corona de funeral, sin duda aquello era un error de la floristería, aunque el sobre que la acompañaba venia al nombre de Joanna. Ella lo cogió entre sus manos sin llegar a entender lo que estaba sucediendo. Cuando lo abrió y vio su contenido, dio un grito, cayendo desplomada al suelo.

Carrie y el peluquero fueron prontos a atenderla a la vez que Andrea recogía el sobre y su contenido, manteniendo la respiración, pues sospechaba que sería algo relacionado con Luis y Melissa. Aquello era demasiado cruel, sobrepasaba cuanto Andrea hubiera podido imaginar.

Era una foto donde se podía ver a los dos amantes besándose en un banco, en alguno de los muchos parques de la ciudad. Cuando Carrie y Andrea habían hablado del tema, su principal preocupación siempre había sido decírselo a Joanna sin que sufriera un fuerte golpe. Habían llegado a la conclusión de que lo mejor sería hacerlo poco a poco mientras tomaban sentadas una taza de tila. Desde luego la idea de una foto el mismo día de la boda y justo a la hora de la ceremonia, nunca se les había pasado por la imaginación.

Después de recobrar el conocimiento y antes de romper a llorar, Joanna anulo la boda. Alguien tendría que ir a la iglesia y decírselo al novio y a los invitados. Carrie se ofreció voluntaria, dejando a Andrea al cuidado de la desgraciada novia.

Carrie subió al coche que debería haber llevado a Joanna al altar y se dirigió a la iglesia. Iba a disfrutar diciéndole un par de cosas a Luis en su propia cara. Arthur, que esperaba pacientemente en un coche para llevar a las damas de honor, no entendía que pasaba. Había visto entrar al chico del reparto con la corona de flores, pero había pensado que era para otro piso.

Por el camino Carrie le puso al tanto, Arthur conocía la aventura amorosa de Luis y Melissa por lo que su novia y Andrea le habían contado, pero pensaba que ya era agua pasada. Poco después, ante el asombro de los presentes Carrie entro en la iglesia como alma que lleva el diablo, portando en su mano la prueba del delito. Llego junto al atónito novio y le puso la foto delante de los ojos.

—No hay boda –dijo Carrie en alto—. Sabía que tú y Melissa erais ruines pero nunca pensé que pudierais llegar tan bajo.

—No sé de qué me estás hablando –respondió Luis.

—Tengo que reconocer que habéis sabido elegir la forma más impactante y el momento más adecuado para descararos.

—¿Y Joanna? –pregunto Luis con desesperación.

—Llorando –le espeto Carrie—, como queríais.

Y dicho esto, Carrie dio media vuelta saliendo por donde había entrado, seguida por los invitados, que ante la escena que acababan de presenciar, habían decidido que era mejor marcharse.

Durante los días que siguieron, Carrie y Andrea se turnaron para cuidar a Joanna, que sufría una grave crisis nerviosa. Paso cuatro días y sus noches en cama, alternando momentos de llanto con momentos de ira. Las medicinas de Julián apenas conseguían hacerla dormir un par de horas.

Luis iba todos los días a casa de Joanna pero nunca le era permitido pasar más allá de la puerta. Aseguraba que él no había tenido nada que ver con la foto y la corona, todo había sido cosa de Melissa. Aunque él había intentado romper con ella después de ver a Andrea y Julián en el J—2000, Melissa se resistía.

Al ser descubierto, el temor a que Joanna lo supiera le había hecho comprender que a quien quería era a la mujer con la que estaba comprometido. Quiso terminar de forma rápida y definitiva con su amante, a fin de que su amada no llegara a sospechar nunca lo que había ocurrido.

Arthur y Grant le creían pero el recriminaban por no haber actuado con mayor firmeza. Carrie y Andrea eran más reacias, si de verdad quería a Joanna como decía, nunca debió de haber puesto sus ojos en otra mujer y mucho menos en una amiga de ambos.

Al cabo de una semana Joanna ser recupero y con gran serenidad volvió a su vida anterior pero esta vez sin Luis. Accedió a entrevistarse con él pero nada de lo que le dijo la hizo cambiar de idea. Luis había salido para siempre de su vida.

Melissa intento infructuosamente regresar con Luis, pero le dejo bien claro que no quería saber nada de ella nunca más. Al principio Grant fue frio con ella en el trabajo aunque al final no pudo evitar sentir compasión. Consideraba que había actuado sin pensar, movida por una ciega pasión. Grant estaba convencido de que Melissa estaba arrepentida.

Esto último si bien era cierto en apariencia, en el fondo estaba muy lejos de la realidad. En el corazón de Melissa quedaban posos de odio

y venganza, que tardarían mucho tiempo en desaparecer.

28. RUTHERFORD

—Andrea vamos, date prisa –dijo Carrie desde la puerta del despacho de su amiga—. Ya son las cuatro, lo terminaras mañana.

—Está bien, ya voy.

Querían regresar al palacete y buscar pruebas con las que ir a la policía y poder demostrar lo que habían descubierto. Llevaban cámaras de fotos y grabadoras, por si volvían a oír alguna conversación entre los hombres del sótano, que pudiera delatarles. No le habían dicho nada a Grant, sabían que si lo hacían no las dejaría

volver y mucho menos solas.

Andrea no había vuelto a hablar del tema con Julián. En alguna de sus citas posteriores a sus averiguaciones, él le había preguntado con sorna si había visto algún fantasma otra vez. En esas ocasiones ella se limitaba a responder negando con la cabeza. Prefería no insistir mucho en ello, terminaría hablándole del sótano y al final de la cena le habría contado todo, incluido lo de la zona 236. Entonces entre Julián y Grant le impedirían regresar al palacete. Tampoco tendría más suerte Carrie si le contaba algo a Arthur.

Él sabía lo mismo que el doctor, ellas habían entrado un par de veces en el palacete y habían visto unos fantasmas. Aunque los dos les habían seguido la corriente, ninguno las creía en realidad. Seguramente era un caso de fantasía colectiva. Demasiadas películas y series de ciencia ficción habían hecho volar su imaginación hasta extremos insospechados, con la ayuda de algún rayo de sol reflejado en un espejo sobre una polvorienta tela de araña.

De forma que allí estaban otra vez. Observando el palacete desde la acera de enfrente y asegurándose de que no hubiera ningún coche negro aparcado en una esquina. Todo parecía tranquilo, se aproximaron al edificio, ningún ruido salía de su interior.

El cubo de basura que les había servido tantas veces de improvisada escalera, seguía en su sitio. Carrie subiría primero con una cuerda que después intentaría asegurar dentro de la habitación. El canalón les había jugado una mala pasada la última vez y no estaban dispuestas a utilizarlo de nuevo para su escalda.

Carrie realizo su cometido con rapidez. Previamente habían hecho varios nudos a la cuerda, a fin de servirse de ellos como punto de apoyo. Andrea ascendió con agilidad, le hubiera gustado que alguno de sus profesores de gimnasia del colegio la hubiera visto. Entonces esa disciplina era su pesadilla, pero ahora sería el orgullo de la clase. Tantas escaladas y persecuciones estaban haciendo de ella una atleta.

Ya no necesitaban descansar, tenían los nervios a flor de piel y estos les daban fuerzas. Se habían comprado unas potentes linternas que si bien eran ligeras y fáciles de llevar, proyectaban un haz de luz con el

que podían distinguir hasta el sentido que había llevado el pincel, con el que habían sido pintadas las paredes.

Su mente estaba fija en el sótano, de manera que esta vez no hicieron una de sus habituales visitas a la segunda planta. Bajaron diligentes al primer piso, la experiencia adquirida en sus anteriores incursiones, les permitía reconocer los puntos adecuados sobre los que apoyar sus pies al descender por la carcomida escalera.

Entraron en la cocina, pero antes de bajar al sótano agudizaron sus oídos asegurándose una vez más de que estaban solas en el edificio.

—No hay nadie, bajemos –ordeno Carrie mientras se encaminaba hacia el sótano.

No dieron la luz, con sus linternas veían lo suficiente y así sería más seguro en caso de que tuvieran alguna visita inesperada. Carrie abrió con facilidad la puerta del pasillo con una tarjeta de crédito, se había fijado bien en como lo había hecho Grant y se había entrenado con todas las cerraduras que se le habían puesto al alcance.

Recorrieron los escasos metros del pasillo y descendieron por los escalones de piedra. Nuevamente Carrie abrió sin dudar la puerta que daba a la habitación cuadrada. Con la horquilla o la tarjeta ya no había cerradura que se le resistiera. Después de comprobar que no había nadie en su interior, encendieron la luz de la habitación.

Andrea se sentó ante el ordenador y lo conecto. No entendía mucho de informática, pero por lo rápido que funcionaba y por la información que aparecía en la pantalla durante algunos segundos antes de quedarse en blanco, pudo deducir que era muy bueno y bastante costoso. No tuvo que esperar mucho para poder leer:

“Introduzca código de acceso”

—¿Y ahora qué? –le preguntó Carrie, que como un detective secreto,

tomaba fotos a diestro y siniestro.

—Busca en esos papeles, prueba con todas las palabras que se te ocurran –le respondió a la vez que abría una carpeta tras otra.

Transcurrió media hora durante la cual Andrea probo con todas las combinaciones de letras que acudían a su mente, incluso lo intento con su nombre y el de sus amigos. Carrie gasto tres tarjetas de memoria y finalmente se sentó agotada en una silla junto a Andrea.

—Tenía que haber traído mi diccionario y haber probado con todas las palabras que hay en él –se lamentaba con desesperación Andrea.

—No hubiera valido de mucho –la tranquilizo su amiga—, lo más seguro es que sea un nombre propio.

Una idea cruzo por sus cabezas, se miraron una a otra. Ya estaba, como no se les había ocurrido antes. Había estado delante suyo todo el tiempo, era algo tan evidente. El código era: “Rutherford”, Andrea lo introdujo en el ordenador y pudieron leer el nuevo mensaje que apareció en la pantalla:

“Acceso autorizado”

Cinco segundos después surgieron los nombres de dos carpetas: “FUENTES” y “RECEPTORES”. Eligieron la segunda y entonces empezaron a llenar pantallas y pantallas con nombres de políticos, empresarios, actores y médicos. Aunque ninguna de las dos había vivido mucho tiempo en Estados Unidos, pudieron reconocer la mayor parte de los mismos, casi todos aparecían en la prensa con frecuencia.

—Mira –dijo Andrea captando la atención de Carrie—, estos tres están en las carpetas.

—Estos otros también.

—Deben ser los nombres de las personas a las que entregan o van a

entregar los niños. Toma alguna foto.

—No me queda memoria ni en la cámara ni en el móvil, ¿puedes imprimir algo?

Andrea intento hacer lo que su amiga sugería. Había mucho papel continuo para la impresora y no creían que fueran a notar la ausencia de un par de hojas. Probó una y otra vez con la tecla de “imprimir pantalla” pero no consiguió nada. Sin duda el programa tenía alguna orden que impedía imprimir sin autorización.

—Es inútil. Probemos con la otra carpeta.

Salieron de “RECEPTORES” y entraron en “FUENTES”. Ya no eran solo nombres propios los que leían. Había nombres de hospitales, conventos y direcciones de calles que se mezclaban con nombres femeninos, en su mayoría desconocidos para ellas.

—Así es como obtienen a los niños –se lamentó Andrea.

—¡Es horrible! Estos dos son bufetes de abogados.

—Intentaré imprimir algún nombre.

—No te molestes Andrea, no se puede. Copiemos unos cuantos de cada carpeta, con ellos y las fotos podremos ir a la policía.

—Teníamos que haber traído un *pendrive* para copiar algún archivo, aunque supongo que tampoco hubiéramos podido.

Cada una lleno dos hojas con nombres de los directorios, pero había muchos más. Para poder tenerlos impresos en su totalidad, hubieran necesitado todo el papel de impresora que había junto al ordenador e incluso el doble.

Habían transcurrido dos horas y media desde que entraron en el palacete, ya había anochecido y era el momento de regresar a la

residencia. Apagaron el ordenador y colocaron todo en su sitio, intentando que quedara como lo habían encontrado. Los hombres no debían notar nada extraño que pudiera revelar que ellas habían estado allí. A la mañana siguiente irían a la policía y les contarían todo, aunque no sabían cómo iban a explicar la manera en que los papeles habían llegado hasta su poder. Si decían que habían entrado en la casa sin permiso, tendrían problemas.

Salieron de la habitación cerrando la puerta a su espalda.

—¡Es increíble! –exclamo Andrea—. Queda perfectamente cerrada, no se nota que la cerradura ha sido forzada.

—Recuerda que soy una profesional.

—Anda profesional, sube de una vez la escalera.

Se encaminaron a la ventana del segundo piso tan sigilosas como habían entrado. Estaban terminando de subir a la escalera cuando los espectros aparecieron ante ellas dejándolas paralizadas. Andrea fue la primera en reaccionar, les sonrió, solo les habían visto una vez en su primera excursión al palacete, después de aquello se habían limitado a sentir su presencia. Los fantasmas debieron de temer que si volvieran a hacerse visibles, Carrie y Andrea se morirían del susto.

Ahora estaban allí, de pie, mirándolas con expresión de tristeza en su rostro. Cuando las chicas llegaron a su altura, las dos figuras se apartaron dejándolas pasar. La mujer, Claudia, movió su boca sin emitir ningún sonido. Andrea siguió el movimiento de sus labios, parecía querer decir "cuidado". Le hubiera gustado continuar observándolos y ver que hacían, intentar comprender su mensaje. Pero Carrie tiraba de su manga, llevándola hacia la ventana.

Carrie solo quería tener relación con misterios del presente, reales y tangibles. Los misterios del pasado estaban bien para los libros y las películas, no para la vida real. Andrea la seguía pesarosa sin apartar la vista de los espectros, pero tuvo que mirar al suelo para evitar caer al tropezar con una madera algo levantada. Solo fueron unos segundo, pero al volver la cabeza de nuevo hacia los espectros, estos habían

desaparecido.

—Por tu culpa –dijo Andrea enfadada—. Nunca sabremos qué es lo que quieren de nosotras.

—No le des más vueltas, solo querían atraer nuestra atención sobre los hombres del sótano. Nada más –respondió Carrie molesta por la situación.

Andrea fue la primera en bajar ayudándose con la cuerda, cuando llego al suelo Carrie se al tiro. Ella no la necesitaba, podía descender prestamente solo con sus pies y sus manos. Estaban enrollando la cuerda para llevarla con comodidad cuando una voz dijo a sus espaldas:

—Alto ahí. ¿Qué están haciendo?

29. VERDADES

Un pensamiento rápido cruzo la mente de Andrea: eran los hombres del sótano. Las debían haber visto entrar y estaban esperándolas fuera para atraparlas. Las dos amigas se dieron la vuelta lentamente y una fuerte luz apunto hacia sus ojos.

—Identifíquense –ordeno una voz procedente de algún lugar detrás del resplandor.

—Y ustedes, ¿Quiénes son? –preguntó Carrie ante el asombro de Andrea.

—La policía, señorita –contesto un hombre vestido de uniforme mientras bajaba la linterna.

Aunque lo intentaron, no pudieron explicar porque salían a hurtadillas por la ventana de una casa que no era de su propiedad. En un secreto pacto, que solo hicieron en su pensamiento al intercambiar una furtiva mirada, acordaron no decir nada de lo que sabían. Podrían mostrarles las hojas que habían llenado con nombres procedentes de los ficheros del ordenador, pero su obtención no había sido legal, de manera que en un futuro juicio no tendrían validez alguna como prueba.

Las introdujeron en un coche y con la sirena puesta a su máxima potencia, fueron conducidas hasta las dependencias policías. Nada más llegar las separaron, y escoltadas por dos policías fueron fichadas. Nunca había sentido Andrea más impotencia que cuando se vio sosteniendo el cartel con el número ante el fotógrafo. No le gustaban las fotos pero aquellas le gustaron mucho menos.

Un policía la interrogo durante media hora pero ella se mantuvo firme en sus declaraciones. Su amiga y ella sentían curiosidad por el

palacete y decidieron ver lo que había dentro, no tenían la intención de robar nada, ni de causar ningún daño. El detective no consiguió obtener de Andrea una versión distinta. Cansado y aburrido hizo que firmara su declaración y la envió a una celda.

En el primer sótano de la comisaria estaban las celdas. Cuatro a cada lado de un ancho pasillo. Las de la izquierda eran para hombres y esa noche solo albergaban en su interior a tres de ellos. Las de la derecha eran las de las mujeres. En la primera estaban alojadas dos prostitutas y las otras tres estaban vacías. A Andrea la metieron en la segunda. Diez minutos más tarde Carrie se reunió con ella.

Carrie había dicho lo mismo que Andrea, sin mencionar tampoco a los fantasmas ni el sótano.

—¿Qué vamos a hacer? –se preguntaba Andrea—. Cuando lo sepan en la Universidad nos van a echar.

—No, si no decimos nada. He llamado a Luis, él es abogado y nos podrá sacar de este lio –respondió Carrie.

—No quiero ir a la cárcel.

—No te preocupes. Como mucho tendremos que pagar una multa o realizar alguna prestación social sustitoria.

Andrea no lo veía tan fácil. Llamarían a su tutor y tendría que pasar un mal rato ante él y Peter. Le quitaría la beca y le harían regresar a España. Nunca más vería a sus amigos y Julián no querría saber nada de ella. Ahora estaba fichada y tenía antecedentes.

No pudo seguir lamentándose porque un policía entro en el sótano y abrió la puerta de su celda.

—Salgan.

—¿Qué ocurre? –pregunto Andrea.

—El dueño del palacete no va a presentar cargos, están libres.

—¿Esta él aquí? –quiso saber Carrie.

—Sí, ahí está –respondió el policía señalando con un gesto de su cabeza a un hombre con un abrigo que la esperaba junto a una mesa.

Siempre habían deseado conocer a Joseph Rutherford. Se lo habían imaginado de mil y una maneras: alto, bajo, rubio, moreno, gordo, flaco. Y ahora estaba delante suyo pero no era como había esperado.

—Debe haber un error –balbuceo Andrea.

—¿Te encuentras bien? –pregunto el hombre del abrigo azul.

—¡Julián!

Hasta entonces se había mantenido firme, pero ahora al descubrir que su amado doctor era el dueño del palacete, la tierra se abría a sus pies y las lágrimas fluían de sus ojos. Julián la tomo del brazo y la llevo al despacho donde antes había sido interrogada. Mientras tanto, Carrie era conducida a otro despacho, donde un policía la esperaba para hacerle unas preguntas más.

Julián comenzó su narración. Él y Joseph Rutherford eran la misma persona. Después de la trágica noche del 9 de marzo de 1964, Joseph fue enviado a casa de sus abuelos paternos. Era muy pequeño, y por tanto ninguna imagen de lo acontecido aquella fatídica noche quedo grabada en su memoria. Creció feliz y ajeno a la tragedia de sus padres. Con el tiempo se casó y nació su hijo. Su primogénito que llevaría su mismo nombre. Sin embargo, la fatalidad volvió a poner punto y final a la felicidad de nuevo. Un accidente de coche le dejo huérfano una noche de invierno. Sus primeros recuerdos comienzan en casa de sus abuelos maternos, pero de nuevo la muerte llego. Una embolia cerebral acabo con la vida de su abuelo en 1967 y a los pocos meses su abuela murió de pena.

Un amigo de la familia fue nombrado tutor del pequeño Joseph. Aunque este lo acogió con cariño, su esposa no hizo lo mismo. Tenían dos hijos de corta edad y temía que aquel intruso pudiera quitarles el afecto de su padre. Acordaron enviarle a un internado en Canadá,

aunque en vacaciones seria bien venido.

A pesar de todo, no fueron muchas las visitas a casa de su tutor. Un viaje de la familia al extranjero, una enfermedad de los niños altamente contagiosa o una visita inesperada que ocupaba todas las habitaciones disponibles, eran algunas de las excusas que la esposa de su tutor hacia llegar al internado.

Cuando empezó sus estudios en la universidad fue cuando empezó su vida de verdad. Compaginar el trabajo y los estudios no fue fácil pero consiguió alcanzar el éxito en su profesión. El resto ya lo conocía Andrea.

En lo relativo al palacete no había mucho que decir. No tenía ni buenos, ni malos recuerdos puesto que nunca había vivido allí. Aunque no quería venderlo, tampoco quería vivir en él. Ordeno a sus abogados que aseguraran las puertas contra posibles intrusos. Seis meses antes había recibido una oferta de La Fundación que rechazo al instante.

—No había vuelto a saber nada del palacete hasta que el otro día me contaste que habías entrado en él –concluyo Julián.

—¿Por qué no me dijiste entonces que tú eras el dueño?

—No creía que tuvieras tanto interés en el palacete. Pensé que lo mejor era no darle importancia –se disculpó Julián.

—Yo confiaba en ti, te quería, pero por lo que veo no era reciproco.

—Andrea yo…

—Gracias, por no presentar cargos –respondió Andrea poniéndose de pie—. No quiero verte nunca más.

Estaba demasiado dolida para llorar. Se encamino hacia la entrada de la comisaria donde Carrie la esperaba con cara de pocos amigos.

—¿Y a ti que te ha ocurrido? –le pregunto Andrea.

Aquella noche sin duda, habían descubierto algo más que los ficheros

del ordenador. Cuando Carrie entro en el despacho para hablar con el policía se llevó una sorpresa casi tan grande como la de Andrea. La esperaba de pie junto a una silla y no era otro que Grant.

—¡Tú! –exclamo Carrie.

—Siéntate, tenemos que hablar.

Grant era miembro de la policía secreta del estado de Nueva York. Hacía dos años que habían empezado a sospechar de las actividades de La Fundación. Algunas empresas de esta sociedad, tenían grandes ingresos que resultaban imposibles de justificar con su facturación actual, e incluso el Gobierno podía estar implicado. Con documentos falsos, Grant consiguió entrar a trabajar en el centro de asistencia. Durante el primer año no descubrió nada lo suficientemente importante como para desenmascarar a La Fundación pero medio año antes ocurrió algo.

De repente la sociedad puso sus ojos en el palacete Rutherford. El centro de acogida para mujeres maltratadas podía construirse en cualquiera de los muchos edificios o solares de La Fundación, pero querían el palacete. La policía estaba alertada respecto al edificio. Un día, un agente haciendo su ronda las había visto entrar, tomo unas fotos y se las envió a Grant a y a su gente.

Al verlas, Grant quiso restarle importancia ante sus superiores por esto le ordenaron que las vigilara. Su encuentro en el Registro de la Propiedad no había sido casual.

—Carrie no volváis al palacete –ordeno Grant—. He hablado con mis jefes y como Julián no ha presentado ninguna denuncia, no hay cargos contra vosotras. La próxima vez no podré ayudaros.

—Yo creía que eras mi amigo –respondió Carrie enfurecida—. No volveré a confiar en ti.

Levantándose de la silla salió de la habitación. Busco con la mirada a Andrea y al no encontrarla decidió esperarla en la entrada. Cuando Carrie finalizo su narración ya llegaban a la residencia. Allí Andrea comenzó la suya.

Después de aquello no creían que pudieran olvidar jamás los sucesos acaecidos esa tarde, que había sido la más emocionante y la más decepcionante de su vida.

30. UN TRAIDOR EN LA SOMBRA

—Carrie despierta. Son las siete.

Andrea no había podido dormir. Las palabras de Julián resonaban una y otra vez en sus oídos hiriendo su corazón. Tal vez logrará perdonarlo pero nunca olvidaría su traición. La falsedad de Grant también le había dolido pero sus sentimientos hacia él no eran los mismos que hacia el joven doctor. Carrie por su parte, estaba enfada con su amigo, al fin y al cabo creía haber llegado a conocerle bien

durante los dos últimos años. A pesar de todo, no había tenido problemas para conciliar el sueño.

Empezaron a trabajar a las ocho de modo que en una hora tenían que arreglarse y desayunar. Normalmente estaban demasiado adormiladas para conversar pero aquella mañana tenían mucho de qué hablar.

—No me importa nada lo que nos dijeron ayer –aseguraba Andrea—. Yo pienso seguir investigando para averiguar quién está detrás de los del sótano.

—Estoy contigo –respondió Carrie—. Después de lo que nos han hecho no merecen nuestro respeto.

—Cuando Peter y David se marchen a almorzar, entrare en su despacho y buscare en sus papeles. No deja de ser una casualidad que Peter haya sido quien ideo la división de la ciudad por zonas.

—Yo revisare las fotos. Les daremos una lección.

Con estas ideas terminaron su desayuno y se dispusieron a iniciar su trabajo. Andrea continuaba tomando datos de una zona y otra de la ciudad. Era increíble, llevaba cinco meses en Nueva York y todo su trabajo había consistido en navegar por Internet buscando datos y más datos. Aunque se había quejado al profesor Alexander de forma solapada, todo había sido inútil.

De la parte interesante de su proyecto se ocupaba Peter y este no le dejaba ni acercarse a su trabajo. Para su orgullo machista ya era suficiente con permitirla tomar los datos y estudiar alguna de las gráficas que él obtenía. No olvidaba que Andrea era una mujer que debería estar planchando y cocinando en casa, al cuidado de su marido y sus hijos.

Desde que Andrea supo que Peter había sido el creador de la división de la ciudad, sospecho que debía de estar implicado en las adopciones ilegales. Ella encontraría la relación entre Peter y aquellos hombres, y le demostraría de lo que era capaz una mujer.

Ya eran las doce. Espero con paciencia unos minutos a que profesores

y estudiantes salieran de sus despachos y aulas para almorzar. Tenía que cruzar todo el campus puesto que ella estaba en el Ala Norte y el bloque principal estaba en el sur.

Como supuso el edificio estaba en su mayor parte vació. Solo quedaban algunas personas que ella no conocía y que tampoco la conocían a ella. Peter y David compartían despacho, tres puertas más allá del despacho del profesor Alexander. Los dos despachos estaban vacíos, estarían comiendo juntos manteniendo una de sus habituales y aburridas conversaciones científicas solo para hombres.

Ninguno de los ayudantes se había preocupado de cerrar la puerta, por lo que Andrea entro con facilidad. Si no hubiera sido así, había pensado aplicar alguno de los métodos de Carrie para abrir cerraduras. Primero revisaría los cajones y las estanterías, después se ocuparía del ordenador.

Miro todas las carpetas y entre las hojas de los muchos libros que llenaban los estantes del despacho. Observo que todos eran de la Biblioteca del Campus. Si en todos los despachos sucedía lo mismo, ahora comprendía porque nunca encontraba en la biblioteca el libro que quería.

Estaba tan abstraída en su búsqueda que ni reparo en unos ojos que la observaban desde la ranura que había dejado en la puerta. Después de contemplarla unos minutos, el visitante entro en la habitación.

—¿Qué haces Andrea? Si Peter te descubre, vas a tener problemas.

—David, me has asustado. Estaba buscando una gráfica de la zona 175 que no vi bien el otro día y… —empezó a disculparse Andrea.

—Venga Andrea, si realmente quieres una gráfica solo tienes que pedírnosla a cualquiera de nosotros, no necesitas revolver todo.

—Pero es cierto David, yo solo quiero una gráfica.

—Como no me digas la verdad, le diré a Peter que estabas husmeando en sus cajones, y ya lo conoces mañana estarías en un avión de vuelta a España.

Andrea decidió que lo mejor era contarle todo a David. Él siempre había sido amable con ella y no la traicionaría. Además cabía la posibilidad de que supiera algo de Peter, que pudiera ayudarla en su investigación.

David no la defraudo. Aunque al principio de su explicación, al nombrar a los espectros, se mostró un tanto incrédulo, al hablarle sobre el sótano y las supuestas adopciones, empezó a prestar gran atención. Quiso conocer todo lo que habían averiguado, era un asunto serio y no se podía bromear.

—Hay una cosa que deberías saber Andrea –dijo David cuando ella termino su relato—. Peter es hijo de Robert Parkas.

—¿Quién es él?

—Es el propietario de la constructora que realiza todas las remodelaciones de La Fundación.

—¿Y tú cómo lo sabes?

—Peter me lo dijo una vez. Su padre gana mucho dinero a sus expensas y ahora está esperando el visto bueno para remodelar el palacete Rutherford.

—¿Estás seguro de lo que dices?

—Sí. Ya recuerdo cuando me lo conto, fue durante esos días que tuvimos problemas con las medidas de la zona de San Patricio.

—Así que mientras empiezan las obras –razono Andrea—, utilizan el palacete de tapadera.

—Creo que Carrie, tú y yo deberíamos ir juntos al palacete. Seguro que encontramos algo que le relacione a él y a su padre con las adopciones.

—De acuerdo. Iremos el sábado por la tarde, ahora tenemos mucho trabajo y no puedo pedir más permisos.

Todavía tuvo tiempo Andrea de comprarse un bocadillo y comérselo camino de su despacho. Las horas se le hicieron interminables hasta

las cuatro que salía de trabajar, quería llegar cuanto antes a la residencia Santa Ana para contarle a Carrie todo lo que había dicho David.

—¡Lo sabía! –exclamo Carrie—. Desde que conocí a Peter supe que no era trigo limpio.

—Ahora solo necesitamos encontrar algo que vincule a la constructora o a Robert Parkas con las carpetas del sótano y todo arreglado.

—Con todo lo que hallemos, las fotos y las hojas con los nombres, Grant no tendrá más remedio que reconocer que teníamos razón.

—Y aunque no sea suficiente para atraparlo, ahora la policía sabrá donde buscar.

No pudieron continuar hablando porque unos golpes sonaron en la puerta. Era Daniela, traía unas flores para Andrea con una tarjeta.

—¿Qué pone? –pregunto Carrie.

—“Lo siento.” Julián Passfield –respondió Andrea.

—Son preciosas –comento Daniela sonriendo.

—Pues yo no las quiero, llévatelas, haz con ellas lo que quieras.

La encargada del piso, aunque sorprendida y sin entender lo que ocurría, accedió a la petición de Andrea.

—Cree que con unas flores puede arreglarlo todo –continuo razonando Andrea en voz alta—. ¡Lo siento! Que desfachatez, no le perdonare nunca. Nunca. Aunque bien mirado, las flores no tienen la culpa. Iré a por ellas.

Ante una atónita Carrie que la observaba sin pestañear, incapaz de pronunciar una palabra, Andrea salió de la habitación y le arrebato de las manos a Daniela el ramo de flores que ya se llevaba a la cocina.

—Las pondré en agua –dijo Andrea.

—¿Y con las otras que hago? –pregunto Daniela desde la puerta conteniéndose al risa.

—¿Qué otras?

—Esas llegaron a las doce y después cada hora ha llegado otro ramo más grande con otra tarjeta. Están en el recibidor.

Andrea, seguida por Carrie, bajo como una exhalación la escalera que llevaba a la planta principal donde estaba la habitación mencionaba por Daniela. El ramo que esta última había subido a la habitación tenía doce rosas rosa. El que había llegado a la una tenía seis más, el de las dos tenía 24 y así hasta el de las cinco con 42 flores.

Las tarjetas tenía el mismo mensaje que había sido ampliado en cada nueva entrega de la manera siguiente:

—A las 12:00 “Lo siento”

—A las 13:00 “Lo siento, te quiero”

—A las 14:00 “Lo siento, te quiero, perdóname”

—A las 15:00 “Lo siento, te quiero, perdóname, te adoro”

—A las 16:00 “Lo siento, te quiero, perdóname, te adoro, discúlpame”

—A las 17:00 “Lo siento, te quiero, perdóname, te adoro, discúlpame, te extraño”

Además 15 minutos después de recibir cada ramo Julián había llamado preguntando por ella. Andrea miro su reloj, solo faltaban dos minutos para las cinco y cuarto. Las ideas se agolpaban en su mente. ¿Contestaría o no contestaría a la llamada? ¿Le perdonaría? No, era la primera vez que había querido y la habían traicionado. Hasta donde sabia, él podía estar también implicado en las adopciones. Como médico de un prestigioso hospital tenía acceso a la información privilegiada que no estaba al alcance de todo el mundo. Unas flores y unas tarjetas copiadas de alguna novela no podían compensar el daño que le había hecho.

31. SENTIMIENTOS

Andrea acepto tomar un café con Julián al día siguiente, pero no le prometió nada, solo le escucharía y oiría lo que tuviera que decirle. No pudo dormir en toda la noche, su cabeza parecía que iba a estallar de un momento a otro. Por un lado estaba todo lo relacionado con el palacete, tanto con los espectros como con el sótano; por otro estaba su trabajo, que no había resultado ser tan maravilloso como ella se había imaginado, y para coronar el pastel sus problemas con Julián.

Quedaron en encontrarse a las cuatro y media en una cafetería que estaba cerca del campus. Los dos llegaron puntuales, como si temieran que un pequeño retraso de un minuto pudiera hacer que el otro cambiara de idea. Una vez sentados en una discreta mesa, empezaron a conversar.

—Andrea, yo no quise hacerte daño –empezó a decir Julián—. Creía que si no te lo decía, perderías el interés y no volverías a ir allí.

—Yo no iba a robarte nada.

—Ya lo sé, no es por eso. El lugar es muy viejo y está muy deteriorado. Cuando te caíste por las escaleras no te ocurrió nada pero fue cuestión de suerte.

—Soy mayorcita, puedo cuidarme sola.

—Además esta lo de los espectros que Carrie y tú creéis haber visto.

—¡Que hemos visto!

—Está bien, que habéis visto. Andrea, podéis volver al palacete cuando queráis, toma las llaves de los candados. No quiero hablar más de ello, solo quiero que me perdones.

Andrea miro las llaves, quería cogerlas pero su orgullo estaba herido. Se lo pensó unos minutos y finalmente las acepto, si querían volver con David al palacete las llaves les facilitarían en camino.

—Te las devolveré pronto. En cuanto a perdonarte –dijo Andrea haciendo una pausa mientras pensaba las palabras adecuadas—, estas perdonado pero no quiero volver a saber de ti. Solo pienso ir una vez más al palacete y después todo lo relacionado con los Rutherford o los Passfield o como quiera que te llames, habrá terminado para mí.

Julián no intento hacerla cambiar de idea. La conocía lo suficiente como para saber que necesitaba tiempo, quizás en unos meses todo volvería a ser como antes. Pago la cuenta, se despidió de Andrea y salió de la cafetería.

Andrea se quedó sentada unos minutos más. Había empezado a nevar y grandes copos estaban cubriendo las calles con su blanco manto, haciendo desaparecer todo bajo su frio y dulce peso. Contemplando la nieve su imaginación voló a hermosos lugares, llenos de paz, donde ningún problema podía afectarla, donde nadie podía traicionarla y todo era blanco y puro como la nieve que veía.

***

Tras una ventana en otra cafetería Joanna recordaba su conversación con Luis. No había querido verle, ni hablar con él desde su último encuentro después de la boda. Él había insistido en que hablaran y Joanna había terminado por ceder.

De nuevo Luis había intentado hacerse perdonar, repetía una y mil veces a quien le quisiera escuchar que él no había tenido nada que ver con la foto y la corona. Melissa no le dejaba tranquilo, le acosaba sin tregua día y noche, le llamaba al trabajo y a su casa; le enviaba flores, bombones y fotos de ambos. Incluso acudía cada día a la salida del

despacho donde trabajaba Luis para verle e intentar hablar con él.

Joanna había escuchado con más atención de la que hubiera querido cada una de las palabras de Luis. En su interior había empezado a apiadarse, tal vez fuera cierto lo que le decía. Ella conocía a Melissa y sabía hasta donde podía llegar cuando quería algo. Solo le importaba el fin, no los medios ni las personas que hubiera que aplastar para conseguirlo.

—De acuerdo –dijo Joanna después de escuchar a Luis—, te daré una segunda oportunidad.

—No te arrepentirás –respondió Luis con alegría.

—No te ilusiones demasiado, empezaremos de cero.

—Está bien, será como tú quieras.

Con una sonrisa y asistiendo con la cabeza sellaron su pacto de mutuo acuerdo. Como dos adolescentes en su primera cita comenzaron a mirar a su alrededor buscando tema de conversación, al cabo de un rato fue él quien inició la charla.

—Hola, me llamo Luis. ¿Cómo estás? –pregunto extendiendo su mano hacia Joanna que no podía dejar de reír.

***

En la otra punta de la ciudad Arthur esperaba bajo la nieve a Carrie, que como de costumbre llegaba quince minutos tarde. Después de escuchar una de las habituales disculpas del repertorio de su novia, la invito a cenar a su casa. Lo tenía todo preparado, incluso había fingido sentirse enfermo para salir antes del trabajo.

Carrie acepto sin titubear. Había probado otras veces la cocina de Arthur y este había demostrado tener mejores dotes culinarias que ella. El apartamento de su novio era bastante grande pero no por ello la renta era muy alta. Arthur vivía solo si bien el año anterior había compartido el alquiler con un aspirante a actor, que cansado de

esperar a que la fortuna llamara a su puerta, había regresado a su pueblo natal.

Al principio pensó buscar un nuevo compañero pero gracias a un ascenso en la compañía donde trabajaba, su sueldo había sufrido un considerable aumento. De forma que al final había decidido vivir solo sin contar con los muchos inconvenientes y pocas ventajas de tener un compañero de piso.

La mesa estaba dispuesta junto al inmenso ventanal del salón, sobre ella una elegante vajilla y unas brillantes copas les estaban esperando. Carrie se preguntaba quién le habría prestado el menaje a Arthur, porque él no tenía nada parecido.

Como había imaginado, la cena fue deliciosa. En los postres Carrie empezó a sospechar que detrás de toda aquella exquisitez, había algo escondido. Cuando Arthur se arrodillo a sus pies, ya no le quedo el más mínimo resto de duda. Después de un circunloquio, capaz de acabar con la paciencia de la más tranquila de las mujeres, Arthur le pregunto:

—¿Quieres casarte conmigo?

—Sí –respondió Carrie sin darle apenas tiempo a Arthur a acabar su pregunta.

Si cuando conoció a Andrea, está el hubiera preguntado si pensaba casarse alguna vez, Carrie hubiera respondido que no. En sus proyectos de futuro nunca había entrado la idea de contraer matrimonio. Una mujer debía de ser independiente, valerse por sí misma sin ninguna atadura. “Ni hombres ni hijos, ni perros ni gatos” era su lema. Ella era una mujer fuerte que se vanagloriaba de no haberse enamorado nunca. El amor era un sentimiento vacío y superfluo.

Pero con Arthur a sus pies todas esas ideas se habían convertido en agua de borrajas. El matrimonio no tenía por qué estar reñido con el trabajo, podía combinar las dos cosas.

***

Ya eran las doce de la noche, tres jóvenes mujeres soñaban en su cama con sus dulces galanes. Una de ellas era feliz porque había recuperado algo que había perdido y que creía ya muerto. Otra de ellas había agotado los últimos alientos de algo que había sido su vida y que se había fundido en el horizonte. Una tercera se sentía confusa, no sabía cómo encauzar aquella savia desconocida que fluía en su interior.

La noche las envolvía callada, sigilosa, acariciadoramente. La nieve continuaba cayendo en el exterior, ocultando la ciudad con su fría capa de esperanza. Todo era como un lienzo en blanco donde al día siguiente los hombres pintarían las nuevas escenas de su vida.

32. EL DIARIO

El sábado no tardó mucho en llegar. David estaba ansioso por ir al

palacete, le había parecido increíble todo lo que le habían contado Carrie y Andrea, y quería verlo el mismo. Estaban dando en San Patricio las campanadas que indicaban que eran las cinco cuando los jóvenes llegaron al viejo edificio.

Con las llaves de Julián lograron abrir el candado y la puerta de servicio sin usar sus peculiares técnicas habituales. Era toda una novedad entrar como personas normales y no como saltimbanquis. Desde la cocina podían acceder con facilidad al sótano, pero Andrea quería ir a la segunda planta primero, así que aunque David se opuso, un momento después estaban subiendo por la carcomida escalera.

—Ellos siempre aparecen por aquí –razono Andrea—. Buscad bien, debe de haber algo que no hemos visto y deberíamos haber visto.

—Como quieras –replicó David—, pero me parece una pérdida de tiempo, lo interesante esta abajo.

Andrea no tenía el más mínimo interés en volver al sótano por el momento, no creía que fueran a encontrar pruebas que involucrarán a Robert Parkas con las adopciones, al menos nada que fuera útil para la policía y aceptable en un juicio.

Entraron en el dormitorio principal que era donde había ocurrido la tragedia. Los cajones del tocador y las puertas del armario estaban demasiado abombadas por la humedad, resultaba imposible abrirlas sin causarles daño. Entonces lo vio, estaba en el techo, una trampilla que pasaba desapercibida entre las manchas de goteras y las telas de araña. Andrea miro a su alrededor buscando la forma de alcanzarla. El techo estaba muy alto, la habitación debía de tener una altura cercana a los tres metros.

Con ansiedad aviso a sus amigos y los tres estuvieron dilucidando un buen rato como llegar hasta ella. Fue David quien encontró la solución: en la cocina, detrás de la puerta había una escalera, bajaría a por ella.

—¿Tú has visto alguna escalera? –pregunto Carrie mientras David descendía a la planta inferior.

—Yo no, pero si dice que la ha visto, seguramente estará allí –respondió Andrea—. Esos hombres han convertido esta casa en un almacén, hay de todo si sabes dónde buscar.

La escalera era metálica, tenía ocho escalones y su estructura era moderna. Andrea no se había equivocado al afirmar que la habían traído los hombres del sótano, si hubiera sido de los años sesenta o anterior hubiera estado oxidada y deteriorada, sin embargo, estaba en perfectas condiciones.

Junto con la escalera, David había traído una escoba. Con su mango, desde el último escalón podrían empujar la trampilla hacia arriba y así subir con más facilidad. El mecanismo de apertura resulto ser diferente al que habían imaginado, la trampilla no subía sino que bajaba, desplegando con su peso una escalera de madera cuyos escalones no tenían mejor aspecto que los que unían las dos plantas del edificio.

El primero en subir fue David, seguido por Andrea y cerrando el grupo Carrie. Se encontraban en una especie de buhardilla con las paredes y el techo forrados de madera. Había viejos arcones, algún espejo y muchos libros polvorientos. Andrea intento coger alguno de ellos con las manos pero con apenas rozarlos con sus dedos, las páginas se deshacían.

Había una ventana redonda a través de la cual podían ver el gigantesco roble y encima de él la luna llena luciendo con todo su esplendor a pesar de no haber anochecido. En la pared de enfrente había una pila de troncos. Una idea fugaz cruzo por la mente de Andrea. ¿Dónde había visto ella troncos antes? Le fue difícil recordar pero al final lo consiguió, había sido en su sueño. Unos rostros de hombre y de mujer que poco a poco se fueron transformando en unos troncos, que girando emergieron de la superficie de la luna.

Se precipito hacia ellos y con la ayuda de Carrie fueron deshaciendo la pila. David mientras tanto miraba el resto de los objetos de la pequeña buhardilla, dejando a las chicas con sus locuras. La corazonada de Andrea tuvo sus frutos, debajo del montón de troncos apareció una caja de música. Al abrirla, entre descoloridas fotos y pequeñas piezas

de bisutería, encontró un diario. En su primera página podía leerse “Claudia Rutherford”.

—¡Esto es lo que buscábamos! –exclamo Andrea.

—Empieza a leer –la apremio Carrie.

26 de diciembre de 1961

“Anoche conocí a un apuesto caballero en el baile de la embajada canadiense: Albert Corman. Me lo ha presentado la Señora Lisco. Según me ha contado esta curiosa mujer, el Sr. Corman llego a Nueva York hace tres años procedente de Nueva Orleans. No tiene familia y no se conoce la fuente de sus ingresos, todo en él es un misterio. (Realmente debe serlo, si la Señora Lisco no ha podido averiguar nada, nada se sabe). Es alto y rubio, con bellos ojos azules, me recuerda mucho a mi marido, aunque su porte es más distinguido que el de Thomas. Los negocios están minando su salud, espero que los días de descanso que vamos a tener mejores su estado físico”.

4 de febrero de 1962

“Hoy he vuelto a ver a Albert. No puedo ocultar por más tiempo este secreto a Thomas, empieza a sospechar que le escondo algo. Yo le quiero, pero Albert no me deja hablar con él y contarle todo. Esto va a destruir mi matrimonio, además la gente murmura a mis espaldas. Si ellos supieran la verdad se apiadarían de Albert”.

20 de octubre de 1962

“Finalmente estoy embarazada. Creí que nunca sentiría la dicha de ser madre. Un ser pequeñito e indefenso crece en mis entrañas. ¡Soy tan feliz! Thomas está loco de contento, ya tiene un heredero para el imperio Rutherford. Espero que sea un varón, bueno, no importa, si es niña estoy segura que Thomas la va a querer igual. Incluso Albert está ilusionado, sé que me quiere y que aprecia a Thomas. Si se supiera la verdad, todo sería tan distinto. La gente sigue murmurando, no me gusta lo que oyen mis oídos. Tengo miedo pero soy tan feliz”.

7 de marzo de 1963

“Mi hijo ha nacido, se llamara Josep. Aunque es pequeño es tan fuerte como su padre. Thomas esta tan orgullos que quiere hacer una fiesta, pero yo estoy cansada, prefiero esperar unos meses. Me gustaría que Albert viese a mi niño, sin embargo, yo no puedo salir y Thomas no le permite entrar en la casa. Tengo que hablar con Albert y convencerlo de que es necesario contarle todo a Thomas”.

7 de marzo de 1964

“Joseph ha cumplido un año. Es rubio, con ojitos azules y tan guapo como su padre aunque mucho más sano. Para mi desgracia se parece demasiado a Albert, es cosa de herencia. Cuando los veo juntos no puedo evitar estar de acuerdo con las habladurías de la gente. Parecen padre e hijo. Thomas, sin embargo, parece envejecido, cada mes que pasa es un año a sus espaldas. Siento lastima por él, le quiero tanto”.

8 de marzo de 1964

“He convencido a Albert para contarle toda la verdad a Thomas. Se lo diremos mañana cuando regrese de su tertulia en el café. Siempre viene relajado y contento, será el mejor momento para explicarle todo. Si consigo que esté tranquilo, su corazón se ablandara y aceptara a Albert y a su madre. Creo que sería mejor si ella viniera también, pero Gladys guarda mucho rencor hacia el padre de Thomas.

Fue muy cruel quitarle a su hijo, ella se enamoró de un capitán pero su padre se opuso al matrimonio. No entiendo como al saber lo del niño no les permitieron casarse, sin duda el honor de los Rutherford y el “qué dirán” eran más importante que los sentimientos de su hija para el viejo avaro. Aún recuerdo cuando Thomas anuncio nuestro compromiso. Yo no tenía dinero, sino hubiera sido por el recio linaje de mi familia nunca hubiera consentido en que nuestro matrimonio se celebrará.

Albert tuvo suerte después de todo, si hubiera crecido rodeado de Rutherfords no hubiera sido feliz. Las personas que le cuidaron le dieron más amor que dinero y unos brazos donde refugiarse después de la tormenta. Ahora es un hombre fuerte y noble que al cabo de los años, al descubrir la verdad de labios de su madre, ha sabido perdonar.

Thomas tiene que acabar con tantos años de odios y rencores. Sí, se lo contaremos mañana. Ya es hora de que sepa que su tía vive y no murió de

unas fiebres como le hicieron creer. Tiene que saber que tiene un primo que le ayudara cuando lo necesite y que no es mi amante como la gente dice. Albert vino a mí buscando el modo más sencillo y menos dañino de llegar a Thomas. ¡Cómo podría tener yo un amante! Joseph y Thomas son mi vida, sin ellos me moriría".

Aquí terminaba el diario de Claudia Rutherford, cuando Andrea acabo de leerlo las lágrimas rodaban por su rostro igual que por el de Carrie. Ya sabían lo que los espectros de Claudia y Albert querían decirles, le llevarían el diario a Julián y él limpiaría el nombre de su abuela. David en un principio había intentado mantenerse ajeno a la historia del diario, pero la desgracia de una mujer rodeada de hipocresía, le había terminado por conmover.

Recogieron todo y con el corazón ahogado por la pena que les invadía decidieron enfrentarse a otro tipo de fantasmas que habitaban en el sótano. Los fantasmas de familias destruidas y niños arrancados del seno de sus madres por un puñado de dinero. Ahora Andrea estaba decidida a hacer justicia, ya no era mucho lo que podía hacer por los Rutherford pero por los miles de inocentes que clamaban venganza desde los cimientos del palacete, había mucho que hacer.

33. EL JUEGO SE DESCUBRE

Estaban descendiendo por la escalera que conducía a la primera planta cuando escucharon unas voces provenientes de la cocina. Quisieron huir por la ventana que había sido su entrada tantas otras veces, pero ya era tarde, a sus espaldas los dos hombres del sótano les estaban apuntado con sus amenazadoras armas.

—Mira lo que tenemos aquí –dijo el hispano—. Por fin nos vemos las caras.

—Al sótano rápido –ordeno el francés.

Las chicas iban las primeras seguidas por David y los hombres. Andrea

pensó hacerse la despistada, fingir que no conocía el camino hacia el sótano, que aquella era la primera vez que entraba en el palacete. Pero estaba segura de que esos hombres sabían que ellas habían estado otras veces en el edificio, si hacia alguna tontería empeoraría la situación. Con estos pensamientos llego al frio sótano, entonces oyó gritar a Carrie detrás de ella, giro la cabeza para ver qué pasaba y sintió un fuerte golpe en la nuca, después nada, solo oscuridad.

Cuando despertó era como si hubiera estado bebiendo toda la noche, estaba mareada y aturdida. Necesito algunos minutos para recordar donde estaba y que había pasado. Alguien la había golpeado en la cabeza, aunque eso había sido después de que Carrie gritara, seguramente a ella también la habían golpeado. ¿Y David? A él no le había oído. Estaría en algún otro lugar como el suyo con dolor de cabeza.

Poco a poco sus ojos se fueron acostumbrando a la oscuridad. Estaba en una pequeña habitación, forrada de piedra desde el suelo hasta el techo, parecía una celda. Cerca del techo había una especie de ventana rectangular dispuesta en posición horizontal. A través de ella podía ver el resplandor de la luna y algunas estrellas. Debía de ser alguna de las habitaciones a las que se podía acceder desde las puertas del sótano.

Presto atención intentando averiguar que había detrás de la puerta. Sí, no había duda, se oía una tenue respiración pero no desde la puerta sino desde algún lugar al otro lado de la pared que estaba a su izquierda. Debían de ser Carrie o David, estarían incomunicados en alguna prisión como la suya. Quiso saber qué hora era en su reloj pero se lo habían quitado. No sabía cuánto tiempo había estado dormida pero no creía que fuera mucho más tarde de la una o las dos de la madrugada.

En su diminuta celda no había nada más que una vieja silla. Tenía frio y el sueño se empezaba a apoderar de ella, no podía pensar con claridad. No quería dormir porque era ponerles todo más fácil a sus raptores, en su interior sabía que debía mantenerse desierta. Al final, no pudo aguantar más el sopor y se dejó llevar por él, acurrucada en

una esquina del extraño lugar donde se encontraba.

Detrás del tabique la respiración se fue haciendo más acompasada y más fuerte, era la de Carrie que tendida en el suelo empezaba a despertar. Al igual que le había ocurrido a Andrea se sentía algo mareada y con la cabeza embotada. Se llevó la mano a la nuca y noto la sangre seca alrededor de una herida. Le dolía mucho y no era capaz de incorporarse desde su yacente posición, cuando lo intentaba un fuerte latigazo recorría todo su cuerpo desde la base de la nuca hasta sus pies.

Concentrándose consiguió recordar lo que había sucedido, después de encontrar el diario en la buhardilla decidieron bajar al sótano y al hacerlo se habían encontrado a aquellos dos hombres. El dolor le hizo recordar con facilidad el golpe que había recibido. ¿Qué les había sucedido a David y a Andrea? ¿También les habrían golpeado?

No conseguía ver donde estaba, aunque abría sus ojos todo lo que le era posible no podía distinguir ninguna forma a su alrededor. Esperaba que se debiera a la falta de luz y no a una ceguera motivada por la herida de su nuca. Ahora comprendía el malestar de Andrea durante los días que siguieron a su caída por la escalera, la mitad del dolor que ella estaba sintiendo era suficiente para derribar al más fuerte.

Le hubiera gustado saber qué hora pero nunca llevaba reloj, siempre la averiguaba preguntándosela a alguna persona, el problema era que allí no había nadie. Empezó a oír unas campanadas a lo lejos, quiso contarlas, sin embargo, el sueño la estaba cercando y Carrie no tenía fuerzas para escapar de él, era más fuerte que su voluntad.

Mientras tanto sus raptores conversaban sentados en torno a la mesa del ordenador junto con otros dos invitados. Uno de ellos era el hombre americano de pelo rubio que Andrea, Carrie y Grant habían visto en la zona 236.

—¿Qué vamos a hacer con ellas? –pregunto el francés.

—Deberíamos matarlas, por entrometidas –contesto el hispano

acariciando su pistola.

—Desde luego no han demostrado ser muy inteligentes –dijo el hombre rubio que atendía al nombre de Mark—. Dos estudiantes universitarias deberían saber que hay programas que permiten averiguar todas las órdenes que se han introducido con anterioridad en el ordenador.

—Sí –afirmo el francés—, y eso incluye los intentos fallidos de acceso a un programa.

—Y ellas utilizaron sus propios nombres –recordó el hispano riendo con ganas.

Los cuatro hombres sentados a la mesa se rieron y se carcajearon durante un buen rato de las “estupideces” cometidas por las dos estudiantes. Eran tan ilusas que pensaron que no serían descubiertas a pesar de estropear las cerraduras y dejar sus nombres en la memoria del ordenador.

—No será necesario matarlas –aseguro el cuarto hombre que hasta el momento había permanecido en silencio—. En muchos lugares remotos dos jóvenes de piel blanca serían muy apreciadas.

—Pero podrían hablar y contar lo que saben –repuso Mark.

—¡Qué importa! Nadie las creería –afirmo el cuarto hombre que sin duda era el jefe.

—Sus amigos pueden venir a buscarlas, ellos conocen el palacete y esas dos chismosas les habrán hablado de las adopciones –continuo el hispano.

—No hay de qué preocuparse, todas las culpas recaerán en Peter y Robert Parkas. La Fundación no se verá implicada.

—¿Y David? –preguntó el francés.

—¿David? Él desaparecerá con ellas. Ahora será mejor que empecemos a recoger todo esto, no tardarán en venir en su búsqueda.

Los hombres se levantaron de sus asientos e iniciaron una frenética actividad. A las cuatro de la madrugada llegaría otro de sus compinches con la furgoneta negra para llevarse todas las carpetas y el ordenador. Tenían que introducir todo lo que pudiera comprometerlos en cajas de cartón dejando unas cuantas pistas falsas que llevaran directamente hacia los Parkas y la Constructora.

Sin embargo, para deshacerse de sus molestos visitantes tendrían que esperar un par de días. Era peligroso trasladarlos a otro lugar, así que acordaron dejarlos donde estaban. Para llegar hasta ellos no bastaba con abrir una de las puertas del sótano. Había que saber cuál era el resorte que hacia deslizar una pared, en apariencia compacta, a través de la cual se accedía a una serie de túneles que discurrían por el subsuelo de la ciudad a lo largo de varios kilómetros.

Además tenían intención de "sazonar" la comida de sus prisioneros con una buena dosis de narcótico que les impidiera pensar y hacer cualquier tipo de ruido. Si todo resultaba como pensaban, el lunes por la noche secuestrados y secuestradores estarían lejos del palacete.

34. DOMINGO

Eran las cinco y media, Arthur había quedado con Carrie a las cinco en el lugar habitual, un pequeño café cerca de Central Park. Nunca se retrasaba tanto, cansado de esperar decidió llamarla a la residencia, lo más seguro era que se hubiera entretenido conversando con Andrea, cuando se ponían a hablar eran incansables.

Su llamaba a la residencia no le tranquilizo, la persona que cogió el teléfono le informo que ni Carrie ni Andrea habían ido a dormir la noche anterior. Eso era muy extraño en ellas, nunca dormían fuera de la residencia, solo lo habían hecho cuando Joanna enfermo. Tal vez ella supiera algo.

Pero ella tampoco sabía nada de sus amigas, no se habían visto desde

hacía un par de semanas y no habían hablado por teléfono. Mientras conversaban con Joanna, observo el reloj de la cafetería situado encima de la máquina expendedora de tabaco, ya eran la siete de la tarde. Eso quería decir que desde hacía veinticuatro horas nadie las había visto.

Entonces recordó que Carrie le había hablado de un medio novio de Andrea. Era un médico que se llamaba Julián, Arthur no sabía el apellido pero sí que trabajaba en el Virgen María. Iría al hospital y allí le facilitarían su dirección, quizás el hubiera visto a Andrea en las últimas horas.

No tuvo problemas para conseguir la dirección del doctor. Ya eran las ocho y él debía de estar en casa, esperaba encontrarle.

Julián Passfield estaba trabajando en su despacho, escribiendo un artículo para una revista médica. Cuando llamaron a la puerta se sobresaltó, no estaba acostumbrado a recibir visitas y menos tan tarde. Al principio no reconoció a Arthur pero cuando este le hablo de Carrie y Andrea lo recordó.

Él tampoco había visto a Andrea el fin de semana, habían tomado café al principio de la misma pero no habían vuelto a saber de ella.

—¡Oh no! Ya sé dónde pueden estar –exclamo el doctor—. Le di a Andrea las llaves del palacete, deben de haber ido a allí y quizás les ha ocurrido algo.

—Dichoso palacete, creí que ya lo habían olvidado –dijo Arthur expresando en voz alta sus pensamientos—. Vamos a ver si están allí.

—No. Antes tenemos que ir a buscar a ese policía, él sabe lo que ocurre en el palacete.

—¿Qué policía?

Julián empezó a contarle todo lo que sabía sobre el palacete y las visitas de Andrea y Carrie. Arthur no pudo disimular su asombro cuando Julián le hablo de Grant. Era demasiado increíble para ser verdad. ¿Qué estaba ocurriendo? Su novia convertida en una detective

aficionada que entra sin permiso en las casas por la ventana, y que además había sido detenida por la policía junto a su amiga. Grant, su íntimo amigo, ahora era un policía que investigaba tramas secretas. Aquello era para volverse loco.

Grant no estaba en la comisaria, como no querían hablar con nadie más que con él, decidieron esperarlo mientras sus compañeros le localizaban. Ellos habían pasado por su casa camino de la comisaria pero todo había sido inútil. Julián miraba su reloj una y otra vez, ya eran las diez y en la residencia le habían dicho lo mismo que las últimas doce veces, no sabían nada de ellas desde que salieron el sábado después de comer. No debía de haberle dado las llaves a Andrea.

En esos momentos Andrea pensaba lo mismo que Julián, sino las hubiera cogido, ahora no estaría donde estaba. Debería haber dejado todo en las manos de la policía que ellos se hubieran encargado de atrapar al responsable, quien quiera que fuera. Seguramente detrás de todo el tinglado estaban Robert Parkas y La Fundación, ellos se habían valido del palacete como tapadera. A pesar de todo no podía apartar de su mente la idea que estaba carcomiéndola por dentro, tal vez Julián era el responsable y al saberse descubierto le había dado las llaves del palacete para que ellas sola se metiera en la boca del lobo.

No podía pensar con claridad. El golpe ya no le dolía pero tantas horas en soledad y sin comer la estaban destruyendo. Si bien le habían llevado comida, no había querido probar nada; no se fiaba de la sarcástica sonrisa con la que el francés acompañaba la bandeja. Para que él no sospechara nada, vaciaba el contenido en el rincón más oscuro de su prisión, donde la escasa luz que entraba por el ventanuco no llegaba. Además procuraba hacerse la dormida cuando se la llevaban u oía ruidos detrás de la puerta, ya que le había parecido distinguir una especie de mirilla en la parte superior de la misma.

Durante el día había escuchado el tráfico y las voces que provenían de la calle. Creía estar en un habitáculo que aunque debía estar distanciado del palacete, no lo estaba lo suficiente como para impedir escuchar con claridad las campanas de San Patricio. También podía

oír la respiración al otro lado de la pared, le parecía que se había vuelto más fuerte y fatigosa. Sospechaba que sería la de Carrie, porque le recordaba a la que tenía su amiga cuando dormía. Esperaba que si era así, se encontrara bien.

Si hubiera podido ver el bulto durmiente que yacía en la celda contigua a la suya, no hubiera tenido tanta confianza. Carrie, al contrario que Andrea, había comido todo lo que le llevaban, esperando encontrar en la comida el remedio a sus males. La herida de la cabeza le había vuelto a sangrar y seguía asustada al no poder atisbar lo que le rodeaba.

Su carcelero le llevaba un trozo de vela cuando le traía la comida, pero las corrientes de aire que surgían desde los resquicios de las paredes, la apagaban en pocos minutos. A la tenue luz de la llama pudo comprobar con alegría que no se había quedado ciega como había empezado a temer, pero su alegría se terminaba al apagarse la vela.

Engullía, más que comía, todo lo que alcanzaba a tocar con sus dedeos en la bandeja. Tal vez si hubiera tenido suficiente luz, hubiese visto el extraño polvillo amarillento con que estaba aderezada. Nunca veía cuando retiraban la bandeja porque siempre se quedaba dormida apenas daba el último bocado. Entonces caía en un pesado sueño del que no despertaba hasta que el hambre y la ansiedad la azuzaban.

35. LUNES DE MADRUGADA

A la una de la noche llego Grant a la comisaria. Julián y Arthur le hicieron un resumen de lo que creían que podía haberle ocurrido a Carrie y Andrea. No tenían ninguna prueba tangible con la que solicitar refuerzos policiales. Como les dijo un compañero de Grant, podía ser que las dos amigas hubieran decidido irse de viaje sin avisar. No había nada, aparte de sus sospechas, que hiciera inclinar la balanza hacia una u otra opción.

Pero ellos estaban seguros de que las jóvenes estaban en el palacete. De forma que sin más apoyo que el arma de Grant, decidieron ir ellos

solos a averiguar si eran ciertas sus sospechas. Julián era el dueño, así que no tenían que pedir ningún permiso para entrar. Él tenía una copia de las llaves que le había entregado a Andrea, si no podían abrir los candados, utilizarían la entrada de emergencia que Carrie y Andrea le habían enseñado a Grant: la ventana del segundo piso.

Ya eran casi las siete de la mañana. Habían perdido muchas horas intentando obtener el visto bueno del comisario, para que algún policía les acompañara, pero todo había sido inútil. Necesitarían por lo menos media hora más para llegar al palacete ya que el tráfico empezaba a ser denso debido a que mucha gente empezaba a trabajar a las ocho.

Durante toda la noche Andrea había intentado mantenerse despierta pero la tensión después de tantas horas de encierro la había entregado a los brazos de Morfeo a las tres y media de la madrugada. Había dormido unas tres horas cuando escucho como una suave voz de mujer la llamaba por su nombre.

Al principio pensó que era Carrie desde la celda contigua a la suya, sin embargo, aunque contesto a la llamada no obtuvo respuesta. Entonces su vista se fijó en la pesada puerta que impedía su salida, por más que busco en su memoria no fue capaz de recordar el sonido de la cerradura al acerrarse. Era una locura pero valía la pena intentarlo.

Con la escasa luz que le regalaba la noche en su encierro, se aproximó a ella, palpo por toda la superficie buscando algo que hiciera las veces de cerradura. Lo único que hallo fue el orificio de la mirilla que había entrevisto con anterioridad.

Apoyo contra la puerta todo su peso y ante su asombro esta cedió unos centímetros. Empujo más fuerte y la única resistencia que encontró fue la herrumbre de las bisagras. Sin duda, sus carceleros pensaron que estaba demasiado drogada como para intentar abrir la puerta. Se equivocaron.

Se encontró en un rocoso pasillo en el que la única luz era la que se filtraba desde la celda de la que había escapado. Tanteando la pared encontró otra puerta, tras la cual se escuchaba la respiración que había estado oyendo todo este tiempo. Quiso repetir la experiencia

realizada en la puerta de su prisión pero no consiguió moverla ni un milímetro. Esta vez estaba bien atrancada.

Volvió a escuchar la voz que le llamaba y girando la cabeza hacia la izquierda pudo ver el espectro de Claudia que alargaba su mano hacia Andrea. Ahora no iba a hacer como la primera vez que se encontraron, salir huyendo en otra dirección. Camino con firmeza hacia ella decidida a huir de las catacumbas donde la tenían encerrada.

Cuando estuvo a la misma altura que Claudia, esta le hizo un ademan para que la siguiera. Con la luz que desprendía la extraña aparición vio que las paredes rezumaban humedad y observo algunas pequeñas formas vivas corriendo asustadas ante la presencia de Claudia. Estaban en un estrecho corredor de no más de un metro de ancho que debía discurrir debajo de la Quinta Avenida ya que el tráfico que sonaba sobre su cabeza era muy intenso.

Entonces dejo de oírlo, todo se tranquilizó, debían de estar atravesando el subsuelo que se extendía por debajo de la manzana de casas donde se ubicaba el palacete. Habían caminado, si al desplazamiento de Claudia se le podía llamara caminar, unos cinco minutos cuando ante ellas apareció el espectro de Albert, indicándoles que guardaran silencio. Cerca se podía escuchar unas voces que Andrea reconoció sin problemas: eran las del francés, el hispano y el americano que habían visto en la zona 236. Le dio la impresión de que hablaban sobre la manera de hacerlas desaparecer, incluso creyó oír los nombres de Robert y Peter Parkas y de La Fundación. Todo parecía estar tranquilo hasta que escucho como tiraban una silla y el americano ordenaba a sus compinches que sacaran sus armas.

En el exterior un coche había estacionado frente el palacete, del mismo descendieron Grant, Arthur y Julián. Se dirigieron a la puerta de servicio y con su juego de llaves abrieron los candados. Una vez dentro de la cocina, Grant le indico a Arthur que subiera a la segunda planta mientras Julián y él bajaban al sótano. La luz estaba apagada pero Grant recordó la situación del cordón que encendía las bombillas. Descendieron por la estrecha escalera y caminaron hacia la puerta que llevaba a la habitación del ordenador.

Esta vez Grant no se anduvo con miramientos y al encontrar las puertas cerradas las abrió con un puntapié. Julián no dijo nada, era tal su empeño en encontrar a Andrea que si por él fuera, Grant podía echar la casa abajo con una excavadora. Se lamentaba de no haber ido antes al palacete para ver que estaba ocurriendo allí.

El policía sintió un estremecimiento al ver que la habitación estaba vacía. Tal vez habían llegado demasiado tarde y los traficantes de niños se habían llevado todo, incluido a las chicas. La habitación no tenía ninguna otra salida, de forma que si ellas seguían allí, debían de estar en algún otro lugar del palacete.

—Vayamos arriba y veamos qué hay detrás de las otras puertas –sugirió Julián.

—De acuerdo –respondió Grant.

—En la segunda planta no hay nadie –afirmo Arthur uniéndose a sus amigos en el sótano.

Una tras otra fueron abriendo todas las puertas encontrándose con pequeños pasillos sin salida, que más bien parecían haber sido utilizados como despensas en otro tiempo.

—Recuerdo que de niño –dijo Julián—, me hablaron de pasadizos y túneles que recorrían toda la casa y que incluso transcurrían a lo largo de varios kilómetros fuera de los límites del palacete.

—¿Por dónde se puede acceder a ellos? –preguntó Arthur con ansiedad.

—Creo que con resortes ocultos, falsos fondos en los armarios y cosas así.

—¡Mirad! –exclamo Grant señalando una intensa luz que parecía emerger de detrás de una de las puertas.

Volvieron a abrir la puerta, Arthur ya había registrado con

anterioridad el pequeño espacio que había detrás de ella, y descubrieron que la luz provecía de una de las paredes. Seis manos nerviosas palparon sin titubeos las paredes hasta que Julián acertó con el resorte: una piedra algo más saliente que el resto, que bajo la presión de su mano se internaba en la pared.

El hallazgo de las galerías fue toda una sorpresa. Ninguno de ellos había imaginado que debajo de una casa en apariencia tranquila pudiera haber túneles tan cuidadosamente construidos y tan antiguos. Aquello no eran unos pasadizos casuales, habían sido hechos a conciencia. Con la luz del mechero de Grant descubrieron algunos soportes para antorchas que aún se conservaban en las deterioradas paredes. En el sótano encontraron todo lo necesario para fabricarse unas provisionales teas que les alumbraban y también hallaron un par de linternas que Grant reconoció como pertenecientes a Carrie y Andrea. Ahora ya no había duda, ellas estaban en alguna parte de al oscuridad que se extendía delante de sus ojos.

36. GRANT

Andrea estaba escondida en un pequeño entrante que había en un rincón. Si alguien pasaba cerca de ella, debía de conocer la existencia del recoveco para lograr descubrirla. Había tenido una buena prueba de ello cuando el francés y sus amigos pasaron delante de ella sin notar su presencia.

El americano se había quedado rezagado a escasos metros del lugar donde estaba Andrea. El francés y el hispano habían continuado corriendo, pero por lo que había oído creía que se habían parapetado un poco más adelante. Si no habían huido, debía de ser porque no conocían el lugar, o no había otra salida. Era un dato interesante a

tener en cuenta.

Entonces escucho las voces de Arthur y Grant, también debieron de oírlas sus compañeros en las tinieblas puesto que apagaron sus linternas y quitaron el seguro de sus armas. Con lo que no contaban es que el suave susurro rebotaría en las paredes llegando hasta los experimentados oídos del policía.

Andrea se hizo un ovillo y cerró los ojos. Lo primero que escucho fueron unos disparos, de los cuales no pudo dilucidar su procedencia exacta, sin embargo, creía que procedían de ambos lados del ángulo recto donde ella estaba escondida. Esperaba que ninguno de sus amigos hubiera resultado herido. Después, hubo carreras y gritos; al final, un sepulcral silencio lo lleno todo. Levanto los parpados y vio que estaba sola. Alguien había abandonado una linterna que con presteza termino en sus manos. Decidió aventurarse por el camino que se abría a su derecha, si ellos se habían ido por el otro lado, era mejor evitar cualquier encontronazo.

No tuvo suerte, apenas había caminado unos metros cuando una mano emergió de las sombras tapándola la boca.

—No te asustes –susurro una voz en su oído—, soy Grant.

—¡Grant! –exclamo Andrea sin poder evitar dar un grito de alegría, por fin veía a un amigo de carne y hueso.

—¿Dónde está Carrie?

Andrea le conto lo que había sucedido. No sabía el lugar exacto de las mazmorras pero creía que a la luz de las linternas podría encontrarlo. Su búsqueda tuvo los frutos deseados, hallaron el túnel de las celdas y la puerta tras la cual esperaban encontrar a Carrie. Estaban manipulando la cerradura cuando escucharon que alguien les decía:

—No me gusta lo que estáis haciendo –dijo el francés—. Las manos donde yo las pueda ver. Os estoy apuntando con mi arma.

—Yo también tengo un arma –le amenazo Grant—, y no voy a soltarla

primero.

—¿Dónde iríais? No conocéis los túneles y mis amigos están escondidos en ellos. Seamos razonables.

—Tal vez mis amigos hayan acabado con tus amigos –replico Grant y volviéndose hacia Andrea le dijo—. Vete, sal de aquí.

No debió de hacerlo, el francés supo aprovechar la milésima de segundo en que Grant volvió la mirada hacia Andrea para dispararle una bala directa al corazón. Ella al ver lo ocurrido salió huyendo por el pasillo que había sido su prisión durante casi dos días, sin saber hacia dónde encaminar sus pasos y suplicando que Grant no hubiera muerto.

En un túnel paralelo al camino por el que había huido Andrea, Julián y Arthur habían logrado reducir al americano y al hispano. Los habían dejado inconscientes con un golpe asestado con sus linternas. Procedieron a atarlos con sus cinturones y los de ellos, de esta manera si recobraban el conocimiento demasiado pronto no podrían escapar. Tampoco podrían gritar porque los pañuelos que les habían introducido en la boca se lo impedirían.

El túnel por el que caminaban se bifurcaba al final. Acordaron ir cada uno por uno de los ramales, ahora tenían las armas de los maleantes a los que habían reducido y eso les hacía sentirse más seguros. Julián se encaminó por el de la derecha y al dar la vuelta a una esquina tropezó con Andrea.

—Andrea –dijo emocionado extendiendo los brazos hacia ella.

—No te acerques –respondió Andrea.

—¿Qué ocurre?

Ella dudaba del hombre que tenía delante suyo, no sabía si era el encantador príncipe azul del que se había enamorado, o si en realidad era el hombre que estaba detrás de todo aquella conspiración. El hombre del que había odio hablar a sus secuaces, al que llamaban “El

Jefe”, el mismo que había decidido comerciar con Carrie y con ella como si fueran objetos.

—Aléjate de él –dijo una voz a su espalda.

—¡David! ¿Dónde estabas?

—Me tenían encerrado en una celda al lado de la de Carrie. La puerta no estaba bien cerrada y he podido salir.

—No le escuches Andrea –le aconsejo Julián—. Te quiere confundir. Él es el culpable de todo.

—Eso no es cierto, él es el dueño del palacete, él controla desde el hospital las adopciones. Te dio las llaves para que vinieras aquí y sus amigos te cogieran.

Andrea no sabía a quien creer, su cabeza le decía que los razonamientos de David eran ciertos. La división de la ciudad en zonas era muy utilizada y Julián podía haber tenido acceso a ella en alguna de las publicaciones de la Universidad. Sin embargo, su corazón le decía que creyera a Julián, no era capa de encontrar una razón por la que sus palabras fueran más ciertas que las de David pero al mirarle a los ojos no tuvo ninguna duda y corrió hacia él.

Desde sus brazos contemplo la cara de David, se había transformado. Sus facciones ya no eran las de una persona amable y compasiva, ahora eran las de un ser despiadado y cruel.

—Te equivocaste al elegir –dijo David levantado el brazo apuntándolo con su arma.

Julián no tuvo tiempo de reaccionar, no había conseguido quitarle el seguro a su pistola cuando un disparo resonó en las paredes del pasillo donde estaban. Pero la bala no había salido del arma que tenía en la mano, sino del arma del francés que ahora se situaba en el lugar que antes había ocupado David.

—Ahora yo soy “El Jefe” –dijo con satisfacción—. Os matare a los dos. A mis socios les diré que en el tiroteo murieron todos lo de mi… ¿cómo decirlo?, todos los de mi asociación. Sí, eso está bien.

—La policía sabe lo que ocurre aquí –afirmó Julián intentando asustarlo—. Vendrán de un momento a otro.

—Para entonces yo ya me habré ido y solo encontraran un motón de cadáveres –respondió sonriendo—. Tira el arma.

Julián hizo lo que le ordenaba y abrazo a Andrea que estaba paralizada por el miedo. El francés no espero más para cumplir su amenaza, apunto hacia ellos y les disparo. Entonces ocurrió algo extraño, la bala que momentos había estado en el cargador se quedó suspendida en el aire. Poco a poco fue materializándose una sustancia luminosa que termino formando el espectro de Claudia. Entre sus dedos, la bala parecía parte del mismo ente.

El francés trato de huir pero al volverse se topó con el espectro de Albert que lucía en su frente el orificio negro más amenazadoramente que nunca. Retorno a su primera posición encarándose con Claudia, esta giro su cabeza y con una dulce sonrisa en sus labios, miro a su nieto y a Andrea. Después, con lentitud hizo que la bala cambiara de sentido, separo sus dedos y el proyectil alcanzo al instante la velocidad que había tenido al salir del arma, para ir a impactar en la frente del francés, justo en el mismo lugar donde Thomas había disparado a Albert unos años antes.

Claudia se aproximó a Julián y alargando su mano acaricio su rostro, por primera vez después sintió la ternura de una caricia de su abuela. Solo duro un segundo, pero ya no la olvidaría mientras viviera. En ese momento por el extremo izquierdo del túnel aparecido Arthur llevando en brazos a una inconsciente Carrie. Andrea y Julián se precipitaron a su encuentro.

Cuando el doctor volvió la cabeza buscando de nuevo a su abuela, ya no la hallo. Ni a ella ni a Albert que habían desaparecido tan rápido como habían aparecido unos segundos antes.

37. ¿UN FINAL FELIZ?

Una semana más tarde Carrie y Andrea se habían recuperado en tu totalidad, aunque la primera necesito estar más días en el hospital debido al fuerte golpe que había recibido en la cabeza. Grant no tuvo tanta suerte, había perdido mucha sangre de manera que falleció en la misma ambulancia que le llevo al hospital.

David y el francés también estaban muertos. Cuando en la Universidad se supo la verdadera personalidad del joven ayudante del profesor Alexander, hubo una gran conmoción. Por los papeles que encontró la policía en casa de David se pudo atrapar a toda la banda y se logró confirmar la implicación de La Fundación en numerosos asuntos al margen de la ley, incluyendo la gran trama de las adopciones.

En el garaje de la casa del hispano se hallaron todas las carpetas y el ordenador. Con ellas algunos de los niños secuestrados fueron recuperados pero la mayoría de ellos habían desaparecido sin dejar rastro tras identidades falsas.

Los periódicos tuvieron suficiente carnaza para llenar páginas y páginas en todas sus ediciones durante varias semanas. No todos los días se descubrían conspiraciones que implicaban a altos cargos del gobierno como el senador Belius. Los abogados de Julián consiguieron mantener a la prensa lejos de Andrea y sus amigos, sin embargo, la muerte de Grant no se pudo acallar.

En su entierro, el Gobernador del estado de Nueva York en nombre del

presidente, entregó a la familia de Grant la medalla al valor. Sus amigos se mantuvieron en un discreto segundo plano durante el funeral. Carrie, todavía convaleciente se quedó en casa acompañada por Arthur.

También estaba allí Melissa. Nadie había vuelto a saber nada de ella desde que Luis y Joanna se habían reconciliado. No quiso acercarse al grupo de amigos, permaneció alejada de ellos fijando su vista en el lugar donde reposaban los restos de Grant.

Al terminar el sepelio todo el mundo se dirigió a sus coches, estaba lloviendo y el ambiente era frio y húmedo. En ese momento Melissa miro a Joanna y le hizo una señal para que se acercara. Luis trato de retenerla pero ella no le hizo caso, quería hablar con Melissa y decirle un par de cosas. Pero no fue como ella pensaba, solo se limitó a escuchar.

—Siento todo lo que ha pasado –empezó diciendo Melissa—. Me cegué, me encapriche de Luis y no quise oír lo que él me decía. No pensé ni en ti ni en él, solo hice caso a mi corazón y fui una egoísta. Ahora entiendo que todo aquello fue un error. Engañe a Luis para ir al J—2000 y contrate a un fotógrafo para que oculto tomara la instantánea que te envié. Luis no sabía nada, desde que se comprometió contigo quiso romper nuestra relación y yo no se lo permití. Lo siento.

—Nos has hecho mucho daño aunque no fue tuya toda la culpa, Luis debió de ser más firme en sus sentimientos hacia mí. En cierto modo nos ayudaste, aquel no era el momento adecuado para casarnos. Él huía de ti y yo no estaba segura de mis sentimientos.

—Entonces, ¿me perdonas?

—Sí, pero ya no podemos tener la misma amistad que teníamos antes, no podría confiar en ti de nuevo.

—Lo entiendo. Si no te importa me gustaría disculparme también con Luis, después desapareceré de vuestras vidas.

Melissa cumplió lo que le había prometido a Joanna. Una vez que hablo con Luis, regreso a su apartamento, hizo las maletas y tomo el

primer avión hacia Canadá. Nunca más volvieron a saber de ella.

38. EL ÚLTIMO TREN

Dos nerviosos novios esperaban junto al altar la llegada de sus amadas novias. La iglesia estaba adornada con miles de rosas que aún conservaban en sus pétalos el rocío de la mañana. Los invitados y familiares se agolpaban en los bancos deseando que la ceremonia empezara.

No tuvieron que esperar mucho, quince minutos después de la hora fijada entraba la dama de honor que acompañaba a las novias. Su avanzado estado de gestación, estaba en el sexto mes de embarazo, no había podido ser ocultado muy a pesar de los modistos que habían confeccionado el vestido.

Detrás de ella, aparecieron las dos bellas novias del brazo de sus respectivos padrinos. Había sido una gran idea celebrar las dos bodas juntas, muchos de los invitados eran comunes y todo era una gran fiesta.

La ceremonia fue perfecta, ningún contratiempo de última hora estropeo en esta ocasión la dicha de Luis y Joanna. Un año después de lo previsto lograban cumplir su deseo de casarse, ella había conseguido su puesto como ayudante del fiscal y él tenía un futuro prometedor en el bufete, la vida les sonreía.

A su lado otra feliz pareja festejaba su enlace: Arthur y Carrie. Ella había preferido esperar a terminar su tesis antes de casarse con Arthur. Ahora se irían al país natal del flamante marido durante unos años debido a que la compañía para la que trabajaba le había ofrecido un ascenso que implicaba mejorar sus técnicas como agente en la

bolsa de Tokio, mientras que ella daría clases en una prestigiosa universidad. De todas formas pedirían un permiso cuando el niño de Andrea naciera.

Julián y Andrea se casaron dos semanas después de los sucesos acaecidos en el palacete. Los acontecimientos se habían precipitado, pero el ensayo que habían realizado para la fallida boda de Joanna les había servido de ayuda. Los dos se fueron de luna de miel durante dos meses pero al regresar ya eran tres. No sabían si sería niña o niño pero los nombres los tenían decididos: Grant o Claudia. A ellos les debían la felicidad que ahora disfrutaban.

Al final Andrea había conseguido subirse al que quizás fuera el último tren que pasara por su vida, sin embargo, en el camino había perdido a un amigo: Grant. Él resulto ser ese “alguien” que se bajó en una parada y se distrajo un momento, permitiendo que Andrea ocupara su plaza. En su interior sabía que él junto con Claudia y su padre estarían siempre con ellos.

A veces hay cosas que no se pueden demostrar con ordenadores ni instrumentos de medida, solo hay que creer en ellas para que existan: lo que tú crees, es tu verdad.